

IRIDISCENCIAS

*SÓLO SE COMIENZA A ENVEJECER
CUANDO SE RENUNCIA A LOS SUEÑOS.*

A Stephanie
Alejandra
y Ricardo.

Prólogo

Decía Hugo Carrillo, dramaturgo guatemalteco, que escribir es iluminar el viaje hacia nuestro propio caos; y en verdad las impresiones, las ideas del escritor, inquietando sus horas, desvelando sus noches, devorando su tranquilidad, causan ese caos, al que sólo se logra poner fin cuando el autor se encuentra en su labor creativa, dejando hablar y actuar a sus personajes, materializando esos fantasmas que le rondan y a quienes es preciso horadar en su corazón y en los misterios de su mente. Mas escribir es también, vivir con plenitud la vida de esos protagonistas insistentes, es sufrir, entristecerse, ilusionarse, disfrutar sus dichas, enjugar sus lágrimas; y en una doble participación sentarse a presenciar como transcurren sus vidas, esas vidas que muchas veces suelen inventarse, pero cuya fantasía está tomada de la realidad.

El escritor es cronista, testigo, crítico, y hasta buceador de ese infinito que yace en el subconsciente de cada uno de los seres que desfilan en su obra.

Escribir es soltar las amarras y permitir que el barquichuelo de la imaginación arribe en el país del ensueño, donde moran imperecederos: el amor, el arte y la belleza, donde lo noble es cotidiano y lo elevado frecuente.

A veces escribir es andar por la fascinante ruta de nuestra desconocida vida interior, donde yacen insepultas emociones, sentimientos, vivencias mil a quienes las circunstancias o nosotros mismos les negamos el derecho a vivir, a mostrarse, y preferimos ignorarlas, fingir que las olvidamos o sencillamente que las relegamos porque no encontraron eco, ni cabida, ni razón de existir.

Escribir es aspirar a lo imposible, a lo eterno; vivir la vida que nos ha sido negada, el sueño inconsumado, el anhelo imposible.

Es una aspiración a lo trascendente, un afán de no morirnos totalmente con la muerte, y quedarnos vivos ahí en el libro a la espera de un lector que nos sobrevive, del alma gemela que nos comprenda, del alguien que sin conocernos nos recuerde, porque lo único que sobrevive es el arte, díganlo si no los monumentos de la antigüedad, los libros siempre vigentes después de centurias, las obras de los clásicos, de los renacentistas, las sinfonías de Beethoven que continuarán escuchándose aunque los hombres visiten las galaxias, en tanto no se consuma en ellos la chispa fecundante de la sensibilidad.

-II-

Para el niño que inventó historias para su teatro de títeres, deslumbrado por el milagro del teatro, para el adolescente que solía espiar los carros ambulantes de los cirqueros, o filtró su curiosidad bajo las carpas de lona, para el joven inquieto que solía indagar en los telones rotos de las carpas sin que éstos le decepcionaran con sus mal pintados trazos, sus colores desteñidos, o los jirones de tela recocidos, consecuencia del uso y del deterioro, para el que se entremetió en los camerinos de las cómicas olorosos a perfume barato, con sus espejos pintarrajeados de carmín, con las pelucas grotescas, o los vestidos chillones remendados, las joyas falsas, las diablitas engañosas, los reflectores embusteros; no puede ser del todo extraño el poderoso imán del quehacer escénico y todo cuanto hay por detrás y delante de él.

Yo fui ese muchacho pasmado en las fachadas de las viviendas de los artistas, curioso de sus vidas, absorto en la lejana contemplación de su intimidad.

Sin saberlo ellos, yo los amaba, los envidiaba y los imitaba; admiraba su oficio que los llevaba a sumergirse en el maravilloso mundo de la escena; hoy, en los palacios suntuosos, al rato en los jardines edénicos, después frente a mares tranquilos, y siempre entre mujeres feéricas, bellas, diferentes, trágicas o coquetas, sílfides o magas, mas siempre seductoras, irreprochables hasta en el andar, elegantes aunque desempeñaran el papel de pastoras, distantes como suelen ser los puentes entre la imaginación y la realidad.

Mi juventud transcurrió tras esa aspiración en aquel momento irrealizable, siempre ambicioné ser uno de ellos, de esos seres privilegiados que a luz disparada sobre sus siluetas, entre los engaños del maquillaje y las escenografías de papel teñido, de manta coloreada, eran héroes, afortunados o desgraciados, pero al final siempre aplaudidos, comentados, envidiados; príncipes de opereta o marquesas metidas a cocotes, o aventureras que fingían ser princesas, o campesinas por que en el desenlace ceñían la corona ducal sobre sus sienes; pero que ineludiblemente resplandecían en el más estable imperio que haya existido sobre la tierra: el de la belleza.

Los años me condujeron a ese mundo, y mi vida al fin, ha deambulado entre las bambalinas y las letras. De tan cercanos y disímbolos universos

nació IRIDISCENCIAS, de ese parpadeo fugaz de la luz en un arco iris, de ese mundo maravilloso, fantástico e irrealmente verdadero; el mundo de los artistas, del teatro y de quienes pretenden llegar a él, de la antesala que se llama conservatorio, estudio, disciplina y renuncia, pasión y tristeza, apoteosis y amargura; de ese anhelo devastador y poderoso de triunfar, de trascender, aunque sean muchos los caídos en el difícil sendero de la lucha. Tales son los protagonistas de IRIDISCENCIAS: cantantes, músicos, actores, compositores, enamorados del ideal, cuya vida real transfigurada en la penumbra azul de la novela, los hace desfilar en un escenario más, el que el escritor ha creado para ellos.

Sea esta novela recuerdo y homenaje, misiva para mis hermanos de candilejas, para ellos, que como muchos artistas inquietos esperan entre bastidores, la hora única, cada noche distinta, en que se abre el telón, para que vuelvan a soñar, a hacer soñar, y a vivir, para que los demás –el público– vivan mejor.

Edwin Lugo

Hasta los diez años Richard pudo asistir a un gran concierto sinfónico, como premio a sus esfuerzos de estudiante que concluía con buenas notas la enseñanza elemental, satisfaciendo así los deseos de su padre quien clamaba porque no fuera músico.

Hombre de carácter amigable, sus largos años de servicio en el ejército, como trombonista de banda militar, le habían creado una bien merecida reputación de buen camarada y aunque muy apreciado de sus superiores por su disciplina, integridad y respeto hacia todo lo que significaba jerarquía se había granjeado además la estima de sus iguales a quienes nunca negaba un favor o rehusaba hacer un servicio que le fuera solicitado; así, seguía la misma táctica flexible y amistosa para con su hijo a quien inútilmente inducía a convertirse en granjero, comerciante o marino, oficios que ponderaba mucho, pero nunca músico.

Aquella profesión era extremadamente difícil y azarosa –le decía– confiándole sus pesares, lo exiguo de la paga, el continuo ir y venir por villorrios y puertos alojándose en las incómodas instalaciones militares que carecían de la más ínfima comodidad. En otras ocasiones la banda debía ejecutar programas musicales en los parques donde los rayos inclementes del sol le hacían sudar encasquetado en el uniforme, mientras los paseantes con sus sombrillas protectoras, las parejas de novios y la chiquillería con sus despreocupadas niñeras se divertían de lo lindo, poniendo mucho más atención en lamer helados, hablar trivialidades o jugar a la pelota, que en escuchar las ejecuciones de la banda empeñada en atronar el aire con sus marchas, polkas, valsos u oberturas; y luego, por si aquello no fuera bastante, las ceremoniosas revistas militares donde bajo la lluvia, con nieve, frío o viento había que permanecer horas y horas a la espera de que los milites de alta graduación decidieran concluir con el despótico protocolo militar.

No obstante, ninguno de estos justos razonamientos parecía conmover al niño, quien por nada del mundo hubiese renunciado a la magia del sonido, a la atracción que le inspiraban los instrumentos musicales; aquella obsesión le dominaba desde que había cumplido los escasos cuatro años, en que trabajosamente solía subirse para abrir la tapa del viejo piano y rozar sus teclas con los pequeños dedos, descubriendo en cada sonido un tesoro que le iluminaba el rostro y le conminaba a sonreír. Tan precoz inclinación desembocó en que antes de aprender a leer, escribir o contar, supiera el

nombre de las notas, mientras con sus pequeñas manos descubría las incipientes melodías que arrancaba con evidente satisfacción. Inútiles fueron los requerimientos de su madre para que abandonara el instrumento y corriera a jugar con los chicos del vecindario tan aficionados a cazar mariposas en los campos vecinos, y a los seis años, cuando la bondadosa mujer conseguía que su pequeño vástago le ayudara a llevarles alimento a patos y gallinas, Richard siempre olvidaba llenarles el recipiente de agua, ansioso por regresar al piano con la urgencia desesperada del que no quiere desperdiciar un solo momento del insuperable placer de improvisar algunos acordes. Al fin, su madre vencida por la terquedad del niño accedió a enseñarle los rudimentos de la música que ella misma nunca supo muy bien, o apenas recordaba, si bien solía acompañarse algunas canciones populares que entonó muchas veces en sus tiempos de soltera, en los días de fiesta en que los aldeanos solían danzar los aires húngaros acompañados por un violín que tocaba un viejecillo quien tenía el rostro muy arrugado y un acordeonista que repetía hasta el cansancio las mismas melodías.

Richard nunca pudo enterarse exactamente cómo su madre aprendió a tocar el piano, según él, con tanta gracia y facilidad, si bien sospechaba que en los años que pasó sirviendo en la finca de aquellos campesinos acomodados, a quienes llamaba cariñosamente sus padrinos, éstos, con la noble intención de integrarla hasta donde las convenciones sociales lo permitían, junto con sus hijas ya adolescentes, debieron haberle permitido participar o al menos asistir a las clases de música que una bonachona anciana venía a impartirles una vez cada semana, revisando si sus inquietas alumnas habían ejecutado bien los ejercicios. Pronto cesaron las lecciones, casó la mayor, Christa, cuando tenía apenas diecinueve años; y la hermana menor Esmirna se fue a Buda a estudiar; pero en la madre de Richard se había encendido una afición por la música, que seguramente tuvo algo que ver en su decisión de casarse después de un corto noviazgo con aquel músico-soldado, o soldado que tuvo que hacerse músico y quien se encontraba acantonado en el pueblo vecino a la rústica aldea donde ella vivía.

Ya comprometida, sus patrones o padrinos decidieron ser generosos y a falta de dote le ofrecieron elegir un regalo de bodas, entonces la futura desposada recordando que el piano de la casa había sido abandonado y relegado al desván, insinuó tímidamente que aquel obsequio sería muy apreciado por su novio; la propuesta fue acogida con benevolencia ya que no significaba un desembolso inmediato y además le proporcionaba a la familia el medio de deshacerse de lo que llamaban un cachivache inútil; así, la enamorada pareja instaló entre el mobiliario de su modesta vivienda el

dichoso piano, que colocado en el sitio de honor vino a ser de gran utilidad al trombonista quien a su vez terminó por tocarlo aceptablemente, si bien carente de técnica, pero con la intuitiva musicalidad inherente a un atrilero que transcurría su vida entre ensayos y audiciones.

Esta fue toda la genealogía musical de Richard y sin embargo suficiente para despertarle una vocación tan firme e inquebrantable, que sólo la tibia energía paterna consiguió un poco atenuar, consiguiendo que el chico, asistiera por lo menos a la escuela elemental como todos los niños de su edad, repasara sus lecciones, atendiera sus deberes y a cambio de la obediencia, se le permitiera estudiar la música y sentarse largas horas al piano, aunque lo corto de las piernas no le permitía hacer uso del pedal.

No obstante para aquel benigno padre, no pasó desapercibido el inusual talento de su primogénito y terminó por enseñarle él mismo los elementos de la escritura musical, lo que aunque careciendo de método, le permitió escribir al pequeño a los ocho años su primer vals, al que orgullosamente tituló Opus uno y el cual dedicó a su padre, quien ni tardó ni perezoso lo mostró al director de la banda, quien asombrado del genio del incipiente compositor no vaciló en pulirlo, orquestarlo e incorporarlo al repertorio de la corporación; propiciando que el pequeño fuera invitado previo permiso de los superiores, a asistir a los ensayos y audiciones de la orquesta donde era cordialmente recibido por los músicos, que divertidos por el insólito interés del niño, le permitían que probara sus relucientes instrumentos.

—¿Te gustaría llegar a ser un día director de banda? —Le preguntó una vez el oboísta.

—¡Mucho! —le contestó Richard— me presentaría con el uniforme muy bien planchado, los zapatos relucientes, los botones brillantes... y entonces tomaría la batuta y todos tendrían que obedecerme. La respuesta causó risotadas y cuando el trombonista fue llamado a la escuela para recibir la notificación de que su hijo había terminado la enseñanza elemental, la noticia pareció agradarle tanto, que prometió a su hijo, como lo había hecho con su joven esposa años atrás, realizar un deseo, que él habría de satisfacer siempre y cuando estuviera a su alcance. Richard declaró:

—Sólo anhelo asistir a un concierto.

—¿Otro más? —preguntó divertido el buen hombre.

—Sí, pero de una filarmónica —aclaró el chiquillo.

—Sea —concedió—, pediré una licencia y te llevaré a Viena, aunque regresaremos a casa hasta el día siguiente.

En aquella noche memorable el niño conocería el asombro. A la alegre excursión que significó su primer viaje en ferrocarril, embebido en contemplar el veloz desfile de paisajes, aldeas, iglesias con sus puntiagudas torres que parecía intentaban alcanzar el cielo, alternaba degustar las sabrosas viandas que su madre les había preparado para alimentarse durante la travesía, luego, siguió el descenso en la gran estación donde el ir y venir de los viajeros, equipajes, carruajes y largos convoyes que se detenían con sus humeantes locomotoras envueltas en nubes de humo blanco, le llenaron de regocijo, miedo, curiosidad y todas esas contradictorias sensaciones que suelen alojarse en la mente infantil, aunque después con el correr de los años parecen desvanecerse, pero que guardamos en eso que los psicólogos han dado en llamar el inconsciente, pero que son como las primicias de un baúl olvidado, en cuyo fondo se depositan en lugar de objetos, las imágenes que parecían haberse ido de nuestra memoria, pero que se han guarecido allí para asomarse involuntariamente en los sueños.

Sus miradas iban de una sorpresa a otra: damas elegantes muy distintas a las modestas muchachas de la aldea, hombres graves, apresurados, que gritaban órdenes a mozos y cocheros, muchachos como él que le miraban con menosprecio o indiferencia, seguramente por lo modesto de sus ropas.

La mañana transcurrió rápida. Apenas un corto paseo por el Karl-Max-Hof y una apresurada visita para mirar de lejos el Hofburg, suntuoso palacio imperial. Mas si la ciudad hubo de cautivarlo, la fachada del Burg-theater, donde habría de tener lugar el concierto, lo sumió en una contemplación de la que su padre tuvo que arrancarlo casi por la fuerza.

Faltando casi una hora para la iniciación del concierto se habían dado cita una multitud de damas y señores refinados, vestidos para la más suntuosa de las fiestas: la del espíritu.

Apenas traspasó el pórtico, lo impresionó vivamente el lujoso foyer colmado de imponentes estatuas, desde donde ascendían amplias escalinatas de mármol, revestidas de mullidas alfombras sobre las que se hundían los pies.

Al penetrar en la sala sus ojos se deslumbraron ante el cegador destello que emanaba de un caudal de luces, provenientes de pequeños focos incrustados en la enorme araña de cristal que pendía de la bóveda cuajada

de pinturas mitológicas, y alternaba con la no menos magnífica iluminación de los palcos y de los pisos, donde hileras de cómodas butacas iban siendo paulatinamente ocupadas por la distinguida concurrencia, y luego, como digno corolario de tanto esplendor, el enorme escenario, sitial edénico donde se rendía noche a noche, culto a la más bella de las artes, la que conjugando el verdadero idioma universal se expresaba a través del sonido sublimado, volviéndose caricia para el oído y deleite para todos los sentidos, los nervios, el corazón y el cerebro, en una palabra: el alma y el cuerpo: la música.

Allí, cien músicos con sus camisas albeantes y sus pulcros fracs afinaban sus instrumentos, escribían anotaciones sobre sus partituras abiertas sobre los atriles, y entre escalas y acordes repetían pequeños pasajes de las obras, que iban a confundirse con aquel creciente murmullo salpicado de voces y de risas; en tanto que un desasosegado ir y venir de acomodadores, se alternaba con prisas nerviosas, miradas que se cruzaban y abanicos que se abrían.

Apenas se instalaron padre e hijo en la modesta localidad vecina al techado, Richard poseído de un feliz aturdimiento, con las manos aferradas al antepecho, ansioso de verlo y comprenderlo todo, le formulaba a su progenitor diez preguntas a la vez, que el pobre hombre se esforzaba en responder.

Con los ojos agrandados por el asombro, las mejillas encendidas, el corazón galopante, el niño escuchó el timbre que sonando por tercera vez anunciaba el inicio del concierto.

A esta señal, todo pareció transformarse. Las luces de la sala fueron disminuyendo hasta extinguirse totalmente, pero a su vez, el escenario se iluminó. Se hizo un silencio absoluto, el violín concertino afinó la orquesta y todos, público y ejecutantes graves y respetuosos se dispusieron a esperar el inicio con la circunspección que debe preceder a un ritual; entonces como el mago brotado de un encantamiento surgió de un rincón del escenario, la figura de un hombre joven, cuidadosamente afeitado, quien portaba un frac tan elegante, tal si su dueño hubiese sido vaciado dentro de él, lo seguía otro caballero con el cabello y barba entrecanos; aunque con bien disimulado nerviosismo caminaron los dos con pasos armoniosos entre los profesores de la orquesta que se levantaron de sus asientos, ciñendo algunos en la mano derecha sus instrumentos: violines, flautas, oboes, clarinetes, en tanto que el público adelantaba una cortés ovación que ambos agradecieron con una breve reverencia, luego, el joven se fue a sentar frente al reluciente piano de

cola que había sido colocado en el centro del escenario, y el de la barba entrecana subió al podium donde después de abrir la partitura, tomó la batuta y dando con ella tres golpes sobre el atril, la empuñó con el aire decidido de quien se dispone a conquistar el universo

Richard temblaba tal si aquella descarga de emociones fuera más allá de su capacidad de acumularlas, comprenderlas y digerirlas.

El primer número del programa era el Concierto para piano y orquesta, Opus 58 No. 4 de Beethoven, y apenas el pianista ejecutó las cuatro notas de la introducción, Richard se dejó atrapar por la música prodigiosa de aquella obra cuya singular belleza y profundidad insuperable, taladraba sus sentidos, inundaba sus oídos, se posesionaba de su pensamiento y le elevaba a regiones paradisiacas entre un vértigo que le provocaba un éxtasis, inconcebible en la todavía precaria sensibilidad de un niño. Diminutas gotas de sudor le perlaron la frente escurriéndole entre los ojos húmedos, no se sabía si lloraba, se enternecía o vibraba entre las ondas magnéticas de una felicidad desconocida, arrebatadora, frenética, absorbente. El solista repetía el tema del inicio, primero con la sutileza de una pasión contenida, para regresar luego, insistente, hasta alcanzar la cima del final del primer tiempo, en que desembocaba en una conclusión categórica y brillante. El segundo movimiento le envolvió en la honda melancolía del músico de Bonn y el niño presintió, como advertido por una indefinida revelación, las angustias que como comparsas despiadadas habrían de acompañarle en el todavía lejano porvenir, que aún era incapaz de vislumbrar. Luego el solista interpretó el breve Andante y Richard se cautivaba escuchando cómo desgranaba con los dedos adiestrados, aquel impetuoso torrente de sonidos limpios, claros, transparentes cual un manantial de brillantes que derramara una fantástica catarata, entonces llegó el Rondó del movimiento final pletórico de nerviosa energía, y cuando concluyó la maravillosa ejecución como la gota que derramara el vaso de sus inquietudes, de su vocación despierta, de sus sueños y sus anhelos teñidos de pasión de adolescente, que había empezado a ser desde aquel momento, declaró emocionado:

—Papá, quiero ser pianista.

El hombre le tomó cariñosamente por los hombros, incapaz de darle una respuesta.

En ese momento el público volvía a desbordarse en un desenfrenado alud de aplausos. Director y solista entraban y salían al escenario haciendo

profundas caravanas, mientras la orquesta, de pie, participaba satisfecha, aunque revestida de solemne rigidez.

–Papá –insistió el niño– ¡quiero ser pianista!

–Sí. Asintió el hombre vagamente, mientras a su vez aplaudía entusiasmado.

–¿Me dejarás estudiar?

–A su tiempo hijo –concedió distraído– todavía eres demasiado pequeño para dejar tu casa, ya te buscaré entretanto algún maestro... –y se unió una vez más a la ovación que retumbaba en el teatro, en tanto que las luces volvían a encenderse en la sala.

El niño satisfecho con la promesa paterna guardó silencio.

Después del intermedio seguía otra obra, cuya música parecía haber sido creada para un encantamiento de serpientes, o para dominar fieras; era la Scherezada Opus 43 de Rimski Korsakov; Richard que había alimentado su imaginación con algunas de las narraciones contenidas en Las Mil y Una Noches, se adentró fácilmente en aquellas melodías que parecían venir de tierras tan lejanas, que difícilmente hubiese podido ubicar en el manoseado mapa escolar.

–Suena como un precioso cuento –explicó su padre– solamente que en lugar de palabras tiene música, mira, allá va Simbad, navegando en un mar sereno, que en ocasiones también suele ponerse tempestuoso.

–¡El mar! ¿Y cómo es el mar, papá?

–Como esa melodía. Inmenso, azul, con olas, barcos, tormentas y naufragios ... y ¿sabes? Esta obra la escribió un marino, un soldado como yo, pero de los que van a servir al océano.

–¡Qué bello! –exclamó el niño– y ese marino ...

–Era un ruso...

–Papá... cuando sea mayor también dirigiré una orquesta así de grande...

El padre de Richard le hizo al niño una señal con el dedo índice para pedirle que callara. El pequeño se puso a rumiar a solas sus sueños. Esos sueños de niño que la vida no debiera borrarlos jamás.

A los quince años Richard fue admitido en el Conservatorio de Viena, después de haber aprobado un riguroso examen, se le objetaba la edad tardía para iniciar la carrera de pianista, pero le olfatearon el talento, además de los conocimientos que demostraba, obtenidos del obscuro aunque talentoso maestro que su padre fiel a su promesa le había conseguido, iba armado de una extraordinaria intuición musical, misma que le facilitó componer algunas piezas para piano y hasta una colección de canciones. Venciendo su natural timidez se atrevió a mostrarle al jurado una de sus composiciones.

—No está mal —comentó benignamente uno de los sinodales, pasándola a su compañero quien le concedió sólo un mínimo interés.

Venciendo las reticencias naturales de su madre, quien se obstinaba en que fuera a vivir solo en una gran ciudad donde no conocía a nadie, se hospedó como muchos estudiantes pobres en una pensión barata, la única que podía pagarse, con la raquítica subvención que su padre le enviaría.

La casa era oscura, casi lóbrega, pese a contener un enorme patio interior, tenía un pasillo largo, escaleras de madera y un indeterminado olor a lluvia o humedad que no se desterraba nunca. En el frente, que daba a un callejón sinuoso, languidecía algo que debería llamarse jardín, sólo que el raído césped estaba plagado de basura y apenas dos o tres hierbas insignificantes sobrevivían trabajosamente. Situada en un suburbio entre mal alumbradas calles, fachadas leprosas, despintadas, vidrios rotos cubiertos con cortinas polvorientas, todo denotaba que el inmueble se encontraba inmerso en el sucio barrio industrial donde los inquilinos, seguramente trabajadores eventuales de las fábricas aledañas o dependientes de comercio, apenas sobrevivían con los míseros jornales que devengaban cuando tenían la suerte de encontrar trabajo.

En aquel ambiente sórdido, debió parecer aquel piano vertical que con mil trabajos fue traído desde la casa paterna al primer piso del hotelucho, un lujo innecesario, y que el modesto ocupante instaló en una de las dos pequeñas habitaciones que le fueron asignadas, una de las cuales llamó pomposamente su estudio.

La dueña que regenteaba el local, no sólo lucía tan miserable como sus huéspedes, sino que además se había ganado a pulso su acreditada fama por su despiadada tacañería, manteniendo a sus inquilinos con un régimen

donde no se toleraba el más mínimo desperdicio, se racionaba la comida, las rebanadas de pan, la compota, la manteca, el jabón y hasta el alumbrado de las habitaciones, no obstante y con la sola ayuda de una escuálida muchacha, el sombrío patio, el comedor, las duchas y las habitaciones pregonaban las huellas de lo fregado, y aun los viejos muebles de lo que la dueña llamaba el salón, ostentaban cierto aire burgués con sus cortinajes de terciopelo desteñido, sus sillones medio desvencijados, un viejo gobelino con las figuras borrosas, las lámparas de cristal con piezas faltantes y una alfombra tan pisoteada que resultaba imposible adivinar el color original y las grecas que debieron ornar sus orillas.

En el invierno los días solían volverse fríos, oscuros y cortos, tal si las sombras de la noche se empeñaran en devorarlos.

Al chico se le instruyó en el reglamento de la casa. No hacer ruido, ni mucho menos tocar el piano pasadas las diez de la noche, atenerse al horario fijo de comidas, pues transcurrida la hora del almuerzo, el comensal retardado se quedaba sin comer; y en invierno apenas un par de horas de calor, en que las estufas encendidas medio entibiaban las habitaciones; y lo más importante, la paga mensual, adelantada y entregada a la dueña con rigurosa puntualidad.

Jamás tuvo la patrona motivo de queja con su juvenil huésped, que resultó ser limpio, ordenado, estudioso, amable sin intimar con nadie, encerrado en su lejano mundo. Respetuoso de las reglas, estudiaba con sordina y sólo cuando se aplicaba el oído a las puertas de su habitación, se escuchaba que el huésped ejecutaba ejercicios o abordaba melodías que para un oyente entendido habrían resultado un opíparo deleite artístico. Exacto en sus pagos, conforme con las comidas, jamás desperdició un trozo de pan, ni se quejó del modesto menú, en las vacaciones retornaba a la casa de sus padres donde permanecía un par de semanas, y al despedirse de la patrona ésta les enviaba aun sin conocerles cumplidos y saludos. El resto del año asistía regularmente a clases, analizaba las obras, sabía de memoria la historia de la música, se afanaba en la armonía, el contrapunto o el solfeo con la misma entusiasta dedicación que abordaba una mazurca de Chopin, la Marcha Turca de Mozart o la Consolación de Liszt.

Pero un hecho inusitado vino a turbar aquella paz que le hubo permitido durante cinco años cimentar su vocación y obtener un apreciable rendimiento en la ejecución del instrumento y en la lectura e interpretación musical; un día que regresaba a la pensión con sus partituras y libros bajo el brazo, la patrona llamó a su puerta.

–Ha llegado un telegrama para usted –anunció entregándole un sobre amarillo– debe tratarse de algo importante

El pensionista rasgó el sobre nerviosamente y al desdoblar el pliego la noticia lo dejó consternado. Su madre le participaba con escuetas líneas, que su padre, aquel buen padre bonachón y cariñoso, había fallecido repentinamente.

El muchacho tomó los ínfimos ahorros que tenía y se encaminó a la estación ferroviaria buscando el primer tren que le condujera a la vecina Hungría, en angustiosa espera, sumido en una angustia que colindaba con la desesperación misma, aguardó hasta el anochecer el convoy que lo habría de acercar a su hogar. El arribo a casa resultó todavía peor, su madre ya enlutada, con el rostro demudado, lloraba sin parar, con palabras entrecortadas por el llanto explicó a su hijo la tragedia resumida en una fría comunicación del ministerio, donde se le informaba que aquel noble soldado, acantonado con su pacífica cuadrilla de músicos, había sido acribillado en un casual enfrentamiento fronterizo; el lacónico mensaje expresaba el pesar de la superioridad, explicando que el cadáver fue inhumado con los correspondientes honores militares concernientes a su rango y relativos a quien cumplía cabalmente con su deber.

El dolor inmenso de aquella mujer condenada a la soledad, encontró un lenitivo en el abrazo del hijo único, quien a su vez se sintió desgarrado de dolor. La idea de saber a su padre muerto, enterrado en un lugar lejano, sin haber tenido al menos el consuelo de la despedida, privándole de su paternal bendición; y de ser sepultado en la tierra húngara que le vio nacer lo lleno de rebeldía. Era la traicionera puñalada de un destino que se ensañaba con su madre y con él mismo; imposibilitado para deshacerse en un llanto bienhechor que al menos le hubiera permitido desahogarse, como si las lágrimas agotadas hubieran huido de sus ojos, el cuadro de su madre que habría de quedarse sola apenas con una escasa familia que rara vez la visitaba y que parecía haberse olvidado de ella, lo determinó a cumplir con su deber de hijo, y quedarse a su lado para ser su sostén y compañía, poniendo punto final a sus aspiraciones de convertirse en músico. Adiós a sus sueños de artista, a su piano, al Conservatorio, a los conciertos que solía frecuentar. Pasó unos días junto a su madre compartiéndose uno al otro el inmenso dolor que los embargaba, al fin un día se decidió a regresar a la ciudad para recoger su piano y sus pertenencias, ropa, libros, partituras, adquiridos con la pensión paterna que el pobre músico de banda había ganado tan duramente, y por la que había encontrado sólo la última recompensa de la muerte en

el cumplimiento de aquel dudoso deber, si es que morir era también una obligación que el muchacho no alcanzaba a comprender cabalmente.

Una tarde anunció a su madre que tan pronto regresara del imprescindible viaje a Viena, buscaría trabajo en lo que encontrara, pero aquella mujer, aparentemente débil, rechazó con energía inquebrantable la generosa oferta de su vástago, quien debía regresar a sus estudios, a su vida de estudiante, sin claudicar su vocación, a sus ruegos respondió que nunca debería renunciar a sus sueños, ni segar el anhelo de consagrarse a la música, no, ella nunca habría de consentir que se consumiera en aquel pueblo, que renunciara a su lucha, y a sus deseos de triunfo y de gloria; seguramente le habrían de otorgar una pensión a su viudez, un apoyo por la vida del esposo segada en el campo del honor, por los años de servicio que habían sido más bien de fatigas, de obediencia, de sumisión y lealtad incondicional; y aun si así no fuera, ella volvería a su antiguo trabajo, lavaría ropa ajena, trabajaría de camarera o haría cualquier cosa con tal de que el hijo adorado se realizara, y un día, cuando fuera rico y famoso, ella iría a unirse con él y disfrutaría ¡Oh, conociendo la nobleza de su corazón! de su compañía, de su amor; y hasta compartiría sus éxitos, entonces la vida les compensaría a los dos por lo que injustamente les había sido arrebatado, no, no estaba aún todo perdido, aún quedaba aquel muchacho que cuando se sentara al piano habría de pensar seguramente en ella, y cuando alcanzara el pináculo de la gloria no se avergonzaría de su origen y hasta lo proclamaría como un mérito más. Al principio Richard rechazó los razonamientos maternos, luego, fue cediendo ante la cruel disyuntiva, el amor por la música, el deber y el amor por la madre, y una semana después cuando los ruegos de ella se tornaron en exigencia, regresó a Viena, y a su pensión. Cabizbajo y triste con el luto dentro del cuerpo y del corazón se presentó al Conservatorio dando excusas y explicaciones. Una mañana levantó la tapa de su piano y empezó a improvisar una música que parecía dictarle el alma. ¡Era la última despedida a su padre! ¡El mejor padre ... y se había ido para siempre!

Los exámenes llegaron y con ellos la prisa por preparar cada asignatura. Richard escribió a su madre anunciándole su determinación de esforzarse por obtener las notas sobresalientes.

Estudió muchas horas pero en la audición logró tocar espléndidamente. Alcanzó la mención de honor que se había propuesto obtener y la envió a la aldea, llevado más por el entusiasmo y la gratitud que se le desbordaba, que por la vanidad; unos días después cuando había aprobado también lo referente a lo teórico, escribió a su madre comunicándole sus deseos de pasar a su lado las vacaciones, sólo que a veces el destino suele ensañarse más de lo habitual y los males se suceden unos a otros, encadenando así los sufrimientos. Al principio no pareció turbarle demasiado el no haber recibido respuesta de su madre, al menos así lo comentó con Jacobo, un muchacho judío, compañero de la clase de dirección orquestal con quien empezó por cruzar un saludo y cuya amistad fue creciendo paulatinamente, sin llegar a la intimidad; ambos conversaban sobre las clases, las audiciones escolares o el estado del tiempo. Pasados algunos días extrañado por lo que debió parecerle un silencio excesivamente largo, cuando esperaba una carta colmada de felicitaciones y reconocimientos, se decidió a posponer los asuntos que aún debía atender, y una tarde volvió a esperar el asmático convoy que lo conduciría a su aldea. Le pareció extraño encontrar la casa sola y a oscuras, y los animaluchos que se criaban, enflaquecidos y hambrientos; antes de preguntarlo conoció la terrible verdad por una vecina que acudió presurosa en cuanto le vio llegar. Su madre había muerto dos semanas antes, la misma noche que él ejecutaba las obras de quien había sido director del Conservatorio, Johannes Brahms. Víctima de un antiguo mal del corazón lastimado por la pérdida del amado compañero de su vida, ocultó deliberadamente a su hijo la progresiva enfermedad, con el afán de no inquietarlo en sus estudios.

Richard lloró por ella, por su padre, por todo cuanto no había podido llorar bastante, incluso hasta por él mismo que se quedaba en la orfandad, completamente solo, desamparado, sin hogar y sin familia, sin porvenir y sin deseos de continuar viviendo. Lo tentó el suicidio. ¿Para qué vivir? —se preguntaba— ¿No era aquello ya bastante? Infantiles le parecieron los balbuceantes consejos del avejentado maestro que le hubo dado lecciones, vacíos los consuelos con que el cura parroquial intentaba mitigar la pena del

doblemente huérfano, agradeció cuanto pudo a las vecinas caritativas que habían dado sepultura a la buena mujer, cuya alma tranquila ya debía haber volado tras el esposo amado, quien la aguardaba en el confín de los justos, y cuyos restos materiales, cubiertos con un puño de tierra rematada por una cruz de madera, yacían en el solitario cementerio aledaño a la aldea. Allí derramó la última lágrima que le quedaba, hasta que a fuerza de gemir, de desesperarse, le fue llegando entre rebeldías y resignaciones la calma, que suele traer consigo la tranquilidad de la resignación, o la agridulce pasividad de la indiferencia. Buscó a Dios en el modesto templo envejecido y destartado, lo encontró y lo perdió para volverlo a ganar, vivió y murió porque se vive y se muere muchas veces en el transcurso de la vida.

Un día, luego de asegurar las modestas pertenencias que había en la vivienda, convencido de que no tenía nada más que hacer allí, regresó a la ciudad con la esperanza de reanudar —¡oh pasión resucitadora del arte que hace revivir a los muertos!— lo único que poseía, la ilusión de llegar a ser, para lo que estaba destinado desde antes de que naciera: ¡Artista!

Los compañeros de las clases lo recibieron con su habitual indiferencia, en la que sin embargo subyacía cierta envidia; se trataba de un muchacho raro, silencioso, que vestía mal y quien seguramente no contaba con unas pocas monedas en el bolsillo dispuestas para gastárselas en el café o para procurarse un tarro de cerveza. Para alguna condiscípula le pareció que estaba más pálido y le preguntó displicente qué le había pasado, se contentó con la breve respuesta del joven que satisfizo momentáneamente su curiosidad y siguió adelante, a los maestros debió haberles dado explicaciones mucho más amplias, pues tan larga ausencia podría acarrearle la suspensión, alguno pareció comprenderlo, y los demás se concretaron a solicitarle que se pusiera al corriente y que estudiara para recuperar el tiempo perdido y no quedarse atrás.

Absorto en el pesar y ocupado en los estudios, un día se enteró de que ya no le quedaba ningún dinero para pagar la pensión, puso al tanto a la patrona de su situación, quien a pesar de su habitual avaricia, y convencida de que aquel muchacho no era ningún derrochador, lo que era una grave falta a sus ojos, le aseguró que estaba dispuesta a esperar, aunque era deseable que pensara cómo resolver su tan angustiosa situación.

Dejó de usar el tranvía para acudir al Conservatorio haciéndolo a pie, aún contaba con la modesta comida que no le habían retirado, una noche le pareció escuchar a la patrona quejarse por el excesivo aumento de los comestibles, y prefirió subirse a su cuarto sin cenar; al principio creyó que la

falta de alimento le volvía más ligero, más receptivo, pasó otro día y se conformó con beber agua, llegó el tercero y emprendió como todas las mañanas el camino a pie hacia el Conservatorio. El día había amanecido frío, pues la noche había derramado una neblina húmeda, el invierno iniciaba demasiado pronto, en las calles había una nieve dura, peligrosamente resbaladiza, mientras caminaba, añorando lo bien que le habría caído una taza caliente de té, casi no sentía los pies, tal si los calcetines baratos y los zapatos gastados ya no le protegieran, tenía además las manos heladas y rígidas porque los guantes rotos ya no le proporcionaban calor, ¿cómo podría tocar si los dedos ya no le obedecían? un solo pensamiento lo devoraba, aniquilándole la voluntad del no pensar: ¡El hambre! Pero no solamente era el hambre física, porque junto a ella, el hambre del arte, de la pasión y de la gloria reclamaban al unísono su ración.

Llegó al Conservatorio, que lo recibió con su consabida batahola de sonidos de flautas, golpes de percusiones, platillos, escalas, acordes de piano, voces graves de órgano y notas agudas de un xilófono; en todas partes sonaba la música que inundaba salas y corredores, pero aquella vez a él le pareció escucharla distante. En la clase de piano, donde se apresuró a calentarse las manos, antes de abordar los indispensables ejercicios, le pareció que sus dedos se deslizaban ágiles y seguros, con una ligereza tal, que cuando tocó la primera pieza le resultó más sencilla que en otras ocasiones, de pronto sintió que la sangre le zumbaba en las sienas, mientras una vena azul se le hinchaba, y los objetos se diluían en círculos anaranjados, entonces, sin saber más de él se desvaneció.

Cuando abrió los ojos se hallaba tendido sobre la mesa de exploraciones del Hospital General, un médico con lentes gruesos lo auscultaba, rodeado de algunos pasantes y de dos hermanas de uniforme blanco y delantales azules. Escuchó que alguno murmuraba:

—¡Pobre muchacho, padeció una fuerte crisis por inanición. Está muy desnutrido y tardará en recuperarse de esa anemia.

Uno de los pasantes acercó una jeringa, otro le tomó el pulso, haciendo algunas anotaciones sobre un papel que seguramente colgarían al pie de su cama.

Richard optó por volver a cerrar los ojos, el piquete de la inyección apenas lo había sentido. Una modorra le invitaba a dejar correr los sueños.

Se vio entonces en la casa pueblerina, su madre le tendía amorosa los brazos, mientras su padre sonreía complacido, él procuraba acercárseles pero mientras más esfuerzos hacía, más se alejaban ellos.

Volvió a sumirse en la obscuridad.

Ahora viajaba en el mismo vagón de tren que le trajo alguna vez a la ciudad, el convoy se balanceaba rítmicamente, mientras que las ruedas parecían tropezar de continuo con algún obstáculo que las hacía saltar produciendo un ruido muy particular que le arrullaba, afuera caía una lluvia pertinaz que con el humo negro de la jadeante locomotora ensombrecía el entorno, él aspiraba ese peculiar olor del tren y del humo mezclado con el aroma que despedía la tierra mojada, pensaba que el Danubio debía correr cerca, paralelamente, pero no conseguía ubicarlo, luego, el tren se doblaba en una curva muy cerrada y se alcanzaba a ver la llama amarilla de la caldera, mientras el infatigable fogonero echaba el carbón que extraía del tender con una pala. La locomotora lanzaba silbidos con desesperación, mientras pasaba por las estaciones desiertas y tristes —¿A qué hora llegaré a Viena? —se preguntaba— se percató que los compartimentos estaban vacíos y que no había más pasajero que él, luego vio llegar a un hombrecillo armado de una linterna rematada con una luz roja, trató de hablarle, pero la voz no le salía; de pronto, el convoy se detuvo chirriándole las ruedas, en el ventanillo se volvió más intensa la negrura y ya sólo brillaba la luz roja de la linterna.

En efecto, sobre la mesa de noche, junto a su cama, ardía una lámpara cuya pequeña luz roja le hirió los ojos. Sintió los labios resecos y la lengua pegada al paladar.

—¡Agua! —demandó, sin saber a quién.

Una mano le acercó un líquido tibio a la boca. Era leche. Escuchó la voz de Jacobo muy cerca de su oído.

—Bebe. Bebe lo más que puedas. Y duérmete. Mañana podrás ingerir alimentos sólidos.

Nunca supo exactamente cuantos días permaneció en el hospital. Al principio se imaginó que debió haber tenido muy mal semblante, aunque él sentía que paulatinamente recuperaba las fuerzas.

Una mañana regresó Jacobo y le anunció que a la mañana siguiente regresaría a llevárselo. Estás curado. Le entregó una máquina de afeitar, toallas, jabón y hasta un pequeño frasco de loción.

Se sintió avergonzado, comprendió que involuntariamente le había ocasionado penas y molestias a su compañero, por quien a partir de sus visitas ya sentía el apego de un hermano. Al marcharse éste y despedirse, retuvo su mano para decirle.

—¿Cómo podría agradecerte?

El judío no se inmutó y le contestó con una sonrisa que denotaba seguridad.

—Demostrando que tienes carácter. Has pasado por un mal momento, como le puede llegar a cualquiera, pero ya se fue. Ahora debes volver a tus estudios ...

Richard recordó cuánto deseaba convertirse en pianista, es más de hecho ya lo era, se lo había asegurado su propio profesor de piano, cuando le oyó ejecutar la Sonata “Claro de Luna” de Beethoven.

A las diez de la mañana Jacobo se presentó muy puntual para recoger a su protegido en un taxi que les aguardaba, el hospital no se encontraba lejos y llegaron muy pronto a la pensión.

Richard se disculpó por lo sucio del barrio y lo modesto de su vivienda, pero el judío apenas le escuchó ocupado en abrir las cortinas.

—Debes tomar un poco de vino caliente, seguramente te hará bien. Espérame, ahora vuelvo.

Richard se sentía cada vez más apenado, Jacobo en cambio actuaba no sólo normal, sino simpático y hasta alegre, esforzándose sin duda por restarle gravedad e importancia a su buena acción, a luces se veía que deseaba convertirse en protector de su compañero de clase, pero sin causarle la más leve humillación. Retornó media hora después.

–¡Es hora de almorzar! –anunció, mientras depositaba sobre la mesa, pollo cocido, salchichón, queso, pescado ahumado, jamón, una enorme baguette y una botella de vino rojo.

–Pero ... ¿Cómo es que te has molestado tanto por mí? ... ¡Y comprar tanta comida!

–Olvida todo y come, por favor –sugirió mientras él mismo se llevaba un huevo duro a la boca, sin disimular la glotonería.

Richard comió una rebanada de pan.

–¡Anda hombre! –insistió–, tienes que ponerte a estudiar y el cuerpo reclama una refacción.

Richard guardó silencio pero se animó a probar de todo, comprendiendo que desairar a su benefactor hubiera sido una imperdonable grosería.

–Ahora debes recuperarte y comer bien –agregó con la boca llena– ¿Sabes?... cuando convalecías recordé de pronto que tenía un conocido, que por cierto fue mi camarada en la escuela elemental, donde llegamos a las manos algunas veces ...nada serio ¿Eh? cosas de juego, lo dejé de ver algunos años y un día me enteré que había puesto un restaurante, no supongas que la gran cosa, en realidad se trata de un local bastante sencillo, en un suburbio, parece que le ha ido bien, siempre tuvo mucha suerte y el lugar está siempre atestado de parroquianos, claro, vende barato la comida ... le hablé de ti –explicó, mientras untaba su pan con mantequilla– al principio me dijo que no necesitaba a nadie ... una muchacha le ayuda a servir las mesas y tiene una vieja en la cocina ... pero luego se quedó pensando y aceptó darte trabajo, en lo del lavado de la vajilla ¿Comprendes? .. el salario no es mucho, pero tendrás la cena y por supuesto las mañanas libres para continuar estudiando.

Richard creyó que soñaba, sin poderse contener le echó los brazos a Jacobo, repitiéndole: ¡Gracias! ¡Gracias! Y hasta le dio un buen trago al vino que se desvaneció por su cuerpo causándole una agradable euforia.

Al día siguiente se presentó en el figón, el dueño lo recibió con desconfianza pero se avino a lo pactado, le dieron un delantal y sin más preámbulo un lugar en el fregadero. El muchacho solía llegar al medio día después de las clases, y después de colgar chaqueta y corbata, se arremangaba la camisa y ponía manos a la obra. Los menús económicos atraían numerosos clientes, los platos se convertían rápidamente en torres de loza que demandaba, primero limpiarles los restos de comida mezclados con colillas de cigarrillos, y luego, meterlos en el agua hirviendo y eliminarles la grasa con jabón fuerte, hasta volver a dejarlos relucientes. Richard, que cuidaba sus manos con esmero tuvo que irse habituando al jabón de lejía, también se acostumbró al penetrante olor de la cocina y al calor de la estufa y del horno que nunca se apagaban por completo, a cambio de su diligencia la cocinera cuidaba de ofrecerle los mejores guisos y hasta el patrón, al principio tan arisco, solía arrimarle un buen vaso de vino, conminándole a marcharse apenas se cerraba el local a las diez de la noche.

El muchacho regresaba a la pensión cansado y más deseoso de dormir que de estudiar. En aquellos meses ensayaba el Concierto No. 2 de Rachmaninof, y uno de los dos, para piano y orquesta que escribiera el enfermizo Frederyk Chopin, en cuyo largueto había plasmado la imborrable imagen de Constanza Gladiowska.

Al día siguiente tornaba a su rutina; clases por la mañana, trabajo por la tarde y estudio por la noche, alternados por un corto paseo la mañana del domingo, en que asistía a los oficios en la catedral gótica de San Esteban, o en la iglesia de Los Capuchinos con las tumbas de los emperadores, luego se iba caminando hasta encontrar alguno de los numerosos puentes que cruzan el Donaukanal y buscando alguna silla se ponía a leer algún libro que se sacaba del bolsillo. Su vida no ofrecía muchos atractivos, pero resultaba mucho mejor que pasar hambre y frío.

También solía encontrarse con Jacobo en el Conservatorio y conversar con él un buen rato en cualquier rincón, luego el judío volvía a cargar con su violín y ambos comentaban acerca de algún libro que solían prestarse mutuamente, riendo con el menor pretexto e interesándose por las muchachas del Conservatorio a quienes Richard comenzaba a mirar con mayor interés.

Quizá transcurrieron poco más o menos dos años sin cambio alguno. El tiempo parecía correr veloz, una tarde el judío observó las manos de su amigo con las uñas roídas y la piel grasienta y no hizo ninguna alusión al momento, pero al encuentro siguiente comentó:

–No traes manos de pianista. Ese endiablado trabajo no es para ti. Tienes que dejarlo por algo más decente y sobre todo más de acuerdo con tu trabajo artístico

–No me quejo –respondió Richard.

–Ya lo veo. Y eso habla bien de ti, pero te he conseguido algo mucho mejor.

Richard enrojeció.

–Te tomas demasiado cuidado por mí. Eres un buen amigo. Qué digo. ¡Mi único amigo!

–Déjate de cuentos –le instó Jacobo– mira, vas a ir a tocar en un café. La paga no es tan mala y hasta podría haber una que otra propina. El ambiente es medio escandaloso ¿Sabes? Hay copas y quien bebe más de lo debido... no se trata de que des un recital en cada noche, basta que toques melodías de moda, canciones para parejas de enamorados, o para hacer ruido mientras arreglan el mundo los parroquianos.

–Pero es que yo no sé tocar eso ...

–¡Bah! Basta con improvisar cualquier tema. Te aseguro que no estarán los críticos.

–¿Y qué le digo a mi patrón Isaac?

–Le das las gracias y hasta luego. Ya conseguirá él un sustituto.

–Me había acostumbrado al sazón de la comida.

–Entonces iremos alguna vez a comer por allá, pero simplemente como clientes.

–Haré lo que tú decidas.

–Mañana verás el local. De vez en cuando, me agrada pasar por allí y hasta tocar alguna pieza con mi violín, tú sabes, me sirve de diversión y hasta de práctica. ¿Crees que te gustaría acompañarme?

–Nada deseo más –aseguró Richard desbordante de entusiasmo–, ¡apuesto a que haremos una buena pareja! ¡Convenceremos!

–No lo dudo –concluyó Jacobo, y se despidieron dándose las manos con afecto.

Ser pianista de bar no era precisamente muy divertido. El lugarejo se cerraba hasta después de la media noche, hasta que se marchaba el último cliente.

El humo de los cigarrillos solía elevarse como una especie de neblina turbia que se mezclaba con el fuerte olor del café, los licores, la cerveza y hasta alguna comida que se vendía.

Los clientes discutían, gritaban, leían los periódicos, jugaban una partida de dominó o ajedrez, escribían cartas y un periodista asiduo que escribía allí sus artículos, más de alguna vez echaba una siestecita sobre la mesa. Los ebrios en cambio se volvían a la medianoche verdaderamente insufribles, los viernes y los sábados frecuentemente llegaba hasta a darse algún conato de riña que el obeso dueño, antiguo pugilista, paraba anticipadamente, incluso con la amenaza de llamar a la policía, y si los contendientes no se aplacaban, entraban en función sus robustos brazos para despa-charlos.

Richard aprendió pronto dos o tres tonadas canallescas que trataba en vano de sublimar con algunos adornos más decentes, y cuando menos lo esperaba llegaba Jacobo con su violín y ambos ejecutaban algunas piezas, compartiendo las monedas que los clientes dejaban sobre el platillo colocado cerca del piano. ¡El piano! Un cachivache desafinado con las teclas amarillentas y criminales señales de cigarrillos encendidos sobre su cubierta, que se habían innoblemente consumido, arruinando más el ya deteriorado instrumento.

No faltaban clientes necios que en lugar de propina ofrecían insistentemente copas, que el pianista rechazaba cortés, explicando que tenía prohibido por el dueño ingerir otra bebida que no fuera un café cargado que lo mantuviera bien despierto, algunas descontentos protestaban con la negativa, pero Richard les explicaba que el anterior pianista había sido despedido precisamente por contravenir esa disposición.

Al concluir la jornada estaba rendido. Se sentía a toda hora con sueño. Lo mismo en las clases del Conservatorio que en el trabajo, aunque caía como una piedra en la cama de su cuarto, el reposo le resultaba insuficiente y cuando comenzaba a relajarse oía a lo lejos las sirenas de las fábricas, llamando a los habitantes del barrio obrero a la jornada. Entonces, hubiera

deseado quedarse un rato más en la cama, pero evitaba la ocasión de recibir reprimendas de sus maestros, aunque más de alguno al mirarle a la cara sospechaba que el antes despierto discípulo debía llevar actualmente una vida doble o quizás hasta crapulosa. Una vez que se volvió a encontrar con Jacobo en la clase de dirección orquestal, éste le propuso que lo acompañara a un pequeño pueblo a una hora de Salzburgo, donde le habían llamado para una velada de conmemoración, Richard aceptó de inmediato y se puso a repasar concienzudamente las partituras, asombrando a su amigo desde el primer ensayo, quien lo calificó como un magnífico lector a primera vista,

–Eres un estupendo acompañante –reconoció convencido–, me gustaría que ayudaras a una amiga mía a repasar sus dichosas óperas. Es una buena cantante.

–Nunca lo he hecho –convino el pianista–, acompañar es también un arte especializado, pero si se aviene al poco tiempo que me queda entre las clases y el café, puedo estudiar su música e intentarlo. ¿Te parece?

–Estoy seguro de que serás una buena ayuda para ella. Está deseosa de ponerse repertorio, y estoy seguro de que aunque poco, seguramente te podrá pagar algo.

–Eso no importa. Es tu amiga y lo haré encantado por complacerte. ¿Dónde vive la chica?

–Lejos de la ciudad. Será mejor que la citas en tu estudio.

–¡Oh!, es tan incómodo y además todo está tan apretado.

–Se adaptará.

–¿Y cómo dices que se llama tu amiga?

–Esther.

–¡Esther! ¡Nombre bíblico!

A la mañana siguiente habló con la posadera, arregló lo mejor que pudo las dos habitaciones que ocupaba y se dispuso a esperar a la cantante el día y hora convenidos. Se trataba de una excelente soprano, una verdadera artista en ciernes que prometía mucho y que además era muy bella.

Llegó puntualmente acompañada de Jacobo, quien hizo las presentaciones, con ella venían además Erik el barítono, y Ewa otra estudiante de canto muy amable y sonriente.

Jacobo no había exagerado. Esther le pareció una mujer extraordinariamente hermosa, si bien dotada de una belleza un tanto fría, miraba todo con indiferencia, lo mismo a las personas que a las cosas, Richard la justificó pues sabía de sobra que no poseía nada sobresaliente en su persona, ni mucho menos en la modesta vivienda que habitaba, en la que sólo había un librero en el que se ordenaban algunas partituras y libros, retratos de sus padres y programas de conciertos memorables suspendidos sobre las paredes, una mesa con un florero sin flores y unas cortinas color ostión bien lavadas que filtraban la luz a través de los vidrios pulcramente limpios. No obstante el espacio donde se ubicaba el piano poseía una buena visibilidad facilitando la lectura de las obras

El pianista creía haber perdido la timidez debido al frecuente trato con los parroquianos del café, donde acudían también mujeres; pero las muchachas del Conservatorio, muchas de las cuales conocía de vista y hasta las saludaba, le parecían diferentes, se trataba de jóvenes muy especiales, algunas de ellas hijas de familias acomodadas, que hablaban idiomas, tocaban algún instrumento, cantaban, danzaban y se preparaban para ser estrellas y abarrotar los teatros donde los públicos ávidos de su arte y su belleza irían seguramente a aplaudirlas.

En las clases de piano llegaba incluso a sostener alguna charla informal con sus condiscípulas, casi siempre referente a las clases, nunca nada personal, y cuando llegaba a encontrar a alguna de ellas en la calle se contentaba con saludarla de lejos, temeroso de algún desaire.

Ello explicaría su actitud discreta y reservada aquella tarde. Al principio Jacobo rompió el repentino silencio ponderando las aptitudes de su amigo como acompañante, lo cual había constatado plenamente, Richard advirtió que jamás había acompañado a cantantes, pero estaría muy complacido de hacerlo ahora y de servir así a sus compañeros

Jacobo instó a Esther para que cantase alguna aria, y ella sin hacerse mucho del rogar accedió y abrió sobre el atril del piano la partitura de “Madame Butterfly” en la página del aria “Un bello día vendrá”.

Richard tembló, no porque desconociera los caracteres musicales, sino por la proximidad de la joven, cuya belleza, frescura y juventud irradiaban cual un sol que de tanto deslumbrarlo lo cegara. Se acomodó lo mejor que pudo sobre el asiento e intentó llenar los pulmones de aire tratando de aplacar los latidos de su corazón que amenazaba con desbordarse de la camisa, pero sólo consiguió aspirar su perfume, saturándose de aquel

aroma que parecía desprenderse de todo su cuerpo. La voz de la joven brotó fácil, intensa, inundando no sólo la habitación, sino la casa entera. El la seguía cuidando de no omitir alguna nota y respetando todas las indicaciones del compositor, pero a la vez dando lugar a que aquel instrumento privilegiado proclamara en las facultades de la estudiante, el brillante porvenir de la artista.

Al concluir el aria Richard constató que en aquella mujer privilegiada, la belleza física correspondía a la calidad de la voz y a la innata distinción de su porte.

Jacobo, Ewa y Erik aplaudieron entusiasmados. Seguramente motivados, Ewa cantó una aria de “La Sonámbula” de Bellini y Erik “La Estrella de la Tarde”.

Los cantantes convinieron en que el joven pianista sería un excelente apoyo para aumentar y repasar su repertorio, y mientras se ponían de acuerdo para turnarse en los estudios, Richard contemplaba a Esther, quien le daba la espalda ocupada en discutir con Erik lo relativo al dúo de ópera que ambos interpretaban. El muchacho admiraba el alabastro de aquella nuca, los largos cabellos que le caían sobre hombros y espalda sedosos y disciplinados hasta la cintura, Esther era más bien de estatura mediana, pero el cuerpo bien torneado poseía líneas audaces que a través del vestido delataban esa soberbia tentación que desde los tiempos del Génesis hemos dado en llamar mujer.

Al fin los visitantes se despidieron, prometiendo regresar regularmente. Richard se acordó que se acercaba la hora de acudir al café, pero retrasó la hora insulsa de hallarse nuevamente entre los parlanchines parroquianos, quería estar solo unos momentos disfrutando todavía el innombrable placer de haberla visto. Por un momento creyó que aquella muchacha no pertenecía a la tierra, y era como una fantástica visión sobrenatural, pero al punto se reprochó el haberse dejado llevar hasta ese grado por la fantasía. Al fin el deber lo decidió y tomando su abrigo salió a la calle. Aquella noche tocó con desgano, se diría que casi a disgusto, a la mañana siguiente lo esperaba la clase de armonía; un examen sorpresivo alarmó a los desprevenidos alumnos, pero Richard obtuvo una buena nota.

Algunos días después en el primer encuentro con la joven soprano le solicitó facilitarle algunas de sus partituras para estudiarlas, deseaba penetrarse más de los lieder y de la ópera, particularmente atraído por otros géneros musicales en que la voz humana era el instrumento por excelencia.

Se dejó llevar por la novedad y advirtió que los grandes compositores de la ópera lo estaban absorbiendo demasiado, precisamente cuando le quedaban sólo unos pocos meses para terminar su carrera de pianista ejecutante; y empezó a estudiar las obras que habría de tocar el día de su examen profesional, que sería como su primer recital, ya que se permitía al público pasar a la sala de conciertos a escuchar a los que se graduaban.

Figuraban en los programas los más célebres autores de la literatura pianística, desde Bach y Haydn pasando por Beethoven, Chopin, Liszt, Grieg, Schumann, Tchaikovski, Mendelsohn, Debussy, ¡todos eran maravillosos! Pero en su cerebro se incubaba otra música, una música aún no creada, pero que pugnaba por reventarle del corazón, para expresar todos los sentimientos de gozo y admiración que Esther le había despertado. Sólo que la creación es un proceso largo, que como el vino necesita tiempo para madurar, mientras tanto se fue proveyendo de las herramientas indispensables, inscribiéndose en un curso de composición.

Los ingresos obtenidos por las sesiones de acompañamiento, le permitieron espaciar las desveladas en el café, pues cada vez eran más los cantantes que deseaban repasar su repertorio.

Llegó el día del examen final, Richard aprobó las pruebas teóricas y en la audición interpretó magistralmente la Sonata Patética de Ludwig van Beethoven. Al concierto asistieron Jacobo y un grupo de compañeros, incluyendo también a Ewa y Erik, y a un tenor, Hans, quien disfrutaba con su canto y con la facilidad para abordar los agudos, pero Esther no se apareció. Al finalizar, el jurado le otorgó su fallo aprobatorio por unanimidad y fue felicitado calurosamente por su maestro, sinodales y amigos; pero el destino le tenía reservada todavía otra sorpresa, pues a los pocos días, el director del Conservatorio, el connotado compositor Edmundo Eysler, le llamó a su despacho para comunicarle que habiéndose enterado que el alumno brillante se ganaba la vida tocando en un café, actividad a todas luces equivocada tratándose de un artista dotado de una manifiesta capacidad, y que ya había sido reconocido como un acompañante confiable, la institución le amparaba, concediéndole una plaza de profesor acompañante de piano en la clase de la señora Matilde Schmaller, la egregia diva... de otros tiempos.

–¿Tienes miedo de la maestra? ¡Cómo! ¡Si es tan buena! –se respondió Ewa–, además te hemos recomendado ampliamente con ella.

–Silvya le dijo –argumentó Hans, quien había simpatizado instantáneamente con él–, que más que un acompañante eres un magnífico profesor de repertorio.

–¿Y sólo porque la tonta rubia lo ha dicho, la maestra debe haberse lo creído? –objeto Bethulia– la gordísima soprano de las tres octavas de extensión, crítica, complejada y pretenciosa.

Richard intervino:

–Les agradezco que hayan hablado bien de mi persona, pero la señorita tiene razón, ojalá la señora Schmaller no lo haya tomado demasiado en serio... me sentiría muy comprometido. Pero les prometo ponerme a estudiar las óperas y procurar no hacerles quedar mal.

Nelly opinó:

–Él habla cuerdamente. Los elogios excesivos pueden resultar en ocasiones contraproducentes, y mucho más en el caso de la maestra, que gusta ponernos obras raras o poco conocidas. Recuerden cuando se le ocurrió que estudiáramos “Benvenuto Cellini” de Berlioz, o la “Francesca de Rimini” de Tchaikowski, que yo creo que ni el propio autor se acordaba de ella.

–Eso supones tú –intervino nuevamente Bethulia– que te imaginas que el repertorio operístico se reduce a lo que canta Esther ... las obras que sólo interesan al público grueso, te olvidas que la maestra prefiere ante todo a Wagner, “Sigfrido”, “Los Maestros Cantores”, “Parfisal”, “El Buque Fantasma”, “Lohengrin”, sobre los empalagosos italianos ...

–En el ámbito lírico, todas las obras de los autores reconocidos y consagrados, merecen ser estudiadas y representadas, si son para tu voz, y además posees la técnica debida para abordarlas –dictaminó Erik

En ese instante se presentó la señora Schmaller. Entró en la clase con el paso rítmico con que una diva hace su triunfal aparición en escena, cuando el público de la provincia, mucho más cálido, pero menos educado, interrumpe la representación con un estruendoso aplauso, sin importar

mucho, que la voz de ella debe caer exactamente en el justo compás sobre la música orquestal, y que el director debe detener a sus músicos, y hacerles repetir los acordes de la introducción.

Todos se pusieron de pie, procurando guardar con su silencio, respeto, compostura y hasta gravedad.

La soprano era una mujerona de edad indefinida, gruesa, como la mayoría de las cantantes de su generación. Llevaba los cabellos –seguramente teñidos– de un rubio ceniciento, peinados en ridículos bucles que le daban un aire de muñeca anticuada, luciendo un escote inadecuado para su edad, pues mostraba la rojiza y arrugada piel del cuello adornado con un collar grueso, su rostro soportaba una gruesa capa de maquillaje recargado en las mejillas y exagerado en los labios, disimulando la pelusa amarilla de un inoportuno bigotillo que procuraba disimular hábilmente, un artificioso arco pintado substituía las cejas mal pobladas, y unas pestañas habituadas al hueso de mamey, terminaban en unos párpados azulados; sin embargo, en aquel rostro del que colgaba su respectiva papada, quedaban como vestigios de una pretérita belleza, los ojos de un azul intenso, que solían mirar más con complacencia que con dulzura. La Sra. Schmaller era de baja estatura, o al menos los prominente senos y la irremediable redondez del vientre pronunciado la hacían aparecer así, aunque el grosor de los tobillos, propio de las mujeres de su raza, denotaban que sus piernas debieron haber sido aparte de extremadamente blancas, bien torneadas

Aquella mañana vestía un vestido floreado, que era más bien como una ancha túnica capaz de contener su bien dotada humanidad, un sombrero de anchas alas, mitenes negros, y se cubría además con un abrigo, que no por demasiado usado, dejaba de lucir elegante sobre los hombros de la eximia artista.

Apenas llegó se despojó del abrigo con el gesto majestuoso y solemne que debió haber requerido cuando interpretaba “Ana Bolena”, la trágica soberana en el momento que se deshace de la capa de armiño, y luego con displicente ademán se quitó los guantes y el sombrero. Bethulia, oficiosa y lambiscona fue a recoger las prendas que la pedagoga había dejado sobre la tapa del piano y las fue a colocar cuidadosamente en un perchero. La señora Schmaller se dignó reparar en su nuevo pianista, que siguiendo fielmente el ejemplo se había colocado en posición de firme a distancia del piano.

–¿Es usted el nuevo acompañante? –interrogó con su voz chillona.

–Así es maestra. Me han asignado a su clase –dijo Richard y agregó con cortés caballerosidad– ¡Tengo a honor ponerme a sus respetables órdenes!

–¡Oh! Ya veo que es usted un muchacho bien educado... porque es eso ¿No es así? Apenas un joven, y aunque el profesor Eysler me lo ha recomendado mucho, y también algunos de mis alumnos a quienes les ha acompañado algunas obras ...¿No es así? –volvió a preguntar, repitiendo su consabida muletilla.

–En efecto, maestra. Apenas acabo de recibirme.

–Confío que se adapte y que le agrade mi clase.

–Haré todo lo mejor que pueda por serle útil, esa es mi sincera intención, hace tiempo me he inscrito en el curso de dirección de orquesta, operística y coral, ello me auxiliará a corresponder a la confianza con la que ha tenido a bien honrarme.

Aquel alarde de honradez fue captado por Hans quien se atrevió a terciar.

–El maestro nos acaba de ofrecer que estudiará anticipadamente las partituras.

La palabra maestro, pesó demasiado en los oídos de la diva

–¡Oh! Eso habla muy bien de usted jovencito. ¿No es así?... aquí encontrará la ocasión de aprender mucho. Imagínese usted, cuando yo he tenido la fortuna de actuar bajo la batuta de los más prominentes directores concertadores del mundo ... algunos ¡claro!, ¡eran unos verdaderos tiranos! Pero terminaron por conducirse conmigo cómo unos mansos corderitos... y es que mi trabajo, mi disciplina ...en una palabra mi trayectoria artística...

–¡Fue excepcional! –señaló Ewa entusiasmada.

–¿Fue? –objetó la soprano en un tono bastante agresivo, mientras aquellos ojos aparentemente dulces lanzaban chispas.

–¡Es! –exclamó triunfante la gorda Bethulia.

–La maestra continúa disfrutando la plenitud de sus maravillosas facultades vocales todavía –confirmó Gretchen.

–¿Todavía? –Clamó la Schmaller– ¡Si estoy viva!

–¡Y en excelente forma! –declaró Bethulia.

Tan excelente como tú –pensó Hans– divertido de comparar a las dos obesas mujeres, ambas estúpidas y engreídas, una viviendo de glorias pasadas, irrepetibles, la otra de las esperanzas del porvenir, que seguramente nunca se consumirían, pero ambas descartadas de la escena teatral, del presente, y de la realidad. La intuición de la señora Schmaller captó el burlón gesto de Hans.

–¿Quería usted decir algo señor Hans?

–Que la señorita –expresó señalando a Bethulia– con su enorme extensión de tres octavas y sus facultades de soprano absoluta, la equipara a usted... aunque obviamente no posee ni su técnica tan depurada, ni su temperamento, ni su experiencia.

La señora Schmaller se sintió muy agraviada con aquella absurda comparación, aunque se tratara de su alumna con sus cacareadas tres octavas de extensión, y gritó más que protestar.

–Ni mi prestigio, señor mío! ... No hay lugar a la inadecuada comparación. La señorita es junto a mí sólo una principiante, con aptitudes, es verdad, y que con los años, y si ella sigue al pie mis indicaciones, llegará seguramente a figurar ... no sería la única cantante que yo he hecho... pero yo he cantado en largas temporadas en todos los teatros más importantes del mundo, bueno, del mundo civilizado y continuaré cantando...

–Si la contratan –pensó Hans– pero no son tan tontos, y prefirió cerrar la boca.

–¡Claro! –concedió Nelly– e iremos de muy buen grado a aplaudirle.

–Estoy esperando el aviso de mi representante –manifestó la señora Schmaller con cierto dejo de ansiedad, y luego volviendo a su insoportable tonillo pretencioso y grandilocuente agregó: –Aunque... ya me cansé de rodar por los más suntuosos hoteles de media Europa. ¡Ah! esa vida de nómada, vigilando baúles y maletas, durmiendo en los trenes y consecuentando a periodistas siempre a la caza de entrevistarme o de alguna foto...

–Sí... nos ha dicho usted cómo la acosaban los admiradores –volvió a intervenir Hans con su tono burlón que trataba de amortiguar sin conseguirlo.

Y como la mujer casi lo fulminara con los ojos aclaró.

–Bueno, los periodistas, que después de todo hacen su trabajo.

La señora Schmaller hubiese deseado abofetear y despedir a su alumno, si éste no cantara el “Mapari Tute Amor” de la ópera “Martha” de Von Flotow tan exquisitamente, al grado de que casi siempre cosechaba una larga ovación, aplauso del que la maestra también recibía su parte de elogios y reconocimientos. ¿No era acaso la más encumbrada hacedora de cantantes de todo Viena? ¿La merecedora de todos los elogios, laureles y cumplidos? ¿La diva que sacrificaba su gloriosa carrera en aras de la enseñanza, formando a las nuevas generaciones de gritones, haciéndolos admirar, respetar y temer por todo el Conservatorio, trastocando el esplendor de los escenarios por la monotonía de las aulas? Entonces con el elocuente ademán de una emperatriz que demandaba silencio, dio por terminada la charla, señalando a Richard su atención sobre el atril del piano.

–Bien, comencemos la clase, ya hemos perdido demasiado tiempo en comentarios ociosos. Iniciaremos con usted –ordenó señalando a Gretchen– el aria de las joyas del “Fausto” de Gounoud... decía usted llamarse señor –interrogó, dirigiéndose a Richard.

–Richard. Richard Erdoch señora... siempre a sus pies... a sus respetables órdenes.

La señorita Gretchen se había levantado para ir hasta el piano, pero en ese mismo momento apareció Esther, quien cerrando cuidadosamente la puerta y casi de puntas para evitar algún ruido se dirigió a la señora Schmaller para besarla amigablemente sobre la mejilla, privilegio único que la remilgosa dama concedía solamente a la discípula predilecta.

–¡Oh querida! –exclamó sinceramente complacida... –La estamos aguardando.

–El tranvía se ha retrasado –se disculpó Esther.

–No ha sido nada. Ahora empezamos la clase. Por favor “Vissi d’Arti” de “Tosca”.

Richard buscó entre los papeles de música el aria solicitada, pero sin dejar de mirar a Esther con esa ansiedad del corazón que lo dice y lo trastorna todo, pero Esther no se daba por enterada y con su indiferencia habitual apenas le dirigió una desabrida y mínima sonrisa, Gretchen retrocedió con las mejillas encendidas aunque ella como toda la clase debió haberse habituado a ser relegada por la alumna favorita, todos habían terminado por aceptarlo; pues sin duda alguna Esther era la discípula más aventajada, su voz dotada de un hermoso timbre había llegado a su máximo desarrollo,

poseía además una musicalidad innata, un irreprochable fraseo que le permitía cantar en francés, italiano, inglés y húngaro, era una muchacha hermosa que sabía posesionarse de los personajes y sobre todo impactar y hasta conmover al público. Lejos de ostentar la pretensión de Bethulia, Esther, aunque se mostraba segura y confiada, no parecía valorar demasiado lo que conseguía realizar aparentemente con poco esfuerzo, considerando inclusive como algo normal el que llegara a convertirse en una estrella. Apenas se despojó del abrigo se situó a la mitad del aula, Richard emprendió el aria, encantado de iniciar su nuevo trabajo, acompañando a la joven que adoraba, y ella, aún con la voz fría, y recién llegada de la calle, se transformó instantáneamente en “Tosca”, y su ademán, su rostro, sus manos y todo su cuerpo dejaron de pertenecer a la estudiante de bel canto para transformarse en la infortunada Fiora enamorada de Mario Cavaradosi. Richard, arrobado en la gloria de escucharla, apenas conseguía disimular la avasallante emoción que le consumía, sumergiéndose en la misma embriaguez con que lo hubiese trastornado un licor exótico o una droga alucinante.

La clase entera la escuchaba con encontrados sentimientos donde se daban cita: deleite, envidia, devoción, tal si de ella emanara un hechizo musical que tuviera el poder de atraparlos a todos. Demasiada mujer –pensaba Richard–, su hermosura es de las que causan miedo; y mientras leía las notas transmitiéndolas a sus dedos para que se convirtieran en sonidos hacía mentalmente un recuento de las veces que le había visitado en su estudio, donde por supuesto nunca se había hablado de otra cosa que no fuera lo relacionado a la música, su trato era siempre frío y distante, aunque en ocasiones solía manifestarse sencilla y hasta amable, lo que denotaba su carácter voluble. ¡Era una artista! Una de esas mujeres hechas más bien para ser contempladas en la distancia del escenario, que para ser tratadas de cerca, disfrutando su compañía o su intimidad. Richard, como todos los enamorados, en ocasiones la había idealizado, adjudicándole cualidades que seguramente no poseía, convirtiéndola en un ideal romántico, otras en cambio él mismo procuraba acortar los encuentros para evitar sus palabras secas, casi cortantes, sin una sola inflexión de voz que delatara un ápice de humana simpatía, en la que la música no tuviera nada que ver. Cuando terminó de cantar los estudiantes apenas se atrevían a respirar, si bien nadie habría osado atreverse a externar ningún comentario sin antes escuchar el veredicto de la maestra.

–Está bien –aceptó la mentora– pero no ha captado usted todavía todas mis indicaciones, respire hondo antes de la última frase, sin una buena respiración no puede haber un buen apoyo, si llena completamente sus

pulmones de aire, el agudo final nunca habrá de romperse y lo podrá sostener el tiempo que desee. El buen canto depende de una profunda respiración, no lo olviden –apuntó dirigiéndose a la clase y volviéndose nuevamente a Esther añadió– espere, ahora lo constatará en la vocalización. Que pase la que sigue.

–Yo ... –susurró tímidamente Gretchen.

La señora Schmaller asintió con la cabeza y la muchacha avanzó hasta colocarse al lado del piano.

Después de escuchar a Esther todos se esforzaban, algunos cantaban vencidos de antemano, otros intentaban sacar toda la voz, mucho más de la que realmente poseían, algunos exageraban el dramatismo de una frase, era como si en una lucha, o un concurso en el que la gorda Bethulia pugnaba hasta sudar por salir triunfadora, aunque conociendo las preferencias de la maestra por Esther, al final acabara despechada. El arte no consistía solamente en poseer una gran voz, una extensión inusual, o un volumen capaz de atronar los oídos del melómano situado en la última fila, el arte era ante todo comunicar, transmitir, emocionar y para ello la condición era haber nacido artista, algo que ningún conservatorio, ni el más reputado del mundo podía fabricar.

Tocó el turno al barítono, quien cantó “Di Provenza” de la ópera “La Traviata” de Verdi, Erik se apuraba para entonar las notas precisas, con los valores y tiempos que marcaba el italiano, el muchacho era de los cantantes a quienes se podía medir con el metrónomo, buscando aferrado la perfección.

La señora Schmaller diagnosticó:

–Sería perfecto, si no fuera usted tan inexpresivo. No basta cantar bien, hay que saber interpretar lo que se dice. Usted desde luego nunca ha sido padre e ignora por lo consiguiente lo que debe sufrir aquel cuyo hijo se descarría en un amorío alocado ... aunque el músico y el libretista nos lo hayan disfrazado con ese enfermizo romanticismo, y la tísica Violeta Valery, Marguerite Gautier en la novla de Alejandro Dumas, sea elevada de cortesana a heroína... así Germont, resulta casi un intruso pero ...

Abrió la puerta de la clase una sonriente jovencita, que como una encantadora y graciosa aparición y caminando con pasos menudos, proclamaba en su rostro la frescura de su inocencia. Toda ella, irradiaba ese optimismo de quien no ha sido sacudida por la álgida tormenta de las pasiones, ni por el demoleedor acíbar de los desengaños. Poseía una de esas fisonomías donde la dulzura es el marco de los mejores sentimientos; su mirada era tan limpia, como transparente el cristal de su alma, su alegría lucía pura, sincera, como emanada de alguien que no ha tenido jamás pleitos con la vida, ni amarguras, ni envidias, ni rencores, ni frustraciones, alguien que parecía conformarse con todo, reír de todo, segura de hallar siempre un recurso, de toparse con una alternativa providencial, de estar protegida para que nada la ensombreciera ni la enfermara, o la indujera a fruncir el ceño de la frente, sobre la que nunca había existido la más leve huella de una arruga, nada que consiguiera ensombrecer la luz de unos ojos acostumbrados a sonreír siempre y a expresar en la sonrisa un honesto deseo de agradar. Sus movimientos eran tan suaves como las líneas de su cuerpo. De estatura apenas regular, sus pasos conservaban la gracia de una niña incrustada en el soberbio estuche de la plenitud de una mujer en el pináculo de su gloria, tal si el eterno femenino, residiera permanentemente en ella.

En su vida, como la de todos los humanos, debieron merodear los momentos difíciles o tristes, pero aquella brujita buena, se había ingeniado

para que con la ayuda de su escoba mágica, barriera los malos momentos, dando lugar a que florecieran los sueños hermosos, la ternura, la confianza, la compasión, el bien, el amor, la amistad y la belleza.

La joven anudaba sus cabellos de un rubio dorado en una sencilla cola de caballo que le rozaba la espalda. Tenía el cuello alto, los hombros y el talle bien torneados, las manos impecablemente bien hechas, el cutis suave y sonrosado, la frente amplia y el peinado con los cabellos partidos en dos mitades, proclamaba que era ni más ni menos una estudiante

Con su envidiable sentido del humor, su aparición contagió a todos, aunque Bethulia desde su falso sitio, apenas dejó escapar una mirada.

Aquella mañana portaba un traje de dos piezas de lana en color azul oscuro, que hacía resaltar más la blancura de su rostro, y el tono de sus cabellos, con la mano izquierda apoyaba una carpeta con sus partituras y con la derecha bajo el saquito oprimía un bulto con los dedos abiertos, temerosa de interrumpir o de haber sido inoportuna, se fue a sentar dócilmente en la única silla disponible, abriendo de vez en cuando la solapa en la que parecía esconder algo.

Tierna, espiritual, alegre como una castañuela, antisolemne, bulliciosa, dibujaba en sus labios una picaresca y divertida sonrisa.

–Señorita Stephanie... ¿Qué trae usted allí?

–Pues nada ... –Y miró maternalmente bajo el saquito.

–¿Nada? ... ha llegado usted tarde a la clase ¿No es así?

–Unos minutos involuntariamente señora maestra –se disculpó humildemente la muchacha.

–¡Oh! Y ahora atiende más a lo que según usted no es nada, que a mis palabras ¿No es así?

–Es una ardilla –confesó Stephanie con un mohín encantador, donde los ojos y la boca se unieron en una armonía perfecta.

–¿Una ardilla? –repitió la señora Schmaller con los ojos agrandados, mientras los de la clase prorrumpían en una estruendosa carcajada–, pero mi clase no es ningún zoológico –protestó la soprano.

–La he cogido en el parque –aclaró la joven– estaba al pie de un árbol aterida de frío y no podía moverse para regresar a su nido seguramente

entre las ramas más altas, por eso intento calentarla con mi cuerpo, cuando regrese a casa le daré miel para que se reanime y la nombraré mi secretaria.

La señora Schmaller en su desesperación no supo qué contestar.

–Ha hecho una buena acción –terció Richard– procurando calmar a la excitada mentora.

–Pero ¡cómo podrá dar su lección cargando eso? –reprochó la cantante, tal si acostumbrara impartir siempre la vocalización a la alumna eternamente postergada.

–Yo la tendré, mientras vocalizas –convino Ewa estirando las manos hacia su condiscípula, motivada seguramente por contemplar al animalucho tieso. Stephanie cedió entregándole con infinito cuidado el pequeño bulto pardo envuelto en un pañuelo, tal si se tratara de un verdadero tesoro y fue a plantarse muy seria al lado del piano.

La maestra hizo una seña a Richard para que le dejara el sitio y se puso a tocar escalas. La voz de la joven era pequeña, pero Richard sintió al escucharla que una ola de dulzura inmensa se había aposentado invadiendo el salón de clase. Aquellos sonidos sólo podían provenir de un ser humano precioso, infinitamente noble. Después del ejercicio cantó un lied de Schubert que la propia señora Schmaller acompañó y el pianista dedujo que aquella candorosa sensibilidad estaba predispuesta a vibrar con todo cuanto fuera bello y hasta le pareció que se olvidaba momentáneamente de Esther. En su bien timbrada vocecita se regocijaban ligereza, ritmo, transparencia y cuando cantaba parecía mirar lejos, tal si sus ojos pretendieran acaparar los ensueños del desafortunado compositor.

–Ejercicios de respiración –recomendó nuevamente la señora Schmaller– hay que ampliar esto –y palpó los hombros de su alumna– y no se le vuelva a ocurrir venir a mi clase con animales, son antihigiénicos.

Cuando terminó la clase, todos empezaron a llamar a la joven simplemente Ardilla. Era más corto y sobre todo más divertido.

Stephanie se incorporó al pequeño grupo que repasaba sus obras en el estudio del acompañante. Llegaba la primera anunciándose con grititos agudos y alborotados.

–¡Maestro! ¡Maestro! ¡Soy Ardilla! –exclamaba derrochando gracia y simpatía.

Richard se complacía escuchándola tratarle de maestro y al poco rato de encontrarse en su compañía se contagiaba de aquel omnipresente buen humor que era constante en su personalidad.

A veces el pianista se sentía triste, desdichado y no podía disimular el desasosiego que le atormentaba, y cuya causa, no solamente pretendía ocultar, sino que se rehusaba rotundamente a confesárselo. Entonces el espíritu sensible de la pequeña obraba como una bendita panacea, que le aletargaba la vergüenza de ser tan poco; y haberse atrevido a mirar tan alto.

Otras ocasiones sucedía al revés, en medio de aquella euforia de vida que parecía flotar en la inquieta “Ardilla”, aparecían algunas nubes que la ensombrecían momentáneamente, la señora Schmaller solía desinteresarse largas temporadas de ella y la dejaba sin clase, prefiriendo a sus demás discípulos que le consumían el tiempo, la dama se concretaba a prometerle:

–La próxima vez tú pasas la primera.

Pero al llegar el día se le olvidaba y la joven cerraba sus partituras desilusionada.

Una vez le confió a Richard

–Ha de suponer que estoy negada –y luego agregó– pero yo sé lo que quiero –y lo afirmó con la seguridad de quien conociéndose demasiado sabe que nunca será vencida.

Richard la reanimaba, instándola a olvidar el olvido en que la caprichosa matrona la relegaba.

–Ven vamos a estudiar –la convidaba– primero las vocalizaciones, que al cabo ya sabes cómo hacerlo –y se quedaba un largo rato al piano ayudándola cuanto podía para que los sonidos se ablandaran y enriquecidos brotaran cada vez más fáciles y armoniosos, al final la instaba: –ahora trae

tu música, estudiaremos todo cuanto quieras, si repites mucho la misma obra terminarás por dominarla.

Una ocasión mientras Stephanie buscaba en su carpeta alguna partitura, Richard sentado en el piano empezó a improvisar una melodía.

–¡Qué bella música! –declaró Ardilla.

–¡Es para ti! –confesó él, sintiéndose inspirado entre la ensoñación que le despertaba la joven; “Ardilla” se ruborizó ligeramente, pero sus ojos sonrieron complacidos. Entonces se escucharon los tacones de Esther y ambos despertaron al mundo real, descendiendo del fantástico planeta que se llama inspiración.

–¡Era como un sueño! –suspiró “Ardilla”, mientras Richard se adelantaba a recibir a su alumna.

–Todo comienza en un sueño –alcanzó a responder el pianista, cuando ya Esther se adelantaba dentro de la habitación. La recién llegada saludó a su condiscípula con un beso en la mejilla e imaginando que ambos estaban estudiando, después de un cortés ¡Buenas tardes! se fue a sentar apenada de interrumpir, pero Stephanie recomendó:

–Estudien ustedes, cuando terminen yo continúo.

Esther protestó:

–No. Tú llegaste primero, yo debo esperar.

Pero “Ardilla” insistió:

–Yo voy a estudiar mi solfeo a la otra habitación –y se marchó cerrando cuidadosamente la puerta. Esther se quedó mirando al piso y dijo a Richard:

–¡Es tan alegre! –y en el tono se translucía cierto pesar, porque ella no podía ser igual.

Con el tiempo Esther empezó a tutear a su repasador. Richard se entusiasmaba, ilusionado de que aquel tuteo significara el comienzo de la codiciada intimidad, pero nada más lejos, porque a la sesión siguiente regresaba al consabido usted y a su habitual indiferencia, que se acentuaba cuando se hallaba en la clase de la señora Schmaller. Alguna tarde él ponía una excepcional delicadeza en el acompañamiento, tal si quisiera envolverla en la música, Esther por su lado hacía lo suyo y aquellas sesiones hubieran

resultado un concierto extraordinario para los más exigentes diletantes. Una vez Richard se dejó llevar por el entusiasmo:

–Lo has hecho estupendamente –declaró– aunque desearía si no te incomoda, sugerir algunos detalles, no son nada que tenga que ver con tu técnica vocal que es asunto de tu maestra, sino más bien de la música.

Esther se sometió reconociendo la razón que le acompañaba, Richard se llenaba de gozo, el diálogo musical se establecía porque ambos se empeñaban en obtener un mutuo objetivo: la perfección del episodio lírico. El pianista suponía hallar en ella una afinidad de alma que avivaba su pasión. La sesión terminaba con un desabrido: –Hasta luego– de la cantante, y “Ardilla” retornaba sonriente y desenfadada:

–¿Ya terminaron? Pues ahora sigo yo –y poseída de otro concepto de la música, tal si el arte de ella, no tuviera que ver nada con la solemnidad o la tragedia, y fuera una regocijante catarata de amor a la vida, donde la soprano no era la heroína romántica o mística, sino la depositaria de un infinito gozo, como una divina chispa que encendiendo un mundo de luz arrasara con los sueños irrealizables y con los amores imposibles.

Al llegar el invierno la temporada en la Opera de Viena alcanzó su máximo apogeo. La señora Schmaller recomendó a sus alumnos asistir a todas las funciones que pudieran.

–En el teatro se aprende tanto como en la clase –afirmó.

No todos los estudiantes disponían de medios para pagarse una buena localidad, pese al descuento que se les concedía, por ser alumnos del Conservatorio, así que en franca democracia acordaron asistir a un mayor número de representaciones, ocupando los asientos de la galería. Se organizó el grupo. El repertorio de las compañías participantes incluía obras de autores alemanes, franceses e italianos. Todos querían escuchar “El Vendedor de Pájaros”, “Trovador”, “El Matrimonio Secreto”, “Aída”, “El Murciélago”, “Ana Bolena” o “María Estuardo”, Richard se unió al grupo. Una de las condiscípulas había sido admitida en el coro de la ópera y con el pretexto de ir a saludarla y mediante una pequeña propina fueron admitidos al escenario antes de iniciar la función. Los estudiantes se quedaron pasmados ante aquel mundo poblado de telares, telones, decoraciones teatrales que representaban ya idílicos paisajes con lagos de ensueño, parques preciosos, o salas regias de castillos, cuyos techos se adornaban con principescas arañas de cristal y muebles Luis XV o estilo imperio, alternados con estatuas de yeso, que de lejos parecían de mármol y columnas de mentirijillas.

Las chicas friolentas, con las pellizas subidas hasta el cuello, fisgonearon la tramoya, las diablas, los bastidores y entre telones, la concha del apuntador y hasta se asomaron por los agujeros de la pesada cortina de terciopelo rojo desde donde identificaron a los ocupantes de los palcos. Husmearon los camerinos y el foso de la orquesta, felices de poner los pies sobre los tablones del escenario. Aquello era el mundo donde ellos pretendían estar, la razón de su vocación y de sus esfuerzos. No sin pesar debieron volver a sus asientos allá en la altura, desde donde todas las figuras se empequeñecían.

Al último se les unió Esther, quien se presentó luciendo un vestido rosa acompañada de un muchacho pecoso, a quien presentó simplemente como Otto, en la sala un oboe empezó a afinar en Si, y los demás instrumentos de la orquesta una quinta arriba.

El elegante público, armado de sus indispensables binoculares se fue acomodando en la espaciosa sala. Caballeros de frac y pechera blanca fingiendo gravedad o apostura alternaban con damas pechugonas de peinados altos, atestadas de adornos, metidas casi a fuerza en sus soirées, procuraban lucirse y llamar la atención como si a su vez fueran a representar; y en verdad que en el lunetario y en los palcos tenía lugar otra comedia, y las señoras que podían tener lo mismo treinta que sesenta años, tal era el engañoso efecto de los maquillajes, afeites y tinturas ostentando sus brillantes incrustados en collares, pulseras y aretes, deslumbrantes, seguramente importados de Sudáfrica –y conseguidos con el sudor y hasta la vida de los infelices negros que rascaban en el fondo de las minas–, parecían competir en lujo y vanidad.

Los escotes demasiado atrevidos proclamaban una atmósfera tibia, en contraste con el frío invernal que parecía ensañarse en las solitarias calles donde la nieve sucia se amontonaba, mientras la débil luz de las lámparas apenas alumbraba las aceras, y el humo negro que vomitaban las chimeneas de la zona industrial, volvía más deprimente el entorno.

Stephanie, seguramente friolenta, no se despojó de su abrigo y llevaba la manos metidas en un gracioso manguito. Richard, quien había aprendido a leer los sueños de su alumna, le leía el programa que ella escuchaba con inocente coquetería, entre tanto los compañeros codeándose atendían la llegada de su maestra, que ocupaba uno de los palcos rodeada de una empingorotada familia, desde allí relampagueaban las lentejuelas de su vestido negro, mientras ella se abanicaba indolente.

Dieron la tercera llamada y la magia del teatro los cegó a todos. ¡Cuán diferentes resultaban las partituras que abordaban en la clase, cuando el milagro escénico las transformaba y se convertían en el más completo espectáculo, donde todas las artes convergen dentro de una amalgama maravillosa!

Esther, dos o tres filas delante de Richard, contemplaba impasible la función mientras el pianista, a quien punzaba el piquete de los celos, imaginaba a su adorada en mitad de la escena cosechando triunfos noche a noche, cantando mucho mejor que las más renombradas divas, quienes apenas poseían alguna de las cualidades, que según él –¡Oh locura de los enamorados! poseía la joven. El muchacho la imaginaba en todos los roles posibles, mientras la insatisfacción se iba apoderando de su ánimo. Ella merecía algo especial, no las obras que todas las sopranos incluían en su repertorio, algunas con historias mal hilvanadas absurdamente convencionales, y con

música de dudosa calidad; entonces pensaba en una obra donde la mujer adorada luciera magnífica y radiante, descollando al máximo el timbre de platino de su voz, combinado con su porte ducal, su insuperable belleza, sus cabellos color miel. ¿Pero dónde estaba aquella ópera en que Esther pudiera ser como la reina de las reinas, el hada de las hadas, la ninfa de las magas? ¿La suma de todas las músicas, la condensación de la belleza que sirviera de marco a la otra belleza, la humana?

Al finalizar el tercer acto descendió el telón. Se encendieron las luces. Era la hora de despertar. La transición le obligó a mirarse, a contemplar la magnitud de sus anhelos y los escasos recursos que poseía para realizarlos. Richard se espantó de su propia miseria, de su insignificancia, de su nulidad. ¡Sólo era un pobre huérfano, un músico gris y desconocido a quien por compasión había amparado el Conservatorio, otorgándole una plaza de acompañante, cuyo salario apenas le permitía alimentarse de salchichón, pan y cebollas! Decepcionado de sus propios sueños, se llevó las manos a las sienes. ¿Estaba loco? ¿Deliraba? O era solamente un soñador empedernido, un tonto soñador que se dejaba engatusar por las tretas absurdas de su fantasía, y sin embargo reconoció, recordando las palabras de un gran pensador que todo, absolutamente todo lo que hay de bueno en la vida, comenzó en un sueño.

Stephanie le sacó de sus cavilaciones. La función había concluido. Era la hora de abandonar el recinto, porque si no se apuraban se quedarían sin tranvía.

Aquella noche apenas si consiguió cerrar los ojos. La ópera le había despertado inquietudes dormidas que afluían de pronto, cual un vertiginoso torrente. Entre la duermevela continuó visualizando a Esther como la protagonista ideal para personificar a las más sublimes heroínas.

A la mañana siguiente mientras bebía a sorbos su café cargado morisqueando un panecillo, se puso a revisar las partituras de algunas óperas, donde si bien existían pasajes verdaderamente grandiosos, las encontraba en general poca cosa ante la voz y el arte de su preferida, ella merecía indudablemente mucho más, una obra donde su belleza, su temperamento y sus facultades lucieran en su máximo esplendor, una ópera que nadie hubiera representado jamás y donde al no existir punto de comparación, ella fuera la apoteosis, donde cada melodía, cada compás, fueran motivo de una ovación y ella misma se deleitara recreándola, y donde el resto de los personajes, fueran como satélites girando alrededor de un astro. ¡Ello significaría su consagración definitiva! Europa entera se pondría a sus pies y las figuras más célebres la envidiarían. La señora Schmaller tenía razón, su fino instinto intuía en ella una consagrada y su experiencia y conocimientos no podían equivocarse.

El reloj lo sacó de sus cavilaciones. Asistió a sus clases. Acompañó a los cantantes en el aula del Conservatorio y por la tarde regresó a seguir su trabajo en el estudio. La exitosa temporada había motivado a los alumnos que ahora se esforzaban por imitar lo que habían visto en el escenario, algunos alababan a un cantante, otros criticaban la obra, al autor, al director, al libretista, la puesta en escena o la orquesta y se enganchaban en disputas sin llegar a un acuerdo.

Transcurrieron así tres semanas. Richard se interesó más por su clase de composición, haciendo preguntas indagaba los vericuetos del análisis musical, pero luego, sin que él mismo se enterara del motivo, se sentaba en el piano y empezaba a improvisar melodías, ampliando cada tema e imaginándose el rostro de Esther. ¡Ah! si él pudiera ser el creador de aquella obra portentosa y demostrar así su talento, la capacidad creativa de la que se sentía tan seguro, la volcaría en una partitura, donde ella embriagada de emoción tensara los múltiples recursos de su sensibilidad, luciera sus notas más bellas, personificando al eterno femenino.

–Sólo son sueños –se confesó con amargura una vez, pero al instante volvió a recordar aquella frase que había hecho favorita: ¡Todo empieza en un sueño!

Una noche escuchó que llamaban insistentemente a su puerta, al principio sintió enojo de que le interrumpieran en su intimidad, corrió el pasador y la cara de Jacobo le sonrió ampliamente.

–¿Dónde te metes? Te he buscado por todas partes.

–En el Conservatorio –balbuceó el pianista.

–En el Conservatorio, en tu casa, en el café ...pero a final de cuentas en ninguna parte. Pero déjanos entrar –solicitó impaciente.

Richard se apercibió de que su amigo venía acompañado de otro muchacho enfundado en un sobretodo gris, con guantes, bufanda, botas, sombrero y una carpeta que oprimía bajo el brazo. Otro cantante –pensó– que seguramente pretende estudiar conmigo.

–Pasen ... pasen ...asintió nervioso, pretendiendo disculpar su torpeza y abrió los brazos para abrazar al judío, como siempre que se encontraban. –¡Qué gusto verte!– ¡Siento en verdad que no me hayas encontrado ¿Y el señor?

–No es ningún señor, es Julius.

Richard alargó la mano y estrechó la del recién llegado.

–Sentados por favor, ahora les sirvo una taza de té bien caliente. ¿Tendrán frío?

–¡Qué pregunta! –dijo el desconocido– cuando deja de nevar el frío empeora.

El pianista asumió su papel de anfitrión y sirvió presuroso el té que sus visitantes bebieron complacidos.

–Le he hablado a Julius de ti –empezó a decir Jacobo.

–¿Le has dicho que soy un pianista, metido ahora a acompañar cantantes? ... imagínense que he dejado de estudiar el dos de Rachmaninof ... imposible hacer de todo.

–Le he dicho también que eres un talentoso compositor, que he apreciado tus trabajos y que hasta escribiste una sonata para mi violín y tu piano.

–¿El señor Julius es también músico?

–Julius –aclaró Jacobo– apenas sabe tocar las puertas... pero gusta de la música. La ama tanto como nosotros, es ... es un escritor.

–¿Escribe? –repitió Richard sin poder contener su curiosidad.

–Bueno, intento... –respondió modestamente el interpelado.

Richard lo examinó con detenimiento. Tendría acaso treinta años, aunque la barba y el bigote le hacían aparecer mucho mayor, nada en él denotaba una buena posición, el traje pudo haber lucido elegante alguna vez, pero ahora clamaba urgentemente por la plancha, los zapatos estaban muy mojados por la nieve, el cuello de la camisa estaba arrugado y la corbata tenía una mancha. Se vio a sí mismo en aquella figura desgarrada, y pensó que en Jacobo no se había agotado la bondad, el pianista sonrió a Julios, quien le despertó simpatía al instante.

–¿Eres un poeta? –Le preguntó tuteándole.

No –respondió el interpelado–, el título de poeta me quedaría demasiado grande.

Jacobo lo sacó del aprieto.

–Quiere escribir para el teatro. Tiene un libreto. Y como yo sé que tú eres un compositor, sería formidable que le pongas música.

–¿Un libreto?

–Bueno ... es algo que supongo que podía servir para una ópera ... y que usted maestro ...–Y le alargó la carpeta que había dejado sobre sus rodillas.

Richard se la arrebató con la codicia de un chiquillo que atrapa un cartucho de dulces.

–¿Y cómo se llama su libreto, de que se trata?

Julius sorprendido de aquella repentina efusión, titubeó antes de responderle.

–Es sobre un personaje bíblico.

Richard abrió nerviosamente las hojas, sin detenerse en ninguna, ni ver prácticamente nada, pendiente de la respuesta de Julius.

–Sí maestro, se trata de María de Magdala.

–La más ardiente discípula de Jesús –señaló Jacobo.

–Pero tú ... –titubeó Richard

–Yo he leído el trabajo de Julius y te aseguro que es excelente. El personaje está perfectamente trazado. El asunto es histórico y verosímil.

Richard seguía sin comprenderle, Jacobo sonrió.

–Te extraña acaso, que yo, un judío, te lo recomiende, pero también a Julius se lo he aclarado, no soy un terco practicante de la religión y en cambio me gusta que los cristianos adoren a un judío.

Richard recordó algunos lienzos que había contemplado en sus visitas a los museos, donde había siempre un cuadro sobre María Magdalena, rememoró los sermones del cura parroquial de su pueblo, y hasta las conversaciones con su madre sobre aquella célebre mujer, de quien la historia dice que poseía una belleza excepcional, y que renunció a la vida mundana en pos de la libertad y del amor, es decir del verdadero, del supremo e infinito amor. Pensó al instante en Esther, en sus cabellos largos y castaños, como tal vez los habría tenido la hija de Magdala, en la hermosura de su rostro, la blancura de su cuello y de sus manos, y concluyó que toda ella conspiraba para ser la perfecta encarnación de Magdalena. Visiblemente agitado comenzó a leer las páginas, más bien a devorarlas, hablando consigo mismo, asintiendo.

–Sí, sí, sí ... desde luego que lo haré, que lo intentaré. Sí, esto es lo que estaba ansiando, lo que quería ...

Jacobo y Julius se miraron desconcertados.

–¿Me lo dejará verdad? –preguntó incrédulo a Julius.

–Es suyo –concedió el escritor satisfecho.

–¿Escribirás la música? –insistió Jacobo.

–¡Claro que sí! ¡Haremos una ópera!. ¡Una estupenda ópera! ¿Verdad maestro? –interrogó a Julius–, pero antes salgamos a festejar el proyecto. ¿Qué les parece un buen trago?

–¡Tú! –exclamó Jacobo en el colmo del asombro– ¿Ahora me sales con tragos?

Y como buenos camaradas, contagiados por la euforia del pianista, abandonaron bromeando el estudio y se dirigieron a la primera taberna que les salió al paso.

Al tercer brindis Richard juraba: –¡Todo comienza en un sueño, y los sueños pueden volverse realidad!

Apenas se inicia el preludeo con una frase estruendosa, en la que participan los metales y las percusiones anunciando la trascendencia del drama que está por representarse: oboes, clarinetes, fagots y flautas irrumpen en un tema que evoca la antiquísima Judea, la suspirada tierra prometida donde habría de asentarse el pueblo escogido para aguardar la llegada del Mesías. El Medio Oriente flota en una música rítmica, con salvajes reminiscencias del desierto que los israelitas habían recorrido en su huida de Egipto. La melodía arrastra la visión de una tierra arenosa, desértica, árida, cuya desolada monotonía se interrumpe por la esporádica presencia de algún oasis, tal como el de Jericó, donde las palmeras desde cuyos penachos cuelgan racimos de dátiles alivian la dureza de los rayos del sol. A Jericó lo envuelven el monte Carmelo y las cordilleras de Efraim y Galilea,

Un trino dulce del violín remeda el azucarado sabor de los frutos del privilegiado pedazo de tierra, pero en seguida unos compases donde destacan las maderas intentan llevarnos de la mano por los valles de Emek y Julien, mientras la sección de violines se esmera en remedar la corriente del río Jordán o las olas del lago Tiberiades, en tanto que el sonido sostenido de un fagot nos aterriza en las pesadas aguas del Mar Muerto.

Un apenas sugerido leit-motiv se acrecienta y va dando lugar mediante la suave dulzura de las violas hacia el tema principal, verdaderamente exquisito, en el que se expresan fundidos la paz y el amor en su más perfecta y armoniosa dualidad, y va elevando como en la alfombra mágica de un taumaturgo hacia las etéreas regiones donde señorean la verdad y la luz, proclamando la irreversible victoria del bien contra el mal, del espíritu sobre la materia, para concluir en un canto cuyas estrofas entona el coro desde dentro, proclamando el final del sufrimiento, la extinción de la enfermedad y de la muerte, la derrota definitiva del egoísmo, del odio y del racismo, causas primordiales de la infelicidad humana.

El Vorspiel termina en unos compases que anticipan el fin de los tiempos, la gloria del Hijo de Dios sobre el idílico esplendor de su reinado universal.

Una pausa de la orquesta señala la transición. Antes de que llegue el gran momento, hay que apurar la copa rebosante del acíbar. Anticipo y

camino. Sangre y lágrimas. Dolor y muerte. Sufrimiento y redención del Hijo del Hombre, y de todos los hombres.

Luego, el compositor escribe una fogosa danza con la que se abre el telón, en ella campea la melancólica voluptuosidad oriental. Richard ha imaginado a Esther, quien siendo artista no desdeñará bailar descalza, cubierta apenas con un abreviado brassier y un faldellín abierto por donde asomarán las piernas desnudas.

El artista ha luchado denodadamente por encontrar los instrumentos musicales modernos, fieles supletorios de la cítara y el címbalo; si bien logra que el arpa, la flauta y la trompeta obtengan ventajosamente el sonido aproximado de sus antecesores, luego ensaya muchas veces el caprichoso ritmo entre árabe, hebreo, arameo o filisteo hundido en la noche del pasado, en medio del cual, la codiciada bailarina, dueña de una belleza embriagadora danza, para luego cantar:

*Soy como el lirio entre los cardos,
La canción brota de mi lira,
Mi canción está hecha
Para estremecer los corazones,
Para entornar los ojos de placer.*

*Tejo las hojas de mirto verde,
Las moradas violetas y los narcisos,
Los lirios marfileos y los jacintos
Para hacerme una diadema perfumada,
Que incendie de colores mi canción.*

La música que concibe Richard suena como una caricia, donde el cuerpo y la voz de Esther deben vibrar.

Cuando concluye la danza, el público (es decir el coro) que se ha ido reuniendo en su derredor muestra su beneplácito con aplausos y le arroja monedas, que los músicos ambulantes con Hadja a la cabeza, un formidable etíope, guardián de la danzarina, recogen con avidez.

La muchacha agradece los aplausos y sonríe satisfecha.

Aparecen en la escena su ferviente enamorado, José, el médico israelita, quien en un apasionado dúo le habla de sus anhelos de amor, con las fáciles frases agudas que un tenor ligero puede cantar; Magdalena le escucha arrobada, pero le replica que por el momento no puede comprometerse,

pues antes debe ganar suficiente dinero para ayudar a Demetrius, su protector, un ciego fabricante de cítaras que la liberó de las garras de su padre, quien cuando apenas tenía doce años pretendió subastarla como esclava, y con la desmedida ambición de obtener por ella más dinero, no dudó en desnudarla para excitar así la lascivia de los hombres, el ciego la compró, pero lejos de convertirla en su esclava, la adoptó como hija. –Déjame pagar mi deuda de gratitud– le dice al galeno–, y después seré tuya. José se retira esperanzado y cuando la caravana artística se dispone a su vez a partir, aparecen los enviados del gobernador de Judea Poncio Pilatos a solicitarle que baile esa noche en su villa al pie del lago, donde ofrecerá una fiesta a Herodes. Aunque aparentemente se trata de una invitación, es una orden.

En el cuadro segundo, Magdalena se hermosea para su actuación. No bailará desnuda, eso se queda para las esclavas, y ella es una invitada, en cambio se provee de ruidosos cascabeles que se ajusta a los tobillos.

El peligro acecha a la joven, ella lo presiente y pide a Hadja y a sus músicos la vigilen, lo que la hace sentirse protegida.

No le han pasado inadvertidas las lúbricas miradas de Cayo-Flaco el capitán de legionarios, sobrino del sátrapa romano, quien la ha visto danzar en las calles y cuya insatisfecha lujuria debe haber promovido la invitación de Pilatos al festín.

A una señal de los esclavos, Magdalena se escurre y aparecen en tambaleante y ebrio cortejo el propio Pilatos, Herodes, Cayo-Flaco y su corte de degenerados invitados, comidos hasta el hartazgo, bebidos hasta la embriaguez, se recuestan pesadamente en sus triclinum, mientras los esclavos advertidos, llenan incesantemente las ánforas con vino de mandrágora.

Toca el turno a la artista, quien cubierta con un púdico velo, excita más la codicia carnal del romano; ansiosa de la recompensa, Magdalena baila ante sus opresores mezclando en su danza su canto lánguido:

*Los higos caen maduros de la higuera,
Los pájaros trinan en los ramajes,
Las tórtolas se esparcen por la campiña florecida,
Y todos me hablan de ti, mi dulce amado.*

El arte y la belleza de la joven los hace desperezarse, y con los ojos bien abiertos admiran la gloriosa plenitud de la invitada, Pilatos, un barítono, le arroja una bolsa repleta de monedas de oro, que Hadja recoge entre

caravanas, mientras Magdalena agradece los aplausos con una cumplimentada sonrisa. Una danza más y se aleja con sus músicos.

La orgía se vuelve más ruidosa con las libaciones, pero Cayo-Flaco ha salido furtivamente, dispuesto primero a detener, maniatar y arrojar a los músicos a la calle, y ya libre de ellos, a consumir en la indefensa muchacha el nefasto crimen de la brutal y cavernícola violación; así, mientras la orquesta subraya la bacanal, se escuchan dentro los gritos y sollozos de Magdalena, quien aparecerá después con el vestido roto, la piel cubierta de moretones, la soberbia cabellera desordenada y una llama de ira y odio en los ojos. La antes fresca muchacha, aparece conducida por el propio Cayo, otro barítono, quien la ha golpeado barbaramente, cuando ella, una sucia judía —dice el romano—, ha intentado matarlo con un puñal que llevaba escondido, para cobrarse su honra y humillación. El beodo Herodes, incapaz de sublevarse guarda un silencio cobarde, y Pilatos cínico y despreocupado, reprende tibiamente a su sobrino, reprochándole lo que él llama una de sus travesuras, y se retira con su séquito de juerguistas, pero José, avisado por Hadja, escalando los muros y evadiendo a la guardia, irrumpe en el lugar dispuesto a matar al violador, sobre el que se lanza hiriéndole por sorpresa; al instante una nube de guardias irrumpe para someterlo, golpeado e impotente escupe a Cayo, quien en el clímax de la ira decreta la inexorable sentencia: muerte inmediata, entre los más refinados tormentos, entonces Magdalena se echa a los pies de su ofensor y le ofrece ser voluntariamente su amante y concubina a cambio de la vida de José, Cayo, que gusta de la muchacha, y ansía volver a gozar su cuerpo acepta el trato, y José es liberado y desterrado, mientras ella abraza frenéticamente a Cayo, en un gesto que tiene más de odio que de amor, dando lugar a la rápida caída del telón.

Richard había conseguido musicalizar esa difícil primera parte de todas las obras, donde el creador exhausto exprime su imaginación, investiga, estudia, analiza, explora, ensaya todos los recursos, camina todos los caminos acompañado del fantasma de la insatisfacción.

Bebiendo hasta doce tazas de café hirviente por las noches, para evitar dormirse, el músico trabajaba alternativamente con el papel pautado extendido sobre la mesa, mientras iba con delirante frecuencia al piano, a cuyo sonido a la mitad de la noche o por la madrugada, habían terminado por acostumbrarse los desvelados huéspedes de la pensión.

Veloces se fueron tres meses desde la primera visita de Julius, quien de vez en cuando se aparecía para observar los adelantos de la obra, y al escuchar aquella música espléndida, le parecía imposible que de su historia, se pudiera crear una ópera magistral; pero Jacobo mucho más certero, y a quien no escapaba la pasión de su amigo por Esther, contemplaba azorado el poder de la pasión sobre el genio.

Una noche Richard confesó:

—He guardado para ella mis afectos de hombre y mi vocación de artista, ¡Quisiera envolverla en mi música! Adivinar sus anhelos para colmarlos, aprovechar al máximo los recursos de su voz, de su sensibilidad, para que afloren y se engrandezcan. A veces me siento impotente, laso, desmotivado, tal si las melodías que me parece escuchar con los oídos interiores enmudecieran de pronto y ya no pudiera extraer una nota más. Entonces la veo en la clase de la señora Schmaller o llega aquí con sus partituras de Verdi o de Puccini y me vuelvo a embriagar del perfume que emana de sus cabellos largos. Entonces mi imaginación poética se vuelve a nutrir de melodías, repaso su música con prisa, deseando quedarme nuevamente solo para volver sobre la obra y escribir, algunas veces viene con ella “Ardilla”, quien sin preguntarme nada parece adivinar todo, me sonrío y se va al dormitorio, según ella para solfear sus partituras, si bien la he descubierto copiando lo que apenas he terminado de hacer, me deja con Esther largo rato, o con algunos cantantes quienes me interrogan curiosos qué me pasa, o por qué tengo trazas de desvelado o desmejorado, se conforman con una respuesta corta y se van, entonces llamo suavemente a la puerta y le pido: —Señorita Stephanie, venga por favor, vamos a repasar su música! —y ella

vuelve trayendo tanta ternura en su rostro, como la que puede poseer un niño, me sonríe y empieza a cantar con una alegría que me contagia ... esa jovencita

Jacobo, quien conoce bien a Stephanie responde:

–Simplemente le agrada todo el mundo, y ella quisiera que todos fueran dichosos.

Antes de levantarse el telón para dar paso al primer cuadro del segundo acto, Richard ha escrito un hermoso prelude, en el que anticipa la presencia del Divino Encarnado Jesús de Nazareth.

El libretista ha situado la escena en cuyo fondo dormita el idílico lago amatista, donde se ha verificado el portentoso milagro de la multiplicación de los peces y en una de sus orillas yace olvidada la barca de los pescadores, convertidos ahora en los discípulos que rodean al Maestro. El sol puro y radiante abriéndose paso entre las nubes cae ahora sobre la playa y las redes.

Richard orquestó las flautas en tonos agudos y ligeros, a las que habrán de responder las cuerdas en serenas armonías, buscando encantar al oyente en la plácida nitidez del lago, refrescándole con sus brisas, en tanto que el acompañamiento de los violonchellos le invitará a sumergirse en los oleajes profundos.

Poseído de una sincera fe religiosa, el compositor imagina a ese Cristo maravilloso, Hijo Predilecto de Dios, que no sólo ha extinguido los símbolos paganos extraídos de dudosos olimpos, o de los terrores propiciados por los elementos de la naturaleza heredados de la caverna ancestral, sino que hollando también la maldad y la estupidez humana, ha derribado también los otros dioses de los hombres: la ambición, el odio, la crueldad, el egoísmo y la lujuria. Él, síntesis de la sabiduría ha opacado a los pretenciosos logros humanos, sus mediocres descubrimientos, su ciencia pedante y limitada, sus ansias de saberlo todo cuando ni siquiera conseguimos saber bien de nosotros mismos e ignoramos casi todo de nuestra propia persona. Él, amor resplandeciente, faro de todos los amores, ha nulificado los amores procelosos, sensuales, salpicados de pecado y deformados por el interés. Él, corazón inmenso, acercándose, mezclando su diáfana esencia entre los corazones carcomidos de ingratitud y ceno de los pecadores, Él, conciencia y perdón, cirineo incondicional que ayuda a sobrellevar el fardo de nuestros rencores, culpas y equivocaciones. Él, fuego eterno e inextinguible dispuesto siempre a incendiar la ternura en nuestras mentes aceradas por el cálculo, siempre vencidas en la búsqueda del misterio, sedientas siempre de la verdad, ignorantes de que sólo Él posee toda la verdad precisa para vivir mejor y morir en paz.

Cuerdas y maderas van acercando hacia ese excelso instante místico, que habrá de enlazar el sonido con la palabra, expresando con reverencia y veneración, una de las sublimes y bellas enseñanzas que legara a la humanidad el Rabí galileo, y que ha pasado a la posteridad como el Sermón de la Montaña.

El compositor titubea por la tesitura adecuada para el cantante que habrá de desempeñar tan señalado rol protagónico, le parece que el barítono que representa la voz natural del varón obscura y cálida, hecha para los momentos intensos, podría ser la apropiada, en contraposición a la voz del tenor, quien se aviene mucho mejor a las frases suaves, aterciopeladas, donde pueden asomar los sentimientos íntimos, los transportes de amor, los profundos sollozos desgarrados en la más recóndita tristeza; en el Cristo hay de todo, concluye Richard, todas las emociones más intensas, los sentimientos divinos y humanos más nobles parecen asentarse en Él; y a su vez la energía, el entusiasmo, la fuerza, el coraje, la determinación, el impacto del líder nato, y aun entre el inusitado torrente del enojo, parecen tener cabida entrelazados con la más cándida dulzura, la frase pletórica de amor, el parlamento de perdón, de promesa y de gracia, de esperanza y de fe.

Ante la hoja de papel pautado, blanca y muda, Richard intenta imaginarse a ese Cristo mítico, y ayudándose de los ojos interiores, en el propósito de captarlo y retratarlo acude al recuerdo de las viejas estampas que presidían las ingenuas plegarias de su madre en el sencillo dormitorio de su hogar húngaro, o bien, pretende encontrarlo en las imágenes dentro de las láminas coloreadas de los libros escolares, en las imágenes de los templos, entre los cuadros vetustos que se exhiben en los museos, pero nada correspondía a su ideal, como si el pincel y el color no bastaran, la búsqueda le exasperaba, el personaje de Magdalena se lo inspiraba Esther, ¿mas qué podía revelarle a Dios? ... una noche a deshora brotó entre las notas el perseguido y espléndido retrato que necesitaba su imaginación, como surgió el mago esclavizado de la lámpara de Alah-Dinn, y la música, su música, el único y verdadero lenguaje para llegar a Dios, le fue perfilando un Jesús fuerte, elevado de estatura, con pasos siempre decididos, cuya figura suma de la más elocuente mansedumbre, llevaba implícita la más augusta majestad, Jesús emergió demasiado bello para ser humano; demasiado incandescente para ser visto, demasiado Dios para ser hombre; y no obstante demasiado carnal por Su propia voluntad, y elocuentemente real por su inconmensurable amor a los hombres.

Había logrado encontrar a Jesús para plasmarlo en su música; y para que otros, lo encontrarán a su vez a través de la más excelsa de las artes.

Poco a poco, fueron afluyendo a su cerebro las más dulces melodías con que habría de vestir a su divino personaje. Una mañana de repente, cuando deambulaba por esa parte donde el Danubio se une al Wien, mientras empezaba a derretirse la nieve al contacto de la tibieza todavía dudosa de la próxima primavera, escondiendo las manos entumecidas, que aunque metidas dentro de los guantes no conseguía preservarlas del frío, Richard decidió escribir el papel para un tenor dramático, una de esas voces privilegiadas que contienen las notas graves y agudas y que son capaces de estremecer un teatro entero con el potente estruendo de su timbre metálico, capaz de flotar sobre los cien músicos de la orquesta sinfónica, proclamando así el triunfo del supremo instrumento humano, sobre todos los fabricados merced al ingenio y la mano del hombre

Resuelto aquel problema técnico, volvió a releer muchas veces el libreto, para compenetrarse intensamente de lo que pedía el literato para acrecentarlo y resplandecerlo en la música.

Jesús aparecía sentado a la orilla de la playa, ataviado con su túnica blanca, calzado con las polvorientas sandalias, peinados en dos mitades los cabellos largos, rodeado de sus barbudos doce apóstoles metidos en sus túnicas y circundado de una multitud —el coro— que gritaba en su derredor, ávida de Su verdad, que habría de escucharle como hechizada, mientras Él, sereno, suave, cantaría en una aria imantada de inspiración y sentimiento, el resumen máximo de la fe cristiana:

*Bienaventurados los pobres de espíritu,
Porque de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los mansos,
Porque ellos poseerán la tierra.
Bienaventurados los que lloran
Porque ellos serán consolados.
Bienaventurados los que tienen
hambre y sed de justicia,
Porque ellos serán hartos.
Bienaventurados los misericordiosos
Porque ellos alcanzarán misericordia.
Bienaventurados los limpios de corazón
Porque ellos verán a Dios.*

*Bienaventurados los pacíficos,
Porque ellos serán llamados Hijos de Dios.
Bienaventurados cuando os insulten y persigan
Por Mí, porque grande será en el cielo su recompensa.
¡Alégrense! ¡Regocíjense! ¡Porque verán a Dios!*

Al final del aria tan intensa como bella se remataba en un agudo que contenía toda la potencia vigorosa de la más pródiga de las promesas. Jesús proclamaba el más risueño porvenir, con el que los humanos hubiesen llegado a soñar.

Al concluir, Jesús se vuelve solícito ante la muchedumbre y rebasando la muralla de los doce que intenta protegerle y que Él rompe voluntariamente en ese afán infinito de acercarse a la miseria de los hombres, se dispone a escuchar sus quejas para sanarlas y sus anhelos para cumplirlos.

Richard escribe para los partiquinos, a cuyo cargo correrán los bocadillos de solicitud que habrán de representar a los llagados del cuerpo y del espíritu: leprosos, paralíticos, ciegos, sordomudos, contrahechos, maniacos, dementes, quienes iban en demanda de la cura con vehemencia anhelada, de su palabra, conformándose muchas veces con sólo tocar su vestidura, o quienes ya limpios por las manos benditas, maravillados y conmovidos, daban gracias al sanador de todas las dolencias, al mago de todas las magias. El era el ungido, el esperado, el Mesías prometido, en quien cifraba aquella humanidad doliente su redención y su libertad; sí, su libertad para volar, cual un ave a la que se le descorre el velo que la separa del infinito, a la que se le abre la puerta de la jaula del pecado, de la enfermedad, de las pasiones y de la muerte

Jesús cura, prodiga sus manos y sus sonrisas, de pronto un angustiado padre, llamado Jairo se acerca al más santo de los profetas para decirle:

—Señor, mi hija, que era apenas una niña ha muerto —y le muestra el cadáver de la pequeña. —Sí Tú la hubieras bendecido viviría. Y a su dolor añade la certeza de haber llegado demasiado tarde. Jesús le responde.

—No temas. Cree y tu hija vivirá. La niña no está muerta. Sólo duerme. —Y la conmina a despertarse gritándole: —¡Niña, despierta!

Y ante el asombro del padre y de la multitud la niña se levanta sana y salva.

—¡Tú eres el Cristo! —canta el coro— ¡Tú eres el enviado de Dios!

Pero las voces de los bajos, quienes habrán de interpretar a los intransigentes escribas y fariseos, trajeados con sus tétricas vestiduras ancestrales, sus turbantes y sus barbas truculentas, irrumpen entre aquella euforia, cuestionando aquel festín de salud y de vida, en el que la suprema voluntad de Dios bastaba para borrar todas las culpas, para limpiar todos los karmas, para liquidar todas las deudas de todas las vidas pasadas, presentes y futuras.

–Maestro –le interrumpe el oficioso y astuto fariseo– ¿es lícito curar en sábado?

Jesús habrá de responderle:

–Todos los días y todas las horas del día, son propicias para hacer el bien.

El hombre confundido se aleja unos pasos lanzando miradas rencorosas de reproche; el Rabí falta a la ley; y sus compañeros esclavos de la palabra, pero flojos para la caridad, comentan sigilosos la respuesta, sentenciando el amor y la compasión, constriñendo la piedad en alas de la seca tiranía de un código que pretendía hacer de Dios un vengador terrible más que un padre amoroso, un anciano enojado y castigador en lugar de aquel Cristo dulce, quien no tardaría en ofender su misma vida, para obtener la eterna reconciliación del Padre con los hombres, de lo divino con lo humano.

Un ciego se acerca a Jesús, abriéndose trabajosamente paso entre sus tinieblas.

–Señor, hijo de David, ¡Haz que vea! –implora lastimeramente.

El Cristo le impone las manos sacrosantas sobre las cuencas por donde asoma una pátina horrible y rozándole sus ojos con la saliva santa le manda:

–¡Ve!

El hombre abre los ojos y exclama:

–¡Veo! ¡Veo! ¡La luz! ¡El sol! ¡Los rostros! ¡El cielo! –y al reconocer a su médico, fascinado por el prodigio de amor que se ha operado en sus ojos inservibles, agrega:

–¡Estaba ciego desde siempre y ahora veo! ¡Tú me has abierto los ojos, Señor! ¡Bendito seas! ¡Bendito seas! –y se marcha extenuado ante el prodigio. “¡Bendito seas! ¡Bendito seas!” va repitiendo.

De pronto un insolente griterío surge de una turba que entra en escena precipitadamente lanzando amenazas, denuestos y empujándose violentamente, la joven de los cabellos castaños flanqueada por dos escribas y con Hadja a su lado y José, que en vano pretende cubrirle con su cuerpo, es arrojada con despótico desprecio a los pies del Maestro.

—Esta mujer —la acusa uno de los bajos— es una adúltera, una prostituta, una traidora, pues siendo judía ha vivido como amante del romano Cayo-Flaco, quien ahora es muerto, pero que solía proclamar en las tabernas, que su amante era una judía para humillar así a nuestra raza...

El coro grita muchas veces: —¡Meretriz! ¡Meretriz!

Jesús, quien se ha sentado sobre un peñasco de la playa, escucha sereno las vociferantes acusaciones, mientras María Magdalena que había permanecido indiferente a las amenazas de muerte por lapidación que se ciernen sobre ella, y aunque la han puesto de cara hacia la turba, no tiene ojos más que para Jesús, cuya mirada parece llenarla de una inmensa paz y felicidad.

Uno de aquellos fatídicos fariseos se acerca a Jesús para tenderle arteramente una absurda trampa.

—Te la hemos traído para que la juzgues, mas recuerda que la ley es muy clara para las adúlteras y prescribe que debe ser lapidada. ¿Qué dices? —Le interroga con una horrible mueca del rostro endurecido por el sarcasmo y la crueldad El coro repite la sentencia en diferentes tonos: —¡Debe ser lapidada! ¡Debe ser lapidada! Y ya algunos se acercan armados de piedras, con los rostros amenazantes.

Entonces en una frase, donde el compositor despliega todas las galas de su inspiración, los recursos de la técnica aprendida, el amplio conocimiento de su oficio de músico, entremezclados por su devoción por el Dios del perdón, logra musicalizar de un modo sublime, aquel bíblico parlamento que es la suma de la comprensión divina por la frágil naturaleza humana.

—¡Quién esté libre de pecado, que lance la primera piedra! —dice Jesús.

El arrogante fariseo, lívido, desconcertado, incapaz de responder, hunde las uñas en el hueco de las manos y mordiéndose los labios de impotencia huye acompañado de los suyos, con la cabeza gacha y la vergüenza enrojeciéndole el rostro, mientras la multitud, necia como todas las multitudes, pasa en repentina transición de la exaltación a la carcajada cínica.

Jesús, inclinado, se queda escribiendo con una varita pequeña sobre el polvo del suelo, poco a poco el coro va desapareciendo de la escena, mientras el sol del atardecer juega sobre el lago. Magdalena conmovida se levanta para cegarse con el azul profundo de aquellos ojos divinos en los que resplandece la sabiduría del soñador.

–¿Dónde están, mujer, los que te acusan? –le pregunta Jesús– ¿nadie te ha condenado?

–Nadie Señor –le responde ella.

–Yo tampoco te condeno –le dice, y con intensa dulzura, aunque sabe que ella se quedará hasta el fin a su lado, agrega: –¡Vete! ¡Y no peques más!

Luego se marcha seguido de sus discípulos. Magdalena permanece unos segundos embebida, viéndole partir. El libretista, quién ha intuido con verdadera genialidad el intenso clímax dramático, conmina al músico a dejar sobre el pentagrama, el aria más excelsa que se hubiese escrito para gloria de una ópera: “Señor, has llegado a mí”.

En ella Richard derrama el inmenso caudal de su pasión por Esther, a quien imagina en el centro de la escena, apenas alumbrada por un seguidor que en medio de la obscuridad hará más resplandeciente su belleza, más bello su rostro, más elocuentes sus facultades de actriz. Con la más pura exquisitez del sonido, habrá de expresar esa estremecedora transición del espíritu, esa catarsis preámbulo de iluminación, anuncio inequívoco de eternidad y porvenir. Sus últimas palabras, repetición literaria y musical del leit-motiv del aria –¡Señor has llegado a mí!– dichas entre el más sincero regocijo, concluirán uno de los momentos más logrados de la obra.

José ha presenciado la escena enmudecido y emocionado, apenas concluye María Magdalena el aria, ambos volverán a unirse en un dúo en el que habrán de converger en sana armonía los dos amores que sin rivalidad conviven en los dos amantes. María Magdalena deseosa de compartir con su amado José la felicidad de haber sido reconciliada y perdonada, le dice a su futuro esposo que ella a su vez se siente inclinada a perdonar, ella, que ha conocido la humillación de ser esclava, que ha sufrido el horror de la violación, que conoció la brutalidad del macho salvaje al que nunca hubiera podido haber llegado a amar, puesto que su corazón desde siempre ha pertenecido a José; ella, humillada, enferma de odio por la arrogancia de los romanos insolentes que pisotean su religión y su raza, aplastándoles con su poder, oprimiéndoles con su César tiránico y sus dioses insulsos, ella, per-

dona, y el poder perdonar la volvía inmensamente feliz, y las lágrimas que brotan de sus ojos le impulsan a decir a su amado: –¡Es tan dulce llorar así!

José, quien supone llegado el momento de la tan soñada unión le pregunta:

–¿Te quedarás conmigo ahora? ¿Nos casaremos por fin?

–Todavía no –le responde María–, ahora que lo he conocido debo seguirle.

–Pero ... ¿y nosotros? –clama el médico–, ¿acaso sólo te encontré para volver a perderte?

–Cuando llegue la primavera nos reuniremos para siempre. Déjame ir ahora en su busca, aprender sus enseñanzas, recobrar la paz, el reposo, la claridad. Déjame purificar mi alma y mi cuerpo para tornar a ti pura y digna de ser tu esposa. La meditación y la plegaria habrán de curarme, entonces, volveré a ti, y te juro que en nuestro camino no caerán más las sombras, pues Su voz habrá de guiarnos para siempre.

–¡María Magdalena! –exclama el médico estremecido de emoción.

Pero ella no responde, sino que le deja caer sobre la frente un beso casto, y parte a buscar a Jesús, mientras José apesadumbrado, se lleva los dedos a las sienes, aguardando la lenta caída del telón.

En el cuadro segundo la escena muestra la sencilla pero limpia habitación en que está Jesús. En un rincón de la estancia una cacerola humea sobre la rústica estufa, en tanto que sobre una mesa aparecen los frugales alimentos, una hogaza de pan, un cuenco con aceitunas, otro con dátiles, algún trozo de queso y una cesta de higos maduros.

Al levantarse el telón aparece María Magdalena, quien sirve a Jesús y se ocupa además de secar en el tendedero situado en un patiecillo salpicado de flores y enredaderas, una túnica blanca, seguramente del Maestro.

Apenas termina su trabajo y aparece su prometido, el médico José que viene a buscarla, ella lo recibe con alegría, entre un dúo que aunque cariñoso, suena exento de la pasión carnal. En un largo parlamento en el que Richard escribió una melodía suave, Magdalena le explica cómo es ahora su vida: –Desde aquel día en que la mirada de Jesús me envolvió –refiere– adiviné dentro de mi corazón quién era y supe que me amaba, con una clase de amor diferente, engrandecido por la pureza y la caridad.

José le responde que ha venido a Jericó para pedirle que prevenga al Maestro y que se abstenga de volver a Jerusalén, pues el procurador Pilatos junto con Anás, Caifás y Herodes complotan para asesinarle. Ella le contesta que tratará de persuadirlo, pero que Él ha profetizado Su pasión, la que asevera que el Hijo del Hombre deberá sufrir penas, azotes, escarnio y crucifixión, pero que al tercer día habrá de resucitar. José se entristece y Magdalena le replica que nosotros no podemos cambiar la voluntad de Dios, pero que es preciso que el Maestro muera para que Su mensaje llegue y cambie el corazón de los hombres, porque ¿sabes? –le aclara– el mensaje de Cristo no está destinado a nuestros oídos sino a nuestros corazones. José le explica que el odio de los sacerdotes y fariseos se ha exacerbado desde el día que Jesús arrojó del templo a los vendedores de ofrendas y cambistas de dinero, que se enriquecían especulando con los pobres que acuden al templo a ofrecer sus sacrificios, esto afectó considerablemente sus negocios, y con el menor pretexto habrán de prenderle, pues además temen que el galileo encabece una revuelta. Magdalena le confirma que Jesús está preocupado porque algunos de sus discípulos no le habían entendido y en Betsaida Judas Iscariote pretendía coronarlo rey, Magdalena agrega: –Ignoran que su reinado queda muy lejos de este mundo. ¿Entonces? –le pregunta ansiosamente José.

–Entonces sólo serán felices los que le amen, sin calcular otro bien que no sea el amor mismo.

Es la hora del crepúsculo, la orquesta acompaña una plegaria que entonan por dentro los seguidores del Rabí.

Jesús llega cansado, seguido de sus discípulos que se dispersan por el escenario.

El día ha sido agotador, pues ha pasado enseñando toda la mañana, y también los apóstoles están fatigados, pues han estado conteniendo a la multitud.

María Magdalena corre a su encuentro.

–¡Señor! –exclama– ¡estás cubierto de sudor y de polvo y tendrás seguramente hambre y sed!

Sus ojos le miran centelleando de fe, en tanto que los de Él le acarician con una dulzura inenarrable.

Magdalena le acerca un banco y un cuenco con agua fresca. El Maestro bebe y sonrío a José, que también hunde su mirada en los ojos del Hijo de Dios.

El canto va cesando poco a poco, disolviéndose en la tarde que ha obscurecido.

Un hombre vestido con los ropajes de los miembros del Sanedrín se presenta ante Jesús.

–Soy José, el de Arimatea, he oído tu prédica y me ha convencido Tu sabiduría. Dime ¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?

Jesús le responde suavemente:

–Distribuye a los pobres tus riquezas ... y sígueme.

El hombre sorprendido por la respuesta, vacila titubeante, y luego con señales de gran pesar abandona precipitadamente la estancia, mientras los discípulos murmuran entre sí.

La orquesta ataca otro tema, que subraya el golpeteo de las gotas de agua sobre los campos y los techos.

–La lluvia refrescará los campos –opina Pedro.

Mientras tanto Magdalena, que ha estado llenando una ancha vasija de agua fresca y clara se inclina a los pies de Jesús y con delicada ternura le empieza a desatar las cintas de sus sandalias:

–¡Señor! ¡Mi Señor! –canta suavemente.

Han herido los cardos tus pies,

Los han lastimado las piedras del camino,

Permite que los lave, que los refresque,

Y luego colocaré sobre ellos este unguento perfumado ¡Y verás como descansas!

Judas Iscariote se acerca y examina el frasco.

–¡Mujer! –advierte con aspereza– este unguento debe haber costado mucho dinero, mejor sería que lo hubieras empleado en socorrer a los pobres.

Entonces Jesús, quien ha permanecido silencioso interviene:

–A los pobres siempre los tendrán. En cambio a mí... Yo debo ir pronto a Mi Padre.

Un estremecimiento sacude a los doce denunciando su profunda consternación.

Magdalena que ha concluido de lavar los pies de Jesús y los ha ungi-do con el perfume, va a secarlos con un lienzo que tenía preparado, pero lo hace a un lado, y reuniendo sus cabellos castaños como una cascada, seca con ellos los pies benditos. Jesús pone las manos sobre la cabeza de Magdalena bendiciéndola, mientras José, repentinamente tocado por la gracia, exclama:

–¡Tú eres el esperado! ¡Bendito seas por siempre Señor!

Los apóstoles corean la frase, mientras Judas Iscariote mordiéndose los labios, apunta los síntomas de una honda inquietud, en tanto cae lentamente el telón.

En el primer cuadro del tercer acto, Magdalena, su prometido el médico José y los once apóstoles, desde un extremo del escenario, presencian desde lejos el juicio de Jesús que se está celebrando en la terraza de la fortaleza Antonia. Las voces graves de los sacerdotes acusan a Jesús de blasfemias, además de proclamarse rey, Pilatos sentado en el pretorio escucha disgustado las acusaciones de Caifás y Anás y otros miembros del Sanedrín, mezcladas con las peticiones de muerte que vocifera la turba.

Jesús, gravemente herido y coronado de espinas permanece mudo, flanqueado por los soldados romanos. Pilatos se dirige al reo para preguntarle:

—¿Oyes todo de lo que te acusan? ¿Qué respondes?

Jesús continúa silencioso.

Pilatos se levanta y dirigiéndose a la multitud declara:

—Yo no encuentro culpa alguna en este hombre.

Pero la multitud instigada por los sacerdotes, escribas y fariseos grita insistente:

—¡Muera! ¡Muera! ¡Crucifícale!

Pilatos malhumorado les recuerda que por tratarse de un día festivo es costumbre libertar a un reo, y pregunta si eligen a Jesús o a Barrabás, un ladrón que aparece maniatado y flanqueado por dos guardias.

El pueblo instigado por los fariseos responde:

—¡Muera Jesús! ¡Suelta a Barrabás!

Pilatos solicita una vasija con agua en la que se lava las manos y añade:

—¡Ustedes lo han querido! Yo soy inocente de la muerte de este hombre.

—¡Crucifícale! ¡Crucifícale! —insiste la gritería de la multitud.

Pilatos hace una seña a los guardias y con visibles muestras de irritación se evade hacia el interior del palacio.

Los soldados traen una cruz que el prisionero debe cargar y la comitiva parte hacia el lugar de la ejecución, el llamado monte Gólgota.

Pedro, Juan, Santiago, los demás discípulos, así como Magdalena y José, dan muestras visibles de dolor y desesperación, se mesan los cabellos, lloran con desgarradores lamentos y se disponen a seguir de lejos al cortejo, que entre insultos, gritos, salvazos y golpes conduce al prisionero al sacrificio.

Así concluye el cuadro.

Richard escribió un intermedio musical, sin el concurso de las voces, pero con la inclusión de percusiones y metales, que describirán elocuentemente los pasos de Jesús a través de la Vía Dolorosa; un veloz cambio escenográfico desemboca en un ciclorama donde una luz muy oscura transparenta las tres cruces erigidas en el monte Calvario, Jesús aparece crucificado y rodeado de Juan, María Su madre y Magdalena, que al pie de la cruz y con los rostros pálidos y compungidos, escuchan la frase hablada con desesperado tono:—¡Padre! ¿Por qué me has abandonado?

Dimas y Gestas también crucificados lo flanquean a derecha e izquierda.

Un estruendo de tímbalos acompaña los siniestros sonidos de la tempestad. El viento aúlla, sobre la furia de los elementos se eleva la última frase de Jesús: —¡Todo está consumado!

Una apoteosis orquestal rubrica la muerte de Jesús. Luego, surge el silencio, mientras un oscuro total ensombrece el escenario.

Una cortina señala el entreacto.

La pausa conlleva luto, pesar y respeto por la muerte del justo; que además servirá como descanso después de la intensa tensión dramática.

Para el segundo cuadro, las luces de tonos amarillentos se irán encendiendo paulatinamente y al descorrerse el telón la escena alumbrará el comedor de la casa de Cleofas, situada en la colinas de Emaús, población situada a unos diez kilómetros de Jerusalén, donde se han refugiado los discípulos temerosos de las persecuciones.

Es el día del sabbat, diez apóstoles lucen sombríos, cabizbajos, con las huellas de la vigilia y el pesar. Con un patético coro expresan su desolación y orfandad.

Llega el médico José, quien les informa que José de Arimatea consiguió que Pilatos le permitiera sepultar el cadáver de Jesús en su jardín, el procurador accedió pero también ordenó a sus guardias vigilar la tumba para impedir que los seguidores del Maestro sustrajeran el cuerpo para propagar que Jesús había resucitado. José relata que siendo médico ha embalsamado la divina carne exangüe, cubriendo con hierbas aromáticas las llagas y las heridas, y colocando después una sábana.

Santiago pregunta por Magdalena y José le responde que ha ido a la tumba en compañía de María, la madre del Maestro.

Cleofas, el dueño de la casa conversa con José y ambos desaparecen por la derecha.

Los discípulos deambulan intranquilos, poco después llega Pedro, sucio, harapiento, con las sandalias sucias, se le ve contrito, angustiado, arrepentido, agitado por una profunda incertidumbre. Silencioso se sienta y hunde la cabeza entre las manos, extenuado por una profunda desolación, Juan le pone una mano sobre el hombro para consolarle, en tanto le sacuden violentos sollozos, los discípulos le rodean, entonces el fortachón anciano se levanta para confesar en una aria de bajo, el tremendo remordimiento que le corroe por haber negado tres veces al Maestro.

Los apóstoles le escuchan consternados, pero Marcos, compasivo, le consola recordándole que Jesús se lo había pronosticado; Pedro lo reconoce y entonces Juan le replica que el Hijo de Dios, conocedor de la debilidad humana y sabedor del sincero arrepentimiento que muestra, seguramente le ha perdonado, puesto que Su gran misericordia es precisamente para los recalcitrantes pecadores que precisan de ella, Andrés insiste en que ahora debe revestirse de valor y fortaleza, pues el Cristo lo designó depositario de Su mensaje, el que deberá ser difundido por todo el mundo para la salvación de los hombres. Jacobo le conmina a reunir coraje y sabiduría, porque ha llegado el momento de hacer valer su autoridad, asegurándole que Dios habrá de infundirle ánimo y consuelo. El fortachón anciano se reanima y los discípulos le rinden solidaridad y obediencia.

La escena es interrumpida cuando se presenta Magdalena con los ojos húmedos de lágrimas de felicidad. José la sigue, ella explica que se dirigió a la tumba llevando los aromas y ungüentos que había dispuesto para esparcir sobre el maltrecho cadáver del Maestro, pero su sorpresa fue mayor cuando buscando quién le ayudara a mover la enorme piedra que fue colocada para resguardar la entrada de la tumba, ésta había sido movida y el

sepulcro se encontraba vacío. –¡Grande fue mi dolor! –agrega, porque supuse que Caifás o Pilatos habían mandado retirar el cuerpo para exhibirlo ante el pueblo. Me levanté a llorar consternada –aseguró– más de pronto pude distinguir a un hombre de elevada estatura que me preguntó:

–Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

–Yo respondí: Lloro, porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto ...

–Entonces Él me miró con inmensa dulzura y me dijo quedamente:

–¡María Magdalena!

–Y yo, al escuchar Su voz, supe que era Él, el Divino Cristo, y me precipité a sus pies, pero me hizo un ademán para contenerme y replicó:

–No me toques. Pues aún no subo al Padre, Padre Vuestro, Dios Mío y Dios de todos vosotros.

Luego se desvaneció.

Magdalena se dirige a su absorto y sorprendido auditorio y clama gozosa:

–¡Cristo ha resucitado! ¡Tal y como Él lo predijo!

–¿Resucitado? –repite incrédulo José.

–¡Claro! ¡El Hijo de Dios no podría mentir! ¿Dudas que Jesús es el Hijo de Dios?

–No dudo –asegura José– pero ... si yo mismo embalsamé su cuerpo.

–¡Piensas acaso que sólo fue una visión?

Pedro interviene.

–El se apareció para ti solamente.

Santiago corrobora:

–¡Fue una predilección!

Magdalena concluye:

–El me pidió anunciar a ustedes que iba a subir al Padre.

José previsor, práctico y cuidadoso en lo concerniente a proteger a su amada replica:

–Sin embargo ahora debemos ocultarte Magdalena, si tú eres la única testigo de Su Resurrección, los enemigos del Maestro no perderán la oportunidad de perseguirte y hasta de matarte.

Jacobo afirma.

–Tú debes vivir, para atestiguar el gran milagro con tu fe.

Y Pedro repentinamente inspirado, declara con decisión:

–¡Y la fe será la luz que ilumine al mundo!

Poco a poco, los discípulos se van disgregando en pequeños grupos, comentando la revelación de María que acaban de escuchar.

José y María Magdalena quedan solos en escena.

–¿Y ahora María?

–Volveremos a Magdala, al primer día ¿Te acuerdas?

–¿Y cómo habría de olvidarlo?

José entona su última aria, añorando la Galilea que dejaron, cuando éramos niños y jugábamos en las praderas florecidas, corriendo por las laderas en pos de los pájaros y de las mariposas. Tus piernas huían veloces, pero al final yo conseguía alcanzarte y reíamos, y luego sedientos, íbamos a refrescarnos al arroyo, en cuyas aguas siempre cristalinas, bebíamos agua en el hueco de tus manos. ¡María! ¡Mi pequeña y suave María! ... canta José en un transporte de amor.

–Ahora que se ha cumplido cuanto anunció el Señor, regresaremos. Iré a preparar mis cosas.

María Magdalena sale por la derecha.

Cleofas, quién se ha retirado con los apóstoles retorna a escena.

Ambos empiezan a disponer la mesa, traen vino, pan y una cesta con frutos.

–¡Si Él estuviera aquí, todos seríamos felices! –suspira José.

–¡Sus palabras quedarán siempre con nosotros! –le responde Cleofas.

Por el frente aparece un hombre vestido con una larga túnica, lleva la cabeza cubierta con una capucha y las manos ocultas en las mangas.

El desconocido se acerca y pregunta a José:

–¿De qué hablan?

–De que si el Señor estuviera aún con nosotros seríamos felices... pero, seguramente tú eres extranjero e ignoras que Jesús de Nazareth, el Cristo, fue crucificado hace unos días, víctima de los sacerdotes y negociantes del templo ¡Y Pilatos les escuchó! –añade José con desprecio– pero quédate con nosotros, la tarde está declinando y seguramente tendrás hambre y sed ¿Quieres partir el pan con nosotros?

El desconocido se acerca y empieza a partir el pan, entonces al sacarse las manos de las mangas, el médico observa las llagas de los clavos, mientras el desconocido se levanta la capucha y mira a José con ojos profundos y tiernos. José se queda petrificado, Cleofas se queda inmóvil sin saber qué hacer; reaccionando, el médico corre en busca de Magdalena gritando:

–¡María! ¡María! ¡El Señor está con nosotros! ¡Ven! ¡Vamos a adorarle juntos!

María Magdalena regresa, pero el extranjero se ha esfumado.

José, presa de un vértigo exclama:

–¡No fue una visión te lo aseguro! ... Al principio no lo reconocí, pero alcancé a ver las llagas de los clavos en Sus manos, las ligaduras en Sus muñecas ¡Era Él! ¡Te aseguro que era Él! –repite atropelladamente.

María Magdalena lo escucha sonriente.

–No dudo –le responde serena– yo sabía que Él también se revelaría a ti, cuando estuvieras dispuesto a aceptar la verdad eterna. Ahora tú también podrás atestiguar que Él era verdaderamente el Hijo de Dios.

–Jesús ha resucitado de entre los muertos! –afirma José– ¡Yo soy testigo! ¡El mismo partió nuestro pan!

María Magdalena le da un trozo de pan a José, otro a Cleofas y luego se lleva otro más a la boca, mientras cae el telón, con la última y apoteósica frase orquestal.

No supo si concluyó la obra a la media noche de un sábado o al amanecer del domingo, pero se alegró cuando al final de la última hoja de la partitura había puesto la palabra fin. Se levantó de la mesa, pero sintió que se tambaleaba, indudablemente la tiranía del cuerpo le reclamaba el sueño que por semanas le había sido negado.

Un pájaro revoloteó fuera de la ventana iluminada.

El invierno se había ido y la primavera se asomaba sonriente anunciándole con su derroche de luz la amable promesa del calor.

Hubiera querido tumbarse en el lecho y sin la opresión de la ropa y del calzado quedarse dormido muchas horas o muchos días, pero al correr las cortinas y abrir las persianas se apercibió que iniciaba un día espléndido, y pensó que era una imperdonable tontería desperdiciarlo renunciando a un paseo dominguero por el Prater, mientras estiraba brazos y piernas y podía gozar a plenitud una agradable mañana de sol.

El agua fresca de la ducha acabó de reanimarlo y muy acicalado se sirvió un par de tazas de café humeante y aromático y mordisqueó un pan con queso.

El desayuno terminó de reconfortarle.

Iba a dejar la habitación, pero se detuvo a revisar el manuscrito. Pese a que se trataba de su primera ópera, poseía las cualidades de una obra madura. Contenía elementos melódicos de alta distinción, despuntando un concepto muy individual de la construcción musical. No obstante, tal vez aún debía revisar algunos pasajes donde podía mejorarse la orquestación; y pasados unos días, en que le parecía prudente dejar pendiente el trabajo, sujetar la obra a una imparcial autocrítica, una vez liberado de la intensa emoción creativa.

Se había propuesto que Esther, bueno que Magdalena, luciera radiante en un poema de musical belleza, y observando a sus anchas el pequeño promontorio de hojas de papel pautado cuidadosamente numeradas, saboreó a sus anchas el fruto de su esfuerzo con cierta sensación de incredulidad, su obra implicaba por lo menos un trabajo digno y decoroso, y nadie se atrevería a menospreciarlo, porque él, quien no era más que un músico anónimo, había recibido del Dador también su parte. Es verdad que era pobre, que

apenas ganaba el sustento diario, y que no podía permitirse lujos, ni vestir bien, ni parecer elegante, ni desperdiciar su paga en restaurantes caros, pero poseía en cambio esa maravillosa facultad de poder crear y además la dicha envidiable de tener una excelente amiga en aquella traviesa y noble “Ardilla”, quien con sus inocentes travesuras, ponía una chispa alegre y cálida en la grisura de su vida ... y aquella ansiedad llamada amor o Esther.

Se decidió por fin a salir a la calle, el Prater quedaba lejos, pero optó por prescindir del tranvía, deseaba estar solo disfrutando su interminable monólogo interior al que se había habituado, y luego, con un afán irresistible de autocomplacerse, empezó a tararear dos o tres melodías de su ópera, mientras imaginaba a Esther con su atuendo de israelita, dispuesta a interpretar el más importante papel para una mujer dentro de la historia evangélica.

La calle le atraía lentamente. Había vivido durante las últimas semanas, más para el espíritu que para el cuerpo, más para la fantasía que para la realidad, dedicando todos sus pensamientos para aquella muchacha huidiza, a la que apenas conocía y de la que ignoraba todo.

Entre tanto las campanas llamaban a la misa dominical, algunas señoras y sirvientas sujetando los paquetes y bolsos con la compra caminaban apresuradas, el lechero repartía botellas de leche fresca, mientras las cortinas de los restaurantes y heritages que trabajaban en domingo se levantaban, y en los establecimientos que solían utilizar las calles, los camareros ya provistos de sus delantales blancos empezaban a acomodar la sillería, colocando sobre las mesas manteles a cuadros.

La ciudad se desperezaba aprisa y sus habitantes, ávidos de disfrutar el verde follaje de los árboles o la brisa de las fuentes en los jardines públicos, se afanaban por comprar periódicos.

No, ya no se encontraba en la polvorienta Galilea, sobre cuyas lomas calvas no tardaría en aparecer la desarrapada muchedumbre de lisiados implorando uno de los milagros del Maestro rodeado de sus discípulos y de Magdalena, aquellas escenas correspondían sólo a su imaginación, el Cristo se alojaba ahora en las iglesias de las torres puntiagudas, con sus escalinatas, sus puertas pesadas, sus muros ornados de vitrales, y los apóstoles dormirían acaso mudos e inmóviles en los altares dorados y polvorientos, entre el humo de las ceras, el incienso, y el perfume lánguido de las flores enclaustradas, y en lugar de las músicas que propiciaban las danzas de Magdalena, sólo se escucharía la grave salmodia del órgano. Pero ¿y Esther?... la idealizada, la adorada, era solamente una aventajada estudiante del Conservatorio, mimada y adulada a todas horas, interesada en fines tan mundanos que ni

siquiera podría imaginarse que había sido la musa, la causa, la locura de un artista o la razón de aquel legajo de papel, que estaría aguardando le diera vida con el prodigio de su voz y de su belleza, para convertirla en una soberbia obra de arte.

Pisando los prados verdes del Prater, el compositor regresaba con pesar al mundo verdadero. Aterrizó con miedo el horrible miedo de decirle a ella, frente a frente, cualquier día que tuviera el privilegio de verla: he escrito una ópera para ti, y tú sin saberlo, has llenado mis horas, muchas horas, tú me has inspirado esos bellos sonidos que yo he engarzado paciente, dolorosamente, tal como se unen los diamantes en un collar, para hacer estas melodías a la medida de ti y sólo por ti. Tú eres motivo, inspiración dilecta, eres luz y vida.

El compositor, ni aun en su fantasía podía suponerse en el rostro de Esther gratitud, reciprocidad y mucho menos amor; tal vez le respondería con su frialdad habitual, o que ante aquella catarata de sinrazones podría reprocharle: —¿Y con qué permiso ha usado usted mi rostro, mis cabellos, mi persona, para escribir ese mamotreto que llama ópera, cuando usted no es un autor, o aunque lo fuera, nadie lo reconoce como tal, ni nadie sabe tampoco que tenga autoridad alguna para llamarse así; y luego, toda esa ridiculez de escribir arias para mi voz? ...yo interpreto sólo a autores consagrados, elegidos por mi maestra la señora Schmaller, quien fue una cantante famosa y le concedo autoridad para elegir lo que canto. Usted, usted es sólo un intruso, un insignificante pianista, sin familia, huérfano y con dudosos amigos... ¿Quién es ese Julius? ¿Un poetastro borrachín quizá pendenciero, a quien seguramente nunca han publicado nada, y con pretensiones de literato que nadie reconoce?

Ante tales pensamientos Richard sintió que le corría por todo el cuerpo un escalofrío, pero la vista de las niñeras con sus cofias y delantales blancos cuidando a una turba de chiquillos inquietos, mientras conversaban con el heladero, o con algún guardia platicador, le distrajo, y no deseó pensar más para evitar lastimarse. ¡Ya Dios diría! y se puso a esperar, puesto que Él, quien podía leer en el interior de los hombres y de su destino, no reprobaría que hubiese tenido el atrevimiento de escribir sobre Su Hijo, de poner melodías en Sus palabras, de pensar en aquel Jesús, que tal vez lo llamaba o lo inducía ¡Oh designios impenetrables de Dios! a través de una mujer, porque al cabo todos los caminos eran válidos para llegar a Él.

Y se sentó en un banco dispuesto a entretenerse con los inocentes juegos de los chiquitines.

A la siguiente semana la señora Schmaller invitó a sus alumnos a tomar el té en su lujoso departamento de la Ringstrasse. Se trataba de seleccionar las obras que interpretarían en las audiciones preliminares, que formando parte de los exámenes, tenían lugar en la sala de conciertos del Conservatorio, con sólo acompañamiento de piano y a las que solían asistir como público los propios estudiantes de la institución y sus familiares y amigos en calidad de invitados.

De allí surgían, previa rigurosa selección, los cantantes más aventajados que participarían en el gran concierto de fin de cursos, que se presentaba en el Teatro de la Opera, con entrada pagada al público y acompañamiento orquestal.

Richard se presentó a cumplir con su obligación y en tanto iban llegando los alumnos y previo consabido besuqueo con la maestra, se puso a observar el bien decorado departamento, verdadero arsenal de imperecederos recuerdos de glorias pasadas: diplomas, reconocimientos, fotografías, medallas, programas, reportajes en todos los idiomas en periódicos de medio mundo, que testimoniaban en los marcos finamente recamados de oro los éxitos que la artista pretendía continuar conservando indefinidamente.

Sobre el piano de cola cubierto con una carpeta de seda en la que se había bordado un enorme pavo real, lucía un antiguo retrato de sus tiempos de juventud.

El acompañante abrió la tapa del teclado y empezó a revisar las partituras que los jóvenes iban dejando sobre el atril.

La maestra se instaló cómodamente sobre una butaca de terciopelo carmesí al lado del piano, tal si se tratara de la platea de un teatro donde se dispusiera a presenciar un espectáculo, sólo que la representación estaría a cargo de sus alumnos a quienes escucharía cantar, pero midiendo además sus pasos, su forma de pararse, de emitir la voz, de respirar, de sonreír, corrigiendo el movimiento de brazos, manos y dedos, y hasta la manera de agradecer los aplausos, si los hubiera, cuando terminaban de cantar.

—No es suficiente que canten bien —les advertía— deben agradar, convencer, despertar admiración ¿No es así?

Todos la escuchaban embobados. Al parloteo inicial sucedió el más absoluto silencio. De algún rincón surgió Stephanie, quien saludó de lejos con la mano a Richard con su acostumbrada cordialidad.

–Por favor –solicitó la señora Schmaller– que pase el primero ...

Stephanie supuso que el orden lo había pre-establecido la llegada de cada uno.

–Yo –aventuró mientras ponía su pieza sobre el atril del piano.

–¿Usted? –preguntó la dama– bien, veamos.

Pero en ese mismo instante la joven y guapa camarera atraviada con el clásico vestido negro, cofia y blanco delantal abrió la puerta para dar paso a Esther. Richard no la había visto en quince días, que le debieron haber parecido diez mil años y volver a contemplarla le sumió en un océano de innombrable felicidad. Su llegada dio lugar a un desagradable incidente, pues la señora Schmaller, poseedora según ella de una educación exquisita, atajó a Stephanie cuando iba a empezar a cantar, conteniéndola intempestivamente.

–¡No! ... usted cantará después, ahora escucharemos a Esther.

La alumna predilecta que había saludado a su mentora con el acostumbrado ósculo en la mejilla enrojeció, pero obediente se quitó el abrigo y regresó a la carpeta que llevaba bajo el brazo sus partituras, mientras la concurrencia que se había quedado en suspenso, aguardaba cuál sería la reacción de la postergada, pero Stephanie no pestañeó y se fue a sentar inmóvil y sería como si nada hubiese ocurrido. Richard percibió cómo un sudor frío que le había brotado de pronto, se le secaba en el cuero cabelludo. Entonces, tal vez en el cerebro de la señora Schmaller, seguramente cohibida por las miradas de la concurrencia, se encendió una luz, haciéndole notar el grosero proceder de su comportamiento, del que aunque torpe y tardíamente pretendió disculparse.

–Perdón, señorita Stephanie, es que deseaba dedicarle más tiempo y que puliéramos su pieza lo mejor posible.

Luego, serenándose, con un envidiable dominio, de quien se ha habituado a enfrentarse incluso con los imprevistos de la escena ordenó:

–“Romeo y Julieta”.

Esther puso la partitura sobre el atril del piano y dirigiéndose al centro del salón que servía de foro, abordó el vals.

La señora Schmaller se mostró descontenta.

—Otra vez —exigió.

Y como la interpretación de Esther no mejorara mucho, se la hizo repetir una vez más, corrigiendo fraseo, respiración y concluyendo siempre con su consabida cantinela:

—Cantar debe ser lo más importante para usted querida. Se ha ausentado unos días de mi clase y he ahí los resultados. Olvidó mis recomendaciones, y además, hoy por lo visto, no se encuentra usted dispuesta y en su mejor momento. Cuando yo canto Gounod el público se pone de pie para aplaudirme, y si hoy volviera a representar esa obra o el “Fausto”, porque confío naturalmente volver a hacerla, obtendría el mismo éxito, porque en el teatro, deben ustedes saber, que la edad física no cuenta, bueno, siempre y cuando se conserven intactas las facultades ... y además cuando se ha conquistado un prestigio artístico como el mío, y se ha sabido mantener un nombre en la memoria del público, que no olvida fácilmente a sus preferidas.

—¡Esta cacatúa no cede! —pensó Hans.

Esther abordó nuevamente el aria y Richard la acompañó tocando todas las notas de la partitura de canto y piano, que aunque no podía substituir los efectos de la orquesta, no desmereció el resultado de la interpretación, y como ocurría siempre a Esther, que mientras más cantaba mejor lo hacía, el reiterado esfuerzo de ambos dejó satisfecha a la matrona, quien volvió a mirarla con su habitual benevolencia, asegurándose de que el talento y las facultades de su discípula avalaban su imagen de excelente maestra, que si bien asignaba siempre los papeles principales a la joven soprano, ésta respondía cabalmente a lo que se esperaba de ella

La sesión continuó con sus altibajos, Ewa quien se especializaba en Mozart cantó el aria de Susana de “Las Bodas de Fígaro” y luego algunos pasajes de “Cossi fan Tutte” y de “Don Juan”. La maestra decidió que se incluirían solamente dos obras en el programa.

A Gretchen no le fue mucho mejor, cantó mal todo el tiempo, y la señora Schmaller le envió en repetidas ocasiones algunas miradas cargadas de rencor a través de sus espejuelos, que debieron haberle llegado a la pobre muchacha, aumentando su nerviosismo, sin embargo al final se convino que

cantaría “L’Isla Desabitata” de Haydn, “La Bella Molinera” y el “Viaje Invernal” de Schubert.

Ingebord, igualmente nerviosa, apretaba tenazmente el estómago, como un desesperado recurso para apoyar las notas agudas que menudeban en la música de Rossini.

De vez en cuando la mentora interrumpía la secuencia musical para dirigirse a sus estudiantes a quienes insistía en recordarles sus recomendaciones favoritas: eviten resfriados, hablen sólo lo necesario y manténganse relajados cuando tengan que cantar, y canten como si hablaran, pues de hecho cantar es hablar con sonidos.

Al turno de Erik, el barítono, se escuchó algún pasaje de Perpetutto de “Los Cuentos de Hoffmann” y el aria de Malatesta de “Don Pasquale”. La señora Schmaller ofreció revisarle después pasajes de “La Flauta Mágica”.

Hans, uno de los tenores emprendió el “Addio Fiorito Assil” del Pinkerton de Madame Butterfly, alguna página de “Lakmé” de Leo Delibes y concluyó con otra de “La Favorita”, pero según la maestra, no estuvo a la altura de ninguna de las tres y sugirió estudiar la parte del tenor del “Doctor Fausto”, de Busoni.

La doncella los interrumpió para servirles, con el auxilio de una elegante mesita rodante, el té chino con sus rodajas de limón, y los exquisitos trufes adornados de gajos de manzana. La señora Schmaller cambió de tono y se convirtió de pronto –al fin, bien entrenada en las transiciones– en la más amable y fina anfitriona.

Richard alababa el buen gusto de la cantante, ponderando la combinación de porcelana de Sevres, la plata, el cristal checoslovaco y el encaje de Bruges de la mantelería. Aquel ambiente tan lejano de la cerámica corriente de los restaurantes, le mostraba la otra cara del arte, cuando se había logrado conquistar al público, y la celebridad y los teatros pagaban espléndidamente a los artistas, que si eran precavidos podían hacerse de una jugosa renta para su retiro.

Los alumnos discutían sus repertorios. Helga había escogido la Santuzza de la “Cavalleria Rusticana”, Philip el bajo, porfiaba en “Simone Bocanegra”, Charlotte se empeñaba en la Ortolunda de “La Walkiria” y quería poner la Geneviev de “Peleas & Melisande”, la pecosa rubia finlandesa no cesaba de hablar acerca de las óperas de Glinka, que le agradaría integrar a su acervo, tales como “La Vida por el Csar” y “Russlan y Ludmi-

la”. Richard sorbía su té reiterando para sí que Esther era la mejor de todas y escuchaba aquel bombardeo de autores: Cilea, Gluck, Cherubini, Mascagni, Leoncavallo, Strauss, Puccini, Verdi, Meyerbeer, Donizetti, Bizet, Bellini, Wagner, Humperdinck todos cargados de gloria, editados, comentados, aplaudidos ... alguna vez él también a su vez, conseguiría ser uno de ellos y su nombre y sus obras aparecerían en los programas de las temporadas de los teatros de ópera de todo el mundo.

Al fin, se reanudó aquel concierto privado y se escucharon todavía, una aria de “La Novia Vendida”, otra de “Isolda”, aquella del “Rapto del Serrallo”, una más de “La Gioconda” y la consabida página para el tenor “Nesunn Dorma” de la “Turandot” de Puccini.

–La señora Schmaller no cesaba de insistir con sus recomendaciones:

–¡Deje que la voz se extinga lentamente con mucha suavidad! ...¡Suelte la voz! ¡Apoye! ¡Respire! ¡Proyecte el sonido hacia fuera! ¡Recuerde que los aficionados que están en la última fila pagaron también su boleto y por lo tanto tienen derecho a escuchar!

Al final la maestra dispuso que Stephanie cantara la Museta, del cuarteto de “La Bohemia” de Puccini.

–¿Yo? –interrogó incrédula Stephanie.

–¿Pero con esa pequeña voz? ... –protestó la entrometida gorda Bethulia.

–La suficiente –dictaminó la maestra– ¡y les recuerdo una vez más que soy yo la que decide los repartos!

Y por la vez única, Richard quien solía permanecer tímido y callado, rompió su habitual silencio para decir:

–Es que no se canta sólo porque se tenga una voz grande ... he escuchado cantantes dotados con un gran volumen que pasaron desapercibidos; lo que quiere decir hacen falta además otros elementos, tales como la belleza del timbre, la expresividad y el poseer simpatía, temperamento, buena figura ...

–Y ser artista –añadió complacida la señora Schmaller.

Esther miró al repasador sorprendida, y la discusión terminó cuando la mentora, después de corregir el dichoso cuarteto, dio las gracias a todos y las buenas noches.

La proximidad de las audiciones de fin de cursos, llevaron a los alumnos de la clase de la señora Schmaller a frecuentar mucho más el modesto estudio del repasador. Todos anhelaban quedar bien, y no se conformaban sólo con ser elegidos para participar en el concierto final, sino que deseaban aprovechar además la presencia de las importantes personalidades que acudirían, y por supuesto agentes, couchers y hasta empresarios de los teatros de provincia de Alemania, Rusia, Checoslovaquia, Suecia, Finlandia y en alguna ocasión hasta de Croacia y Yugoslavia.

Richard, cuando no asistía al Conservatorio se sentaba al piano desde las primeras horas de la mañana, almorzaba con premura y a su regreso encontraba seguramente algunos alumnos aguardándole.

“Ardilla” llegaba al estudio anticipadamente, más temprano que ninguno, abría el piano y esperaba que el pianista bebiera su café mañanero, entonces se quitaba los guantes y con su encantadora sonrisa le alargaba la manecita con un sonoro ¡Buenos días! Vocalizaba un poco y cuando empezaba a cansarse ponía una partitura en su atril y otra para el piano y estudiaba el papel del príncipe Orłowski de “El Murciélago” de Strauss, con el cuerpo muy recto y solamente la cabeza ligeramente inclinada, siguiendo meticulosamente nota por nota, cuidando el tiempo y la afinación. Richard disfrutaba de la música y de la cantante cuyo optimismo y frescura acababan por contagiarle. Aunque sociable, “Ardilla” prefería estudiar sin la compañía de sus crítonas condiscípulas, porque apenas escuchaba el taconeo que anunciaba la llegada de alguna de ellas, ponía en una carpeta sus partituras, metía en el bolsillo del acompañante un goulden y abandonaba la habitación como una chiquilla que se dirige presurosa a recreo anunciándole:

—¡Estaré al lado un rato más!

Y se encerraba en el dormitorio del pianista hasta las cuatro o cinco de la tarde en que muy formalita regresaba a dar las gracias con un beso rápido anunciando que se marchaba, temerosa de interrumpir o ser inoportuna. De seguro que su intuición de mujer no le engañaba y debió haber sabido de sobra que Richard estaba enamorado de Esther, pero siempre educada y discreta, jamás se le ocurrió hacer la menor alusión o comentario.

El pianista en cambio, en ocasiones se mostraba eufórico, demasiado optimista y acentuaba sus amabilidades para con los cantantes y las peque-

ñas atenciones con “Ardilla”, a la que obsequiaba chocolates y confites; entonces la inteligente joven presentía la próxima llegada de Esther. Por aquellos meses la futura estrella repasaba la “Manon” de Massenet, cantaba tensa, echando el cuerpo hacia delante, emitía notas agudas sobresalientes, mas con marcado esfuerzo; abría la boca grande como un óvalo y le bizqueaban ligeramente los ojos, las mejillas se le coloreaban y se alcanzaba a suponer que sudaba, si bien las minúsculas gotas no se atrevían a desmejorar el discreto maquillaje que usaba. El pianista la miraba endiosado, percibiendo cómo su presencia era cual una lluvia de dichas que se esparcían por su piel, y por sus nervios; entonces contagiado de aquella incomparable felicidad tocaba espléndidamente, como un consagrado ejecutante. ¡Ah!, ese poder misterioso e insuperable de la eterna Eva encantando una y otra vez al hombre cual una sirena desvelada cuyo imán atrae siempre a las inútilmente advertidas tripulaciones; sin la pasión por su cuerpo, por todo cuanto la feminidad representa, el arte tal vez no existiría, el amor en la manera que nos conmueve y nos contagia, y por supuesto la música, cuyas armonías nos seducen, acaso no sería más que la insulsa conjunción de unos sonidos monótonos y desabridos.

Esther, al fin mujer, percibía aquel repentino entusiasmo de su acompañante y le sonreía sin alegría.

–Hoy me ha acompañado muy bien –aceptaba– pero cuando uno se entrega demasiado es desgastante ¿Verdad? Y eso no se debe hacer siempre.

Richard respondía convencido:

–Es preciso tocar todo de una manera que uno mismo se satisfaga y se conmueva, como decía Leopoldo Mozart.

Otras veces Esther, la insuperable, la extraordinaria, también cantaba mal y con desgano, se le veía llegar cansada, pálida, tal si corriera en su sangre una inquietud que apenas podía disimular, luego, poco a poco, la música se iba apoderando de ella, el reloj dejaba oír su monótono tic-tac y ninguno de los dos parecía percibirse de que el tiempo transcurría, una, entrenando aquella voz que parecía que había sido hecha, como un manantial, para brotar más fácil y bella cuanto más cantaba, y el otro, clavado sobre el piano, sin sentir el menor cansancio, aspirando su perfume, disfrutando el don magnífico de tenerla cerca, llenándose de ella, de su voz y de cuanto se desprendía de su persona, entonces, se contenía para no apoderarse de aquel talle, para no aplastar con su pecho los senos puntiagudos, para no rodear su cintura y no besar aquella boca tentadora y no hundir los

dedos, no en las teclas frías del piano, sino en la masa castaña de sus cabellos. Luego llegaban, como en un desfile: Ewa, Hans, Gretchen, Silvy, Helga, Charlotte y hasta la insoportable Bethulia y el encanto se esfumaba. Esther se despedía dándole las gracias y dejándole una moneda sobre la mesa, que el pianista hubiera preferido no recibir, pues no existía paga justa para la entrega, para el amor, para la adoración ... el acompañante apretaba los labios y ella dejaba caer un ¡Hasta luego! informal; una ocasión, sólo una, el pesar de que ella se iba, enmudeció al joven, entonces ella recalcó: –¡Hasta la próxima maestro!– y se conformó porque ella, la predilecta, la bien amada, le había llamado por primera vez maestro, aunque hubiera sido en aquel tono tan impersonal, tan frío, tan descuidado. El pobre artista sonrió, pero tuvo que dominar, mediante un tremendo esfuerzo las lágrimas que indiscretamente pretendían asomar a sus ojos, y como la rubia pecosa lo advirtiera tuvo que explicarse:

–Disculpen, he trabajado todo el día, y los ojos se han empezado a irritar.

Esther empezó a faltar a las sesiones y Richard se acercó más asiduamente a las heritages y a las cervecerías, aquel era el único sedante barato que podía proporcionarse para dormirse pronto y no quedarse en vela toda la noche pensando en ella.

Al fin, después de una ausencia regresó. Había llovido y ella lucía exactamente como una azucena a la que el frescor de la lluvia había vuelto aún más hermosa. “Ardilla” permanecía como siempre ocupada, según ella en solfear sus partituras. Aquella tarde Richard no esperaba a nadie más y consideró que había llegado la ocasión de hablarle de su obra, la ópera que había escrito para ella, planeó aprovechar uno de aquellos cortos intermedios, en que cantante y pianista respiran profundo como para volver a recuperar ánimos y enfrentar con nuevos bríos la siguiente partitura; antes de hablar de ello, se le fue secando la garganta y aunque procuraba tragar saliva, le inquietaba cómo podría salirle así la voz, en un instante decidió que hablarle de toda una ópera hubiese asustado a la joven, así que tomó sólo algunas páginas, aquellas que contenían el aria en que el compositor había volcado toda su inspiración, en el momento en que Magdalena, rescatada por Jesús de ser lapidada, presiente la Gracia, no sólo en su cuerpo que ha salido ileso, sino en su alma.

–Me gustaría –titubeó– que cantara esta aria, es para su voz y estoy seguro de que le quedaría muy bien... y que le agrada...

Esther apenas miró desdeñosamente las hojas y respondió:

–¿Y esto qué es? ... ¿Es suyo? ¿También compone? –y enarcó las cejas – si algún día tengo tiempo, lo veremos.

En ese instante llamaron a la puerta, y el rostro de ella, habitualmente indiferente se le iluminó, adelantándose al recién llegado, le echó con ansiedad los brazos al cuello, mientras que él la recibía tranquilo, con el aire de un hombre habituado a ser tratado así por las mujeres. Ni siquiera se tomó la molestia de presentarlo a Richard, en cambio con una voz que el pianista nunca le había escuchado le dijo:

–Mira es Richard, nuestro acompañante.

El desconocido hizo un saludo con la mano, Esther se anudó una mascada en el cuello y tomándole del brazo con la ilusión de una cenicienta que encuentra a su príncipe encantado y encantador, salió con él, mientras le dejaba al músico un distante saludo.

–Hasta después –se despidió– mientras cerraba la puerta.

Richard respondió:

–Hasta luego.

Y se quedó doblado sobre el piano. Un último pudor le contuvo. Stephanie salió de su escondite. Tomó los papeles manuscritos cuidadosamente y anunció:

–Los voy a regresar a su lugar ...

Y su lugar era la mesa que había en el dormitorio.

“Vitalidad, expresión, timbre, musicalidad, la señorita Esther Varescu convenció a todos. Su actuación fue verdaderamente extraordinaria. He ahí una joven que merece ser aprovechada en el elenco del Teatro de la Opera”. Así se expresaba a las pocas días de efectuada la audición el prominente crítico musical Peter Kraus, en su leída columna del influyente matutino Wiener Musik.

Ether había recibido los aplausos orgullosamente tranquila. No cabía la menor duda que cantó bien. La última aria “Casta Diva” de Norma, arrancó la ovación de maestros, alumnos y público; y ella amablemente señaló a su acompañante a quien estrechó la mano, luego, ambos bajaron a recibir más aplausos, y como éstos se prolongaran, Esther señaló a su maestra, quien tuvo a su vez que levantarse de entre el público a contestar con sonrisas y caravanas la ovación. Cuando el pianista arrebatado por el triunfo que ambos compartían, le besó respetuosamente la mano, ella le correspondió con una sonrisa forzada.

Gretchen abordó luego un aria de la “Mignon” de Thomas, y continuó con la “Habanera” de la “Carmen” de Bizet.

Ewa estuvo tan nerviosa que no sabía qué hacer con las manos y al interpretar el aria del Nilo de “Aída”, optó por dejarlas colgando como si fueran de hilacho.

A Silvia se le fue la voz y sólo los afortunados oyentes de las filas delanteras se enteraron de los pesares de la Olympia de “Los Cuentos de Hofmann”. La señora Schmaller la miraba fijamente, como si de ello dependiera que la voz de su alumna pudiera llegar al público.

El tenor Hans, muy sonriente y seguro, abordó la escena, llevando un paso elástico y su “Furtiva Lágrima” del “Elíxir d’ Amore” de Donizetti arrancó algunos suspiros a más de alguna joven de buen ver, en cambio Oswald, un barítono con buena presencia, cantó con la voz apagada y temblorosa; y la maestra, que esperaba que su alumno cumpliría brillantemente, le lanzaba miradas agresivas, deseando ardientemente que se lo cargaran todos los demonios.

El intermedio fue un respiro necesario para todos. En la sala hacía rato que se empezaba a sentir mucho calor y los abanicos comenzaban a moverse.

Pasados diez minutos las luces del pequeño escenario se prendieron nuevamente. Richard se secaba el sudor con su pañuelo blanco, le habían prestado un smoking que le quedaba ligeramente grande, buscó a Esther para felicitarla y una sinceridad limpia se translució en los ojos de ambos, poco después, Erik acompañado por la joven pianista que era su novia, cantaba apasionado “Rosas de un Rojo Oscuro” mientras Esther conversando con Ewa susurraba: –¡El me quiere y yo lo adoro!– y como la muchacha preguntara: –¿Van a casarse?– Esther declaró: –supongo que sí. Pero eso, después de todo ¿Qué importa? Si él me lo pide me iré con o sin matrimonio– y seguramente le parecía ver a su amado con un enorme ramo de rosas rojas ofreciéndoselas devotamente.

Poco después, al murmullo del público siguieron los aplausos que anunciaban la aparición de una alumna menos agraciada, mientras que al conjuro de los pensamientos de Esther, su galán apareció aunque sin rosas, y sólo se desprendió de sus brazos cuando le avisaron: –¡Listos los del cuarteto de Rigoletto! Richard lo acompañó, mientras el buitre inmisericorde de los celos le clavaba los primeros picotazos. Seguía Stephanie, quien cantaría pasajes de la Rosalinda de “El Murciélago” y una arieta de “El Barón Gitano” del afamado Strauss. A las advertencias de la señora Schmaller, quien le recomendó tener a mano la partitura, había respondido: –Prefiero cantar de memoria. El atril me resta visibilidad y yo quiero ver al público, para indagar la cara que ponen cuando canto. Richard convino que la gente en lugar de atemorizarla la complacía. Si el aria del Barón le salió extraordinaria, la página de “El Murciélago” fue exquisita. “Ardilla” poseía sensibilidad para todo y para todos. Cantaban con ella su cuerpo, sus cabellos, sus manos, sus ojos ... la suma de cuanto era. La ovación no se hizo esperar y pareció sorprender poco a la señora Schmaller, quien en el fondo no ignoraba las cualidades de su discípula, así que el cuarteto de “La Bohemia”, resultó ser un éxito redoblado por la intervención de las dos sopranos: Esther y Stephanie.

Cuando terminó el concierto Richard fue en busca de “Ardilla”.

–Mi pequeña princesa –le dijo abrazándola– lo hiciste como siempre, muy bien.

Ella le alargó la mano dándosela a besar y le preguntó alegremente:

–¿Mañana volveremos a estudiar verdad?

–Sí. Mañana y todos los días y siempre que tú quieras.

El judío Jacobo lo aguardaba con Julius.

–¡Hola artista! –le dijo a modo de saludo y torpemente preguntó:
¿Qué haces?

Entonces Richard desplomándose ante su amigo del alma respondió:

–Sólo podemos hacer lo que el corazón nos ordena. ¡Y a veces es tan poco!

Jacobo le puso amistosamente la mano sobre el hombro, mientras Julius declaraba solemne:

–La boca profiere lo que el desbordamiento del corazón le dicta...
–pero al instante, cambiando la gravedad por la broma agregó– y el corazón me está dictando ¡que necesito una espumante jarra de cerveza!

El concierto de fin de cursos estaba programado un jueves a las siete de la noche, sin embargo a los participantes se les citó tres horas antes. El director de orquesta, un viejo cascarrabias, aunque buena persona en el fondo, fue el maestro Geker von Wolkenstein.

La señora Schmaller se apareció a su vez con anticipación, elegantemente ataviada como solía hacerlo en semejantes ocasiones, pero se quitó sombrero y guantes para hacer las últimas advertencias a sus discípulos, quienes se reunieron en semicírculo para escucharla.

–No eche toda la voz desde el principio –aconsejaba a Hans– pues de lo contrario tendrá menos resistencia para el agudo final. Aprendan a administrar el aire, de lo contrario éste no les durará mucho: usted Ewa, concéntrase en escuchar a la orquesta, no vaya por donde se le ocurra, y aunque con disimulo, siga la batuta del director.

Erik, domine el pánico. El público es como los perros. Suele olfatear el miedo. Salga y domínelo. El monstruo sólo se ablanda cuando parecemos serenos, entonces se vuelven mansos y aplauden.

Von Wolkenstein entraba en ese momento, con la camisa del frac desabrochada, tratando de meterse en los puños las mancuernillas doradas. Entusiasmado por las recomendaciones de la señora Schmaller intervino tajante:

–No permitan que los invadan los nervios –agregó, refiriéndose al público– esos gansos no saben nada, aunque dos o tres audaces se las den de conoedores.

–Pero... ¿y los críticos? –se aventuró a objetar Ewa.

–¿A esa sarta de imbéciles, los quisiera yo ver aquí! ¡Son como el vino que se agrió! ¡Vinagre! Y ahora a vestirse serenamente y a disfrutar lo que van a hacer. Yo los cuidaré cuanto pueda, pero acostúmbrense a pensar que no será siempre así, en su vida profesional deberán adaptarse a las orquestas y a sus directores, que no siempre harán lo mismo. Así que aprendan a prescindir de la nodriza –luego, abandonó el escenario con el aire de un emperador romano que acaba de dictar su edicto. El grupo se fue disolviendo.

Las chicas del coro, alumnas casi todas del propedeúico, se ayudaban unas a otras, haciéndose entre ellas moños, flecos, ondas, poniéndose flores entre los cabellos, acinturándose los talles de los vestidos, repintándose cejas y boca, metiéndose unas y otras las manos donde jamás se le hubiese permitido a ninguno hacerlo, por lo menos a la vista de los demás.

En el camerino de hombres, Erik se hacía por quinta vez el nudo de la corbata del frac, en tanto que el chaleco, cuyos tirantes le resultaban demasiado estrechos, parecía que en cuanto inflara el pecho, los botones irían a parar disparados al lunetario.

El tiempo parecía transcurrir velozmente y Richard, que no participaba, era sólo un espectador más, retorciéndose las manos con nerviosismo, Gretchen, quien al principio miraba su nombre impreso dentro del programa, entre orgullosa y asombrada, se había vestido y maquillado antes que nadie y se paseaba impaciente entre los telones, presa de un terror tan espantoso, que las recomendaciones de sus maestros le habían servido de bien poco.

Silvia, que buscaba a Richard con desesperación, cuando le encontró le pidió que le repasara su aria. La muchacha gorjeó con matemática precisión las fiorituras de Rossini, haciendo pianísimos dignos de una profesional. Richard le aconsejó acercarse un poco al público, separándose algunos pasos de la orquesta para lucirlas.

Pronto las muchachas del coro, que parecían unas auténticas sílfides con sus trajes blancos y sus guantes impecables, se fueron agrupando en torno de sus compañeros ya enfundados en el smoking, pues sólo a los solistas se les obligó a llevar el frac.

De algún rincón brotó Esther ataviada con un vestido de terciopelo negro muy entallado; y cuyo escote permitía ver el nacimiento de los senos blancos donde se le delataban las venitas azules, en tanto que una delgada cinta de brillantes rematada con una perla, se hundía en aquel cuello digno del más exigente escultor. A Richard le pareció que brotaba de entre la neblina de un sueño, y tuvo miedo de aquella belleza. Ella le saludó con una sonrisa corta y al punto se distrajo hablando con las compañeras, en cambio Stephanie, igualmente hermosa, aunque con otro tipo de belleza, se diría que mucho más humana, se había acicalado con un vestido color vino, dejando de ser niña para convertirse en una espléndida promesa de mujer, para ella, aquella premura, aquel nerviosismo, no tenían motivo alguno, se diría que estaba habituada o predestinada a la escena, y todo aquello lo encontraba

muy normal, así que vino a saludar a su repasador con la misma tranquilidad de siempre, sonriéndole como si se encontraran en el estudio.

Pronto, un murmullo, como el de un oleaje lejano, comenzó a escucharse detrás del telón, y los músicos, que como siempre fueron los últimos en llegar, se fueron acomodando frente a sus atriles y empezaron a afinar sus instrumentos haciendo una endemoniada batahola de sonidos. El murmullo fue creciendo con algunas señales de impaciencia, que se esfumaron cuando se dio la tercera llamada.

El banquete estaba preparado en los jardines del mismo cielo.

La señora Schmaller se encontraba ya instalada en uno de los palcos.

El telón se levantó lentamente y se hizo el silencio absoluto que suele preceder a la entrada a escena del director. El público lo recibió con una entusiasta aprobación, los músicos se levantaron respetuosos y a una señal de Von Wolkenstein volvieron atentos a sus lugares y a sus instrumentos.

La orquesta debía iniciar con la obertura. El director marcó la entrada con un ademán; y luego, cuerpo, cabeza, manos, brazos y hasta dedos se volvieron a confabular para marcarle el compás a la orquesta que vigilaba infatigable, en tanto los atrileros seguían obedientes sus indicaciones.

Gustó el preludio y Von Wolkenstein dio las gracias con una corta reverencia, pero entre telones se le oyó ordenar: ¡Listo el coro!, y casi los empujó para que tomaran su lugar antes de salir a escena perfectamente ordenados y con las partecelas bajo el brazo, mientras el rumor de los aplausos les daba la bienvenida de la concurrencia y ellos se disponían a ejecutar: “Va pensiero” de “El Nabuco” de Verdi.

El concierto terminó, pero Richard desde su butaca la seguía viendo con los ojos interiores, a la mitad del escenario, en medio de las luces de los reflectores que apuntaban a su rostro y su cuerpo con persistente precisión, mientras la orquesta enmarcaba su canto, la melodía insistentemente dulce que él le había acompañado muchas veces, pero que en los sonidos de noventa instrumentos se agrandaba, envaneciéndose en una armonía diferente. Esther fue proclamada por segunda vez la reina de la noche, la verdadera diva del Conservatorio, pero el pianista comprendió que había cantado sólo para el hombre que adoraba, lanzándole aquellas miradas donde se fundían el querer y el deseo, en el más absoluto de todos los dúos: el amor. Un enorme ramo de flores rematado por una tarjeta, que Richard adivinó que sólo podía provenir de él, apareció en la mitad del escenario. El pianista miró las flores con tristeza, la compra de semejante parterre no le hubiera permitido su sueldo miserable, se sintió desdichado de que no le ofrecía siquiera una flor, reprochándose que en medio de su honda desesperación no hubiese pensado en ello. Salió del lunetario, en las escaleras del teatro la gente se agolpaba, mientras en el foyer los entendidos opinaban sobre el concierto. Los participantes del coro, a quienes sus familiares aguardaban ansiosos, eran felicitados invariablemente, tal si hubiesen sido las estrellas de la noche.

Richard pensó en Stephanie, también ella era otra triunfadora, recordó que los aplausos que al principio sonaron débiles, fueron encendiéndose, como un contagioso reguero que movilizara entusiastas todas las manos. Un bravo se escuchó en el fondo del teatro y lo corearon otros y luego un alud. Stephanie se inclinó agradecida muchas veces, y su sonrisa era tan fresca, tan transparente, que cuando el público percibió ese candor adorable, esa alegría tan pura, la aplaudió más fuerte, porque entonces homenajeara también al precioso ser humano que se transparentaba en ella. Cuando entró a felicitarla la vio rodeada de una devota corte de admiradores prodigándole halagos, cumplidos, felicitaciones y buenos deseos, que ella agradecía devolviendo sonrisas por igual a jóvenes y ancianos, hombres con el pelo blanco y niños a quienes acariciaba los cabellos rubios, besándoles en la mejilla o en la cabeza, y por supuesto donjuanes guapetones, quienes se hubieran puesto felices de saber su número telefónico. Un señor le solicitó un autógrafo, pero ella se excusó con una sonrisa encantadora respondiéndole:

–Es que yo no soy nadie todavía para dar autógrafos.

–Pero pronto lo será –pronosticó galantemente el caballero.

–Bien –respondió la joven halagada–, lo haré por complacerlo. Y firmó el programa.

Richard asistía a la escena a respetuosa distancia, entonces ella desprendiéndose una rosa del pecho avanzó hacia él entregándosela con los ojos brillantes de alegría.

–¡Maestro, mi querido Maestro! –Quienes la rodeaban la miraron asombrados. ¿Quién era aquel muchacho modestamente vestido a quien ella llamaba maestro? la muchacha adivinó la duda y lo presentó: –Porque él es mi maestro –y como viera aparecer a la señora Schmaller aclaró: –Ella es la señora Schmaller, nuestra instructora de técnica vocal.

Richard no encontró palabras para agradecer la deferencia, y se contentó con tomar su mano y retenerla un momento entre las suyas. La señora Schmaller hizo un breve saludo y fue donde Esther, quien se encontraba en el centro de un círculo de admiradores.

–¡Qué interpretación querida! ¡Qué fraseo! La felicito porque he constatado que ha seguido todas mis indicaciones. Y tomándola por los hombros, antes de plantarle un beso en la mejilla agregó: –Y ya ve usted la respuesta. El público se le ha entregado. ¿No es así?

Todos asintieron y Esther sonrió nerviosa. La señora Schmaller se dirigió a Stephanie.

–Y tú pequeña estuviste muy bien. Pero no hay que cegarse con los aplausos. Tienes que estudiar mucho todavía.

–Lo haré maestra –respondió sencillamente “Ardilla”. ¡Haré cuanto usted me diga!

La señora Schmaller no alcanzó a escuchar la última frase de su alumna, pues ya sus otras discípulas le aguardaban sudorosas y sonrientes.

“Ardilla” se dirigió al camerino a cambiarse, pero antes subió su mano hasta los labios del pianista tal si llevara un beso.

–Hasta pronto Maestro.

Richard se despidió de ella con cierto pesar, y adelantándose después a Esther se acercó tímidamente.

–La felicito –dijo torpemente.

Esther le dio las gracias con manifiesta indiferencia, pero a los diez segundos temblaba entre los brazos de su novio.

Richard se fue alejando sin despedirse.

En el camerino de caballeros, Hans el tenor, cambiaba bromas y comentarios con Erik, quien le preguntaba.

–¿Qué harás en vacaciones? –y luego sin esperar respuesta añadió–
¿Crees que pasaremos la prueba de admisión para el próximo curso?

Hans ocupado en cambiarse no respondió la pregunta.

–A la preferida seguramente ya no la veremos más. Ya debe tener cuatro o cinco propuestas para debutar. Tomará la que mejor le convenga.

–Triunfará porque tiene no sólo voz sino también talento.

–Mal haría si no con todo el tiempo que le ha dedicado la señora Schmaller.

–Y Richard. Le ha repasado diez veces todo el repertorio.

–Es inteligente y distinguida.

–¡Y bella! –convino el tenor–, me motiva al cantar los dúos de amor con ella. ¡Abrazarla y soñar!

–Eres afortunado en ser tenor ... en cambio a los barítonos.

–¡No siempre! ¡Imagínate cuando me toca de pareja la gorda!

—¡Levántate perezoso, hay que dar la cara a la vida!

Richard se revolvió en el lecho y empezó a prepararse para la ducha. Jacobo lo aguardaba con traje negro, camisa blanca y corbata impecables y zapatos de charol muy relucientes.

Richard, quien sabía que el violinista era su amigo incondicional, quería desahogar su sentimentalismo, él le había calmado el hambre del cuerpo, pero le quedaba otra mucho más aguda y tal vez mucho más cruel.

Se había dormido cerca de las cinco de la mañana, a poco las campanas de la iglesia cercana habían empezado a llamar para la primera misa.

En el estudio aún flotaba tenuemente el perfume de ella. Apenas habían transcurrido unas horas en que Esther había visitado, quizás por última vez, el modesto estudio del acompañante, y a él le parecía que habían pasado cien años. ¿Cómo se las arreglaría para seguir viviendo sin volver a verla, aunque fuera por unos momentos? ¿Qué objeto tendría vivir, cuando ella significaba el sufrimiento de cada minuto, sin la más mínima esperanza de tener unas migajas, así fueran paupérrimas de felicidad, unos momentos escasos de tregua, de la paz que se le iba definitivamente con ella?

Rehizo en su memoria aquel momento en que en presencia de Hans, Esther había declarado:

—Deseo amar y ser amada. Tener un hogar, un hijo, un jardín rodeando una casa pequeña en espera de ser regado y cuidado. ¡Eso al menos es real! El teatro es sólo una fantasía. Ahí tienen a nuestra cara maestra, esperando todavía que la vuelvan a contratar, que la llamen aunque sea para un teatro pequeño de la provincia ¡Y eso que fue, sin duda alguna, una gran cantante!

—Pero ¿y tu carrera, tu voz, el trabajo de todos estos años? —protestó el tenor.

—¿La voz? ¿Quién puede predecir qué pasará con ella? Ayer estaba otra vez ronca., hoy amanecí mejor, mañana quién sabe ...

—Pero cantas maravillosamente bien —insistió Hans vehemente.

–Sólo cuando se conoce el amor se puede cantar así –respondió ella sin pestañear.

Richard sentía que las mejillas le ardían. Debió haberla mirado con unos ojos tan hambrientos que demandaban una palabra. Se sintió ridículo.

–Gracias por todo –dijo Esther– por supuesto espero que vendrán a mi boda, están invitados. Ya les enviaré las participaciones.

–Pero ... ¿No volverás a cantar? ¿Te despides así de la carrera? Al menos pudiste haber escuchado alguna oferta, total esto del matrimonio podía haberse aplazado ... y tú cantar al menos algunas temporadas, ahora que era tiempo de dejar los lieder y las arias para emprender seriamente las obras completas de gran cartel ...

La diva se volvió tierna. Le puso a Hans amistosamente la mano sobre el hombro y dijo a modo de despedida:

–Seguro que seguiré cantando alguna vez, aunque sea sólo en casa, para él.

Luego le dio a Hans un beso en la mejilla, estrechó la mano de Richard y salió.

–Reconoce que es una muchacha honrada –concedió Jacobo–. Alguien que se propone hacer lo que quiere, no lo que pretenden los demás que haga.

–Pero ... –iba a objetar Richard

–No hay pero que valga. Ahora despierta también tú, por favor. Comprende que entre ustedes no se dio la química de la atracción. No le gustaste. No es que no se diera cuenta de tu interés o de tus atenciones, demasiado debe haber sabido que te había cautivado, aunque no le hubieras dicho nunca una sola palabra. La mujer es adivinadora por naturaleza. Lo sabe todo, pero también sabe disimularlo, y sólo parece enterarse de lo que le conviene, si no le gusta un hombre difícilmente evaluará las cualidades que pudiera poseer, por ello no quiso siquiera enterarse de tu ópera, conocerla era tanto como comprometerse, como aceptar un homenaje, una predilección que ella no estaba dispuesta a corresponder, porque además ni siquiera estaba en sus planes el continuar cantando, entonces adoptó la postura más lógica, lo que mi compatriota Freud llamaría los mecanismos de defensa, portarse indiferente.

–Pero él ... –volvió a la carga Richard.

–El no importa. Sácalo de todo esto por favor.

–¡Pero que tonterías estás diciendo?

–¡La pura verdad! Los hombres tenemos la pretensión de ser quienes conquistamos a las mujeres. ¡Eso es una mentira! Son ellas quienes deciden dejarse convencer, amar, las que permiten acercarnos, las que dejan que las gocemos, o las que decretan que las olvidemos. Puedes ser un príncipe o un mendigo, un ladrón o un ignorante y así te amarán ... pero también puedes ser un santo, un héroe, un sabio y sólo obtendrás el desprecio. ¡Son compasivas por naturaleza, pero también pueden hundirte en la desesperación más cruel sin la menor piedad! Esther es sólo eso: una mujer, una simple muchacha que reclama su derecho a elegir lo que quiere. No porque amemos nos amarán. Hermosa, artista, inteligente, dotada de todas las cualidades y el talento que quieras adjudicarle, pero escúchame por Dios ¡Es sólo una mujer! Uno de esos seres huidizos, volubles, regidas por otra lógica muy diferente a la nuestra, con otros pensamientos, otra sensibilidad ¡Qué sé yo! Algo diametralmente distante del hombre.

–Y sin embargo su vida va a ser para un hombre.

–Sí para el que ella ama. Para el que ha elegido para que sea el padre de sus hijos. Y aún eso será por ahora. ¡Quién sabe después!

–Y yo ...

–Tú has escrito una ópera gracias a ella. Yo supe desde el principio que lo hacías por ella, y de no haber mediado Esther no te habrías ocupado de poner una sola nota. ¡Eso fue Esther para ti! ¡Un motivo de realización! ¡Un medio para poner a prueba tu talento, tu disciplina, cuanto eres capaz de hacer!

–¿Para qué?

–¡Para ti, por Dios, para ti! ¿A quién importa más demostrárselo?

–Bien. Terminemos. –Aceptó Richard.

–Eso es –aceptó Jacobo– y ahora te dejo, sólo venía a decirte que deberías tomar unas vacaciones y que me gustaría invitarte a mi pueblo, a mi casa, para pasar unos días.

–Pues vámonos ya. Estoy dispuesto. Si quieres saldremos esta misma noche o mañana ...

–No. Estamos invitados a la boda de Esther e iremos. Medio Conservatorio acudirá a la iglesia para cantarle.

–No iré –dijo Richard.

–¡Irás!

–¿Quién me lo impondrá si no lo deseo?

–Tu dignidad –sentenció el judío– es lo único que te queda por hacer. ¡Demostrar que eres todo un hombre! ¿Estamos? ... bien, pues apresúrate que llegaremos tarde.

La novia lució linda y elegante. El vestido blanco ricamente adornado con los encajes de filigrana engalanó un cuerpo esbelto, el velo sobre los cabellos castaños coronados de encajes impregnó un aire virginal conmovedor.

Apoyada del brazo de su novio, quien en honor de la verdad también lucía muy propio y refinado, se mostraba tan satisfecha, como si se hubiese encontrado a la mitad del escenario protagonizando una ópera.

La señora Schmaller llevó un vestido gris muy adornado con pequeñas perlas y lentejuelas, el modelo aunque de estilo antiguo le sentaba muy bien, el sombrero de anchas alas, los guantes de piel y los zorros cuyas fauces sobre los hombros, parecían preparados para soltar un mordisco, la hacían aparecer como una de esas reinas destronadas que pasean en el exilio su realeza derrotada y caduca, con la nostalgia del trono que han dejado en sus pequeños países, y su rancia aristocracia cuyo abolengo les es tan difícil sostener o al menos aparentar. Una cinta de terciopelo enrollada alrededor del cuello rojizo le ocultaba misericordiosamente la papada. El resto de los invitados, familiares de los novios, amigos, compañeros del Conservatorio, compitieron, enfundados en sus vestimentas de ceremonia, en hermosura las mujeres y en prestancia los varones.

La iglesia de Santa María Gestade, con las luces centelleantes y los vitrales anaranjados, recibió a la pareja con su añeja magnificencia, como si se tratara de una boda de la nobleza, en lugar de la de una muchacha burguesa con un joven cuyo origen resultaba completamente desconocido.

El experimentado organista, los mejores violines del Conservatorio con Jacobo a la cabeza y los numerosos alumnos de la clase de canto de la señora Schmaller interpretaron la “Misa de Coronación” de Mozart, haciendo vibrar el recinto. Consumada la ceremonia a la que siguió la consabida misa y arenga sobre el matrimonio indisoluble, se escucharon nuevamente los acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn; y el numeroso cortejo con los desposados a la cabeza salió entre aplausos y vivas del templo, mientras graciosos pajecitos y chiquitinas fiesteras desparramaban flores sobre la alfombra roja.

Los brindis en cambio resultaron cortos, y entre ellos abundaron las felicitaciones, muchos invitados que disfrutaron del ambigú, fueron abando-

nando poco a poco la casa de la novia y a la salida de los recién casados al anochecer, con destino a las costas de Italia, fueron acompañados a la estación ferroviaria por una todavía entusiasta comitiva que lo único que lamentaba era que se hubiese terminado tan pronto el baile. En el andén, cuando ya eran inminentes los preparativos para la marcha del convoy siguieron menudeando las felicitaciones, los abrazos y apretones de manos, colmados de buenos deseos, y Richard cuando se acercó para despedirse de Esther tuvo el privilegio único de haber sido abrazado por su alumna quien le tendió los brazos, mientras en el colmo de la felicidad y la satisfacción que la embargaba, le murmuró sonriente: ¡Gracias por acompañarme en mi mejor día! El pianista no supo qué responderle, pero se despidió del novio, quien le palmeó la espalda con un “¡Hasta pronto, maestro!”

El convoy partió y Richard empezó a sentirse solitario y hasta ridículo entre aquella multitud endomingada que hacía señales de adiós, y ya se disponía a marcharse sin aguardar a Jacobo quien bromeaba entre un grupo risueño y parlanchín, cuando Stephanie le atajó:

–¿Se va tan de prisa, maestro?

–Me aguarda un trabajo –explicó.

–Yo también –dijo Stephanie– mi madre debe estar esperándome en casa, debo ayudarla con las maletas.

–¿Te vas de vacaciones?

–No exactamente. Viajo por otros motivos –respondió seria Stephanie, y luego suavizándose agregó: –¿No quiere acompañarme a mi casa?

Richard anhelaba más bien estar solo, en compañía de sus pensamientos tristes, pero no se atrevió a rechazar la amable compañía de “Ardilla”. En el camino, mientras el taxi los conducía a su domicilio, Richard la interrogó:

–¿Cuando regreses, volveremos a estudiar, verdad?

–No sé cuándo volveré –respondió muy seria–, incluso, no sé si me inscribiré para el próximo curso.

–Pero ...tu carrera

–No pienso abandonarla –afirmó ella francamente.

Habían llegado. El le ayudó caballeroso y comedido para que bajara del taxi.

“Ardilla” señaló una casa con un techo de doble agua cubierto con tejas rojas.

—Aquí vivo, o más bien, aquí he vivido hasta ahora. Gracias por todo maestro, su ayuda ha sido muy importante para mí. Espero que nos volveremos a ver algún día.

Richard palideció ¿Así que también “Ardilla” se marchaba, tal vez para siempre?, la inusual seriedad de ella le atajó el torrente de preguntas que amenazaba por desbordarse.

—Adiós.

—¡Qué todo vaya bien para ti! —respondió ella, le dio un beso en la mejilla y abriendo la reja de un pequeño jardín que antecedía a la casa, se hundió rápidamente en la puerta.

Quince meses después.

–¿Entonces dice el periódico que?... –preguntó vivamente interesado Richard.

–Que tu querida ex alumna y pizpireta compañera nuestra llena noche a noche el teatro ¡Es la soubrette mejor pagada de Europa! El público francés prefiere divertirse con su gracia insuperable, en lugar de tragarse los gorjeos de las damas pechugonas.

–¡Que no te oiga la señora Schmaller –advirtió Richard y luego pensando agradablemente en la dulce joven que triunfaba en la capital de los franceses añadió: –¡Me alegra que tenga éxito. Lo merece.

–La “Ardilla” corrió con buena suerte.

–No –aseguró Richard– no es la suerte, es su bondad que regresa, su buen corazón por lo que la vida le compensa ...

–Con ese aspecto de pequeña boba ... –murmuró Bethulia desdeñosa.

–Con su inigualable gracia, elegancia, ligereza, guapura y buen cuerpo –remató Hans.

–Con esas cosas no se casa Lohengrin –argumentó la gorda con risa sarcástica.

–¡Ni con esos brazos de luchadora, ni esas nalgas enormes, ni todo lo que cuelga! ¡Eres demasiado silvestre!

La mujer sintió como si la tierra se estuviera hundiendo, o peor, como si se la estuviera engullendo. Lanzó chispas por los ojos y gritó:

–¡Insolente! ¡Mal educado! ¡Si te agarro! ... –y se aproximó con intención de abofetearlo.

–Estás de pleito con la humanidad entera.

–¡Veremos quién llega primero! –retó con la boca espumeante.

–¡Tú llegarás donde van todos los envidiosos: al infierno! –respondió Hans contagiado por la cólera.

–Mis agentes ... –balbuceó histérica.

–Te marean con promesas, no con propuestas.

–¡Desgraciado! –gritó furiosa.

–¡Gorda! –le respondió Hans y prorrumpió en una carcajada, mientras Bethulia casi morada, a punto de desmayarse, vomitaba amenazas e injurias.

Richard ganó la calle.

–¡Deberíamos desear la felicidad que no cuesta una lágrima!
–murmuró para sí, y el bocinazo de un automóvil que por poco lo atropella lo detuvo.

Dobló cuidadosamente la hoja del periódico con la fotografía de Stephanie y la metió en su carpeta repleta de partituras, luego se dispuso a esperar el tranvía que lo habría de devolver a su casa.

El director Wallerstein terminó de hojear la partitura de Richard.

–Está bien –admitió casi con pesar– me parece aceptable a “grosso modo”.

–El tema ... –apuntó Richard

–Bueno sí, lo ha aprovechado. Es un buen comienzo pero ...– El doctor Wallerstein se quitó los lentes para limpiarlos– admito que su trabajo tiene algún mérito, tratándose de un principiante, pero no podemos arriesgarnos. La inversión de una nueva ópera en el repertorio es muy cuantiosa.

–Pero ...¿Qué es lo que no le satisface realmente de mi obra? ... si usted tuviera a bien señalármelo, yo trataría ...

–No, no es eso. Simplemente no existe ninguna oportunidad por ahora. Usted sabe que recibo todos los días propuestas de compositores reconocidos. No pretendo que su trabajo no posea algunas cualidades, pero de eso a lo que me solicita ...

–¿Y para más adelante?

–No puedo prometerle nada. ¿Quién puede saber lo que va a pasar? Corren tiempos difíciles.

–Entonces ... ha sido inútil quitarle su tiempo. Muchas gracias.

Sobre la mesa del heritage el criado puso un enorme trozo de pan, mantequilla, mostaza fuerte, cebollas y un largo pescado ahumado que rebasaba el platón. Richard recordó aquellos años en los que en su trabajo de ayudante de cocina hizo lo mismo. El plato se veía apetitoso pero él no apetecía nada. Llenó su vaso del vino demasiado tierno y todavía muy dulce.

–En el inmenso teatro de la vida a algunos nos toca representar un triste papel –se lamentó.

–Todo cambiará –le aseguró el judío mientras untaba su pan con mantequilla.

–¡Siempre tendré mala suerte! –se lamentó el compositor.

–Siempre no sería posible, es demasiado largo –declaró Jacobo.

El criado regresó a limpiar la mesa, y luego empezó a poner las sillas en orden.

–El corazón también cambia –prosiguió Jacobo– hoy se enamora, mañana olvida ... y los pensamientos ¿acaso son iguales a los de ayer?

–Yo soy el mismo –se defendió Richard– ¡siempre fiel a mi música!

–Pero la música que creas o interpretas, no es la misma que hiciste ayer, o que tocarás mañana.

–No puedo olvidar nada de lo que se refiere a ella –objetó abrumado el pianista. ¡El que más ama es el que sufre más!

Ya te pasará, es más ya debieras haberlo superado. No conoces a las mujeres y en el caso de Esther ni siquiera fue tu novia, y me temo que ni siquiera tu amiga. ¿Lo ves? Ese enamoramiento de colegial tú solo te lo fabricaste. El amor así no existe ni siquiera en las irreales óperas que acompañas. ¡Debes olvidarla completamente por tu bien, y concentrarte en tu carrera!

–¡Mi carrera! –masculló como un quejido– ¡Qué carrera es ésta! –declaró desolado, mientras volvía a hundir en el vaso los labios reseco; el pensamiento se le había ofuscado y la lengua empezaba a enmarañarsele, pero agregó–: el hombre desea con vehemencia lo que no ha tenido.

–Algún día llegará, te lo aseguro. En la vida todo suele ser inconstante, fugitivo, hasta eso que tú llamas mala suerte. Los tiempos, las circunstancias, lo mismo que las personas y los sentimientos igualmente cambian. ¡Sólo el hombre desde que puso un pie sobre la tierra es perenne!

–¿Y el amor?

–Sólo la necesidad de amor permanece. Los amoríos nacen y mueren.

–Estuve con Wallerstein –informó Richard por cambiar de tema– no quiso saber nada de mi obra, y ya no tengo fuerzas para continuar luchando. Quiero regresar a la aldea. Tal vez daré clases o encontraré alguna forma de trabajar para sobrevivir, incluso en las granjas, donde pueda agotar las fuerzas físicas para dormirme sin pensar ni esperar nada.

–¿Vas a matar tu arte? ¡Eso es lo peor que podrías hacer! Abandonar la lucha cuando acabas de comenzarla.

–Entonces ¿Qué es lo mejor?

–Buscar la paz. El hombre que se arroja en brazos de la pasión, nunca encuentra la paz.

Richard guardó silencio, pero al regresar a su casa después de la media noche empezó a guardar papeles: suites, sonatas, poemas sinfónicos, cuartetos, óperas, la Rapsodia sobre un tema de Paganini, Opus 43 de Rachmaninof, el Concierto para piano y orquesta No. 2 de Liszt, el Concierto en Re Mayor de Haydn para orquesta de cámara, y luego una lista interminable en la que destacaban nombres famosos y sinfonías con nombres de ciudades: Praga, Linz, París Todo lo acomodó en una enorme caja.

El murmullo de la lluvia se fue haciendo más intenso en el techo. Al día siguiente haría por vender el piano y enviaría a su pueblo el cajón con sus partituras. Ahora sólo deseaba dormir y olvidar.

La tarde era nebulosa, friolenta, había dado por llover todos aquellos días, y de seguro aquel jueves no iba a ser la excepción.

Apenas pasado el medio día Richard se despidió de la casera, quién le llamó hijo y hasta se enterneció al abrazarlo, asegurándole que siempre le iba a recordar mucho. Luego, tomó su sencilla maleta donde había depositado sus escasos bienes: ropas, algunos programas de teatro, la partitura de “Magdalena” y objetos personales.

Por la mañana se habían llevado el piano, ultimado a un precio más o menos razonable, pero entregado con el inmenso pesar que implicaba deshacerse del único recuerdo que conservaba de su madre. Reuniendo el importe de la venta que sumó al producto de sus ahorros admitiendo que nunca había tenido tanto dinero junto, se sonrió con cierta amargura, aquel puñado de monedas era el precio de sus sueños, de su amor no logrado, de sus esperanzas fallidas. Viena, no obstante ser la capital mundial de la música, le había tratado con crueldad y dureza.

Abordó el tranvía y a través del ventanillo se puso a mirar, pensando que veía por última vez los jardines, los teatros y la calle que conducía al Conservatorio.

Como entre una película desfilaron por su mente los momentos que pasó en esas calles, cuando no tenía siquiera unos céntimos para pagarse el pasaje del tranvía, también aquellas donde anduvo buscando aquietar su desesperación y su infortunio por aquel amor sin porvenir, que había sido el primero que germinó en su juventud, y luego, aquellas otras, en que caminaba tratando de atrapar las ideas que bullían en su cerebro para volverlas melodías y plasmarlas en el papel, a la espera de que los mejores músicos y cantantes de la capital los convirtieran en una ópera ¡Su ópera!

Descendió frente a la estación ferroviaria, Westbahnhof que encontró a esas horas semi-vacía. Algunos maleteros jugaban a las cartas y los trabajadores del ferrocarril con sus overoles azules ennegrecidos de aceite lanzaban monedas al aire entre escandalosas risotadas; dos o tres empleados con sus formales uniformes azul oscuro consultaban su reloj de bolsillo, el expreso para Budapest, Bucarest y Estambul se retrasaba ... ya era hora de formar el convoy que saldría por la noche a Bratislava, Praga, Varsovia y Moscú.

En la sala de tercera clase, un vejete malhumorado detrás de la única ventanilla abierta le daba vueltas a un periódico viejo igual que él, durmiendo a ratos.

Richard titubeó. Después de todo dejaba en Viena algunos buenos amigos: Jacobo, Julius, Hans, Erik, la misma señora Schmaller, quien le había conminado repetidas veces a reconsiderar su drástica decisión. En la aldea en cambio, nadie le esperaría, y la casa paterna sería acaso un montón de muebles viejos, apolillados, mientras se escurriría el agua de la lluvia por las goteras de los techos.

—¡Ya está decidido! —se repitió— aquí nunca he sido nadie, rechazaron mi obra sin siquiera verla. No puedo esperar nada. Allá al menos, olvidaré la música, el teatro, las locas ambiciones que me trajeron hasta aquí. Ya me las arreglaré y tal vez encuentre alguna mujer sencilla que me acepte y que me llegue a querer un poco ... —y se puso a imaginar una vida gris, sin ilusiones, pero sin pesares.

—Deme un pasaje ...

—El tren mixto pasará hasta las diez de la noche —informó el taquillero.

—¡Qué fastidio! —exclamó el pianista y se guardó el billete en el bolsillo, y se fue a sentar en una de esos largos bancos que los viajeros pobres suelen convertir en camas. Durmió una siesta, pero luego escuchó las voces mezcladas con las risas de sus amigos.

—¡Te venimos a despedir! —se adelantó Julius quien había apurado en el camino algunas jarras de cerveza.

—Maestro ¿siempre se nos va? —dijo con aire de pesar Hans estrechándole la mano y agregó— De seguro que lo vamos a extrañar todos ¡Hasta la gorda! ... pero su risa fue interrumpida por la presencia de la casera que con gran alharaca llegaba en busca de Richard, jadeante y sudorosa, con la premura que le permitían sus débiles piernas.

—¡Maestro! —dijo a su huésped— ¡Tonta de mí, mire llegó hace cinco días esta carta para usted!... y yo, ya ve: los años, el trabajo, la puse por allí y me olvidé de entregársela ...

Richard tomó al principio el sobre con visible desgano, pero la letra conocida le hizo reaccionar con alegría.

—¡Es de “Ardilla” —dijo a todos, mientras rasgaba el sobre con visible nerviosismo, mientras se iba alojando en su cara, en sus ojos, en sus manos

la más intensa alegría ¡La suma de todas las alegrías que nunca tuvo en su vida miserable, y que hoy parecían llegar en tropel para sacudirlo, para estremecerlo! Sin poderlo evitar, las lágrimas asomaron a sus ojos y rodaron por sus mejillas, Hans, Julius, Jacobo lo contemplaban sorprendidos, sin que pudiera pronunciar una sola palabra le entregó la carta al judío que se la arrebató diciendo: “¡Ardilla” ¡La dulce y fiel “Ardilla!” y leyó para los otros:

Maestro: Al fin tengo buenas noticias para usted. El director del Teatro del palacio Chatelet estrenará su ópera “Magdalena” para el próximo invierno. El reparto ya está completo y los cantantes han recibido con satisfacción y entusiasmo sus partituras.

Seguramente usted se va a preguntar cómo ha llegado a París su ópera, y debo confesarle, que todo ha sido una pequeña travesura de su amiga “Ardilla”, quien como todos mis pequeños hermanos, esos graciosos animalitos de cola esponjada, di por almacenarla. Recordará que durante meses consecutivos acudí a su estudio para repasar nuestras obras, usted se dedicaba a acompañar a Esther y yo entre tanto copiaba la partitura de su ópera. Lamento que no sea Esther quien la estrene, como usted hubiera deseado, pero puedo asegurarle que cuando usted la dirija quedará muy satisfecho de la soprano que han elegido... y también de la instrumentación que es excelente. Sólo falta su firma en el contrato para que la Casa Pleyel la edite. ¡Ah! y se me olvidaba que el director del Chatelet le contratará para dirigir también toda la temporada; y que muy pronto su ópera se cantará también en Londres, Berlín, Roma y tal vez San Petersburgo, porque su música merece incluirse en el repertorio de todas las compañías teatrales que verdaderamente se respeten. Estoy ansiosa por abrazarlo y que me perdone por el hurto que fue hecho con buena intención. Consérvese para la afectuosa admiración de Stephanie.

–¡Esto es maravilloso! –gritó el judío– ¡Al fin te reconocen! ¡Vas a triunfar por todo el mundo! ¡Tu ópera será un éxito y dará a ti y a Julius fama y dinero! ...y ahora debes cambiar tu destino ¡Debes ir a París! ¡Imagínate nada menos que a París!

Richard fue hasta la ventanilla

–¡Debo ir a París! –repitió.

El viejo lo miró desconcertado, como quien tiene que habérselas con un loco, sin embargo se prestó a cancelar el billete y le extendió otro, cobrándole el excedente.

–Debes apurarte –le dijo Hans quien había ido a consultar la hora de la llegada del expreso a París. El tren no tardará en llegar a la estación.

–Está entrando ahora –anunció la posadera, y agregó– ¡Es por aquella vía!

Richard, entre la más completa euforia habló con pesar:

–¡Tengo que dejarles!... ¡Julius, pronto estarás conmigo!

Se oyó un pitido largo y luego se fue haciendo grande la luz del reflector de la potente locomotora negra que arrastraba arrogante una enorme prole de vagones. El convoy se detuvo, las ruedas de los coches-cama chirriaron al enfrenarse.

La lluvia comenzaba a calmarse. En el andén, que había permanecido silencioso cundió el desorden. Gritos, órdenes, abrazos, exclamaciones, gente que iba y venía apresuradamente, rodeados de una nube de mozos disputándose los equipajes.

Richard buscó el vagón que le correspondía, sus amigos con la posadera le seguían felices participando de su alegría. Se escuchó un sonoro campanillazo..

–¡Va a ser la hora! ¡Pero no nos despedimos! ¡Volveremos a vernos pronto!

Se despidió de cada uno con afecto, abrazando largamente a Jacobo y a Julius estremecidos de alegría.

Subió los escalones del estribo, sonó por tercera vez la campana y el tren inició su marcha.

–¡Buena suerte! –gritaron todos, agitando sombreros y pañuelos– ¡Buena suerte!

El tren se fue encarrerando poco a poco. Richard fue a buscar su compartimento arrastrando la traqueteada maleta indigna de un tren expreso, en el que aun en segunda clase los vagones estaban equipados con asientos afelpados, guardó su maleta y se instaló en un gabinete vacío.

El convoy había cobrado velocidad, primero dejó los patios ennegrecidos de la estación y luego fue devorando los suburbios de Viena a gran prisa.

Richard describió completamente las cortinas cuando el convoy ya atravesaba una campiña verde como una enorme esmeralda recién llovida.

En el cielo habían desaparecido las nubes plumizas y amenazantes. Escampaba. Eran las horas avanzadas de la tarde preludiando el anochecer.

Confortablemente reclinado se sonrió pensando que volvería a ver a “Ardilla”, y que le llevaría una rosa roja, como la que ella le dio.

La ciudad había quedado muy atrás, con sus dolores, sus angustias, sus desesperanzas.

El tren se dirigía hacia el porvenir.

Y en ese momento, en que las nubes se abrieron transparentes y suaves, surgió como del caleidoscopio de un mago, un soberbio arco iris.